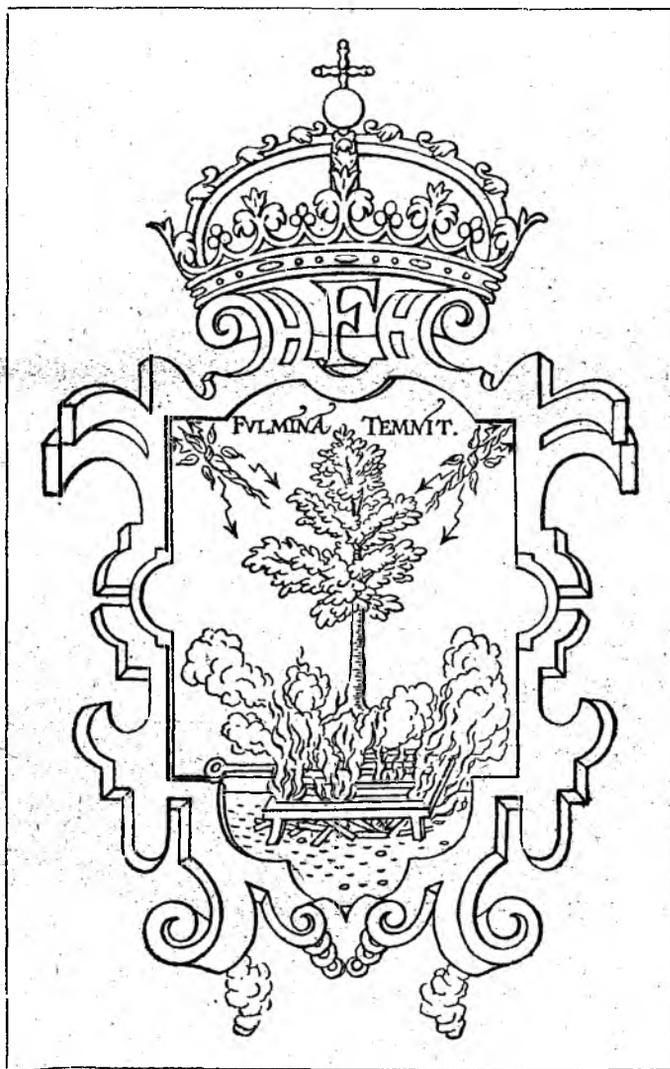


ESCORIAL



SUMARIO

	<u>Páginas</u>
ESTUDIOS	
ANDRÉS MARÍA MATEO: Sobre la espuma de Lepanto (De la historia y de la vida).....	9
JUAN ZARAGÜETA: Acerca del problema de Dios..	27
POESIA	
GINÉS DE ALBAREDA: Sonetos.....	57
CHARLES PÉCUEY: Eva (Fragmentos).....	63
TRISTÁN YUSTE: El suplicio de Tántalo.....	87
NOTAS	
Aldeamediana, de Eugenio d'Dors, por José M.º de Cossío.....	109
Gerard Manley, sacerdote y poeta, por José A. Muñoz Rojas.....	113
La consolación de las cosas, por Luis Díez del Corral.....	116
Alonso Quesada o el poeta provinciano, por Juan Ruiz Peña.....	127
El destino del pensamiento griego, Pericles ante Europa, por J. L. Gómez Tello.....	133
Peligrosa aventura, por Félix Ros.....	138
LIBROS	
Talleyrand y su tiempo, por Pedro Mourlane Michelena.....	141
La poesía de Clemencia Laborda, por Dámaso Alonso.....	144
Vida y literatura de Valle-Inclán, por Sánchez-Silva.....	150
Laura, de Miguel Llor, por R. Ferreres.....	155

ESCORIAL

REVISTA DE CULTURA Y LETRAS

TOMO XIII

MADRID, OCTUBRE 1943

*De este número se hicieron 100 ejemplares
numerados para los suscriptores de honor.*

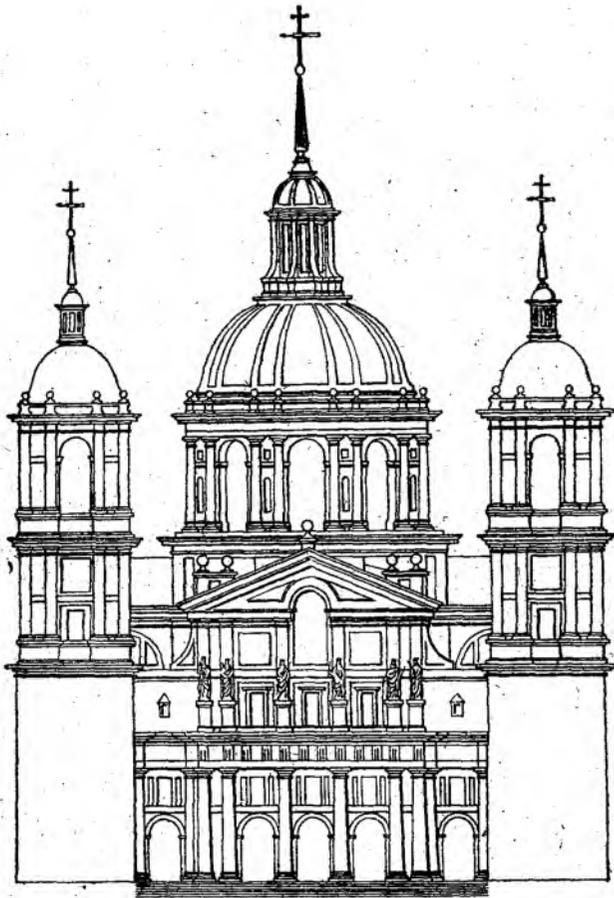
**DIRECCION:
JOSE MARIA ALFARO**

**SECRETARIA:
ALFONSO XII, 26
TELÉFONOS 14460 Y 14464**

**ADMINISTRACION:
CARRETAS, 10
TELÉFONOS 24730 Y 24739**



2.3092



Estudios

Andrés María Mateo: *Sobre la espuma de Lepanto (De la Historia y de la vida).*—
Juan Zaragüeta: *Acerca del problema de Dios.*

SOBRE LA ESPUMA DE LEPANTO

(DE LA HISTORIA Y DE LA VIDA)

POR

ANDRES MARIA MATEO

«Pero ¿qué David nuevo
entre gente infinita
las rubias sienes con el yelmo oprime?
Oh glorioso mancebo,
¿tú no domaste al scita
que ante tus pies encadenado gime?
No envaines el cuchillo;
que la Iglesia te elige por caudillo.»

(De la «Canción a la nave de la Iglesia
con motivo de la victoria de Lepanto» de
Bartolomé Leonardo de Argensola).

A los trescientos setenta y dos años de la batalla de Lepanto, en que sobre los careles de nuestras galeras quedó para siempre mellada la cimitarra turca, evocamos la figura egregia del Generalísimo de la Armada Cristiana, Don Juan de Austria, digno hijo de su glorioso padre el Emperador Carlos V, sacando a luz como un jirón de historia y de vida la carta que de su puño y letra escribió a su hermano Felipe II, a bordo de la galera Almirante, y en el mismo golfo de Lepanto, tres días después del triunfo.

Su texto literal, que reproducimos fotográficamente, dice así:

(Fol. 1 r.)

†

Señor

Vuestra Majestad deue dar y mandar seden entodas partes infinitas gracias a nuestro Señor por la bictoria tan grande y señalada que hasido seruido conceder ensu Armada, y por que Vuestra Majestad laentienda toda como ha pasado, de mas delarrelacion que conesta [va], inbio tambien adonlope defigueroa para que como persona que se hallo y siruio en esta galera, de manera que es justo V. M.d, le mande hazer merced, signifique las particularidades que V. M.d holgare de entender. ael merremito entodas ellas por no cansar con una mismaetura tantas uezes a v. M.d. querria aora seguir esta fortuna que dios nos ha dado en la buena de v. M.d y uer si se pudiese ganar alepanto, que cierto es aquel golfo inportante, y quando no, entender otra cosa delas que el tiempo y estado enque

ARCHIVO GENERAL
DE ESPAÑA

V. M. de dar y mandar se den en todas partes en
similes que sea aseo tener, para la victoria tanja
de y señalada y trasido seruido conceder en
firmado y por que v. M. caentanda toda
forma pasado, de mas de la relacion q. en
en v. M. tambien adonlo se de q. guera para q.
como persona q. se halla y fuesse en esta q.
ra de manera q. el just. v. M. le mande ha por
i. m. d. signifique las particularidades que v. M.
siglere de entender al merremito esto de
ellos por no canjar con una mis malteria tan
has. en los v. M. guera ara segun es ta
futura q. deo no le dale en la vida de su
y sus si se pudiese ganar al punto, que como
es aquel golfo en par tan. y quanto no
vender el caso de los q. el tiempo q. se tarda en que

me hablo dize luego, esto no tengo aun acabado de
reflexar, pero mucho que ay que atender en re
fer a la armada que cabdria de escuadra ma
yor dano, y otras cosas finas quales no se puede
medir a pasos adelante, pero manifiesta siendo
aun finor sea posible aun acabado con la
mayor parte, y es por lo que para saber ade mas
cosa o troda a la noche, de todo lo que se dice
dare demora en mano a N. S. la cuenta que deca
y para no delate mas, es la venturosa nueva de
que se ha acordado, y es que se ha acordado
por la memoria de N. S. el sujeto en que dize la pue
ta, de es tender hasta por aca su grandeza con
no mayor dificultad que atender sin perder
tiempo, aliviar parte, armar galeras que no
faltaran, y afeccion para eliviano y tiene de
fuerza y bitalia, todo lo qual creyese a llegar
a ser mas facil y por lo pasado, y de tanto ser cu
cio de N. S. ya un tanto comedia de su grandeza
y venga a conocerse facilmente el cumplido que
aun finor parte dello, y quien haga lo que

(Fol. 1 v.)

mehallo diere lugar. esto notengo aun acabado de rresoluer, por lo mucho queay aque atender en rrehazer esta Armada que cadadia sedescubre mayor daño. y otras cosas sin las quales nose puede ni deue pasar adelante, pero mañana plaziendo a nuestro Señor seria posible auer acabado con la mayor parte y estar lesto para partir adonde parescera otro dia ala noche. de todo lo que suçediere dare demano en mano a v. M.^d la cuenta que deuo, y porque nose dilate mas esta bentina nueue despacho desde luego a don Lope no dexando de traer a memoria dev. M.^d el sujeto en que dios leapuesto de estender hasta por aca su grandeza con no mayor dificultad que atender sin perder tiempo a eleuantar jente, armar galeras, pues no faltaran ya preuenir para el uerano que viene de jente? jinetes? (1) y bituallas, to do lo qual creoyo que llegara a ser mas facil que por lo pasado, y de tanto seruiçio dev. M.^d ya uento como digo de su grandeza que benga a conoçerse facilmente el cuydado que nuestro Señor tiene della, aqui en hago testigo que

(1) Corregido por el mismo don Juan.

(Fol. 2 r.)

desearla yo mas que nadie, me mueue a acordar esto. adonbernardino de cardenas Mataron enesta gale-
ra haziendo loque deuia ala obligacion conque
naçio: dexa segun tengo entendido muchas deu-
das yaqui unhijonatural, contodo esto es justo
quev. M.^d mande tener cuenta pues todo al fin
resulta despues ensuseruicio. aytambien o-
tras personas deque hoy haziendo memoria de
mas de las que ban enlaque lleua donlope, que
berdaderamente hanseruido ymeresçido toda merced.
yes esta delas ocasiones como v.M.^d mejor saue en
que cada uno mira lo que se haze conel otro que supo
yaenturo aseñalarse. aqui ay aora estos
prinçipes que elde parma fue delos primeros que
entro yrrindio lagalera con que inbistio, esta
pablo jordano ursino, elduque de mondragon, yo-
tros señores basallos y seruidores de v. M.^d, a
quienes si v. M.^d fuese seruido, debria mandar
escruiir agra desçiendoselo, *lo mismo a los jene-*
rales que çierto lo meresçen yaotros ministros que
aqui tiene v.M.^d a quien suplico meperdone

mejor
causa en

de sea la ya mas quemada, que me acuerdo es to,
 a don ber nardi no de carbonis Mataron. en el to gal
 ra ha fondo Conque. hacia ala obligacion conq
 nacio, deia segun sego, entendido, muchas de
 das y aqui un bisp natural con todo es bates juo to
 que d' Nro manda tener cuenta que todo al fin
 resulta des pues en sufrimicos, ay tambien a
 tras personas de que boy ha fondo memoria de
 mas de los q han en la que lleva d' nro to, que
 ver dadera mente han feruido y merosido. Cada
 vez es la de las ocasiones como d' Nro me q me
 que cada uno mira lo q se ha q con el oio q juo
 y aventure a fenalar q, aqui ayora es to
 principes que el de par ma juo de los primeros
 entre y rindio la galora con que mite to, es to
hablo jordanis w fins, el duque de mondragon,
los señores bafellos y feruidores de Nro a
quienes si v nro, fuele feruido. de la manda
escrivir agra descendiolo. Como a los juo
ralos q cierto. Comoresan ya otros mims v nro q
 aqui tiene v nro, aqui se flosa me q dora

Lo que me ha pasado, por lo que me ha pasado, a fe con buena a fe real, feruiente, misa
 Don, quando escusearme de correr piedad, es la obligacion
 en que me ha puesto, a los q' he venido a ver, y cerca de mi
 por ser a ver tan a ha fe, tambien como los q'
 yo me he de siempre, y yo gracias a no fe he
 quedado bueno, y fe ser nada una cuchillada que
 me recibí en un tobillo sin fe, como, el que de yo
 me a ver, con el aumento que yo de fe y todos
 buenos me ser a men de galera, fe en el que
 de fe, en el golfo de le fante a de de fe

fe y mas ha mil de fe
 que fe de fe me de fe

fe de fe de fe de fe

Lo que me dices, por lo que me dices, a fe que me dices, me
quedo escarfo de cosas buenas, es la obligacion
que me dices a los q' me dices a fe que me dices, cerca de mi
por favor a fe que me dices, tambien como lo q'
me dices. Siempre yo gracias a fe que me dices he
quedado bien, y si me dices nada una vezillada que
me dices en un toillo sin favor como, el que me dices y me
me dices a fe que me dices con el aumento que me dices y todos
buenos me dices a men de galera. Sobre el punto
de fe que me dices en el golfo de le parte a fe que me dices

hechura y mas he me dices de fe que me dices
que me dices de fe que me dices me dices - ve fe
Siempre de fe que me dices

(Fol. 2 v.)

lo que acuerdo, pues así conviene a su Real servicio ni yo
puedo excusarme de corresponder con la obligación
en que soy a los que sirviendo a v.M.d cerca de mi
persona aciertan ahazerlo, también como los que
propone siempre. yo gracias a nuestro Señor he
quedado bueno, y sin ser nada una cuchillada que
recibi en un tobillo sin saber (sobrepuesto: bien) como. el guar de y pros-
pere a v. M.d con el aumento que yo deseo y todos
tenemos menester amen. de galera sobre el puerto
de petela en el golfo de Lepanto a X de octubre 1571

De vuestra M.d

hechura y mas humilde servidor

quesus Reales manos besa

Don Juan de Austria

Esta carta pueden ver aylos tres, y
pareceme ques bien quescriban luego
coneste primero las que aqui dice
y amy hermano sea bien escribir luego que pro-
cure harken las mas galeras
delasquesehantomado que sepudieren y
que avise lo que enello se hiciere,
tambien sescriba adon Juan de zuñiga
que lo que se deuedencamynar para el be-
rano es que aya muchas galeras y
muy buena gente en ellas, que lode
caballeria y nabes si no son algunas
para vituallas es cosa de ayre
y ocasion para que no se haga nada,
conforme alo que escribe su hermano que dice
muy bien en ello, y por si el se hallase
en Roma se le puede escribir una
palabra remitiendose alo que escribe a
su hermano y dandole las gracias de todo.

En la dirección de la carta puede suplirse, porque apenas se lee: "Al Rey / mi Señor".

El sello que la cerraba se ha perdido.

En la carpeta del documento dice:
"Del golfo de Lepanto —1571— a Su
Majestad - del Sr. don Juan a X de 8bre 1571" (2).

(2) (Archivo General de Simancas: Estado, lg.º 1134, s. f. Sus dimensiones: 300 × 210 mm.)

(De letra del Rey se lee al margen de las primeras líneas de la carta, según tenía por costumbre, una anotación, al parecer sin importancia, cuyo sentido es aventurado reconstruir, pues la rotura del papel lo ha mutilado.)

Escucha cabta present ay las dees / y
pareceme as bien @ ses vna con tuogo
conese primero las @ agnd y la
y amy sup. no sea bien escrito @ no
ante laumen las mas galeras
de los sefando mado @ se pndien y
@ a vize lo @ onella se pndien
tambien se vna adon n. de vna
@ de venetena vna no pa de
tam y @ ay vna de galeras
no vna gente en el ofe de
calleira y nates si no son agnos
y vna de galeras de los de ayre
y casten de no se pna nada
conforme lo que se vna de
vna bien en ello y pndien de los
de los de pna de vna de vna
palabra y mriende de @ se vna
de sup. y vna de @ de vna de

Goethe escribía una vez a Eckermann que hay pocos deleites comparables al que se experimenta cuando un alma grande se nos abre. En esta carta ancha, clara, en que rebosa la generosidad del triunfo que desarma viejas prevenciones, se nos da el alma joven del más brillante hombre de los Austrias, sin otro rival en su calidad humana acaso que su padre. La letra amplia, airosa, llena de garbo viril, abierta con cierta noble simpatía a la vanidad hidalga de la auténtica grandeza, pero recogida y mesurada en el crisol equilibrado e inmovible del pensamiento, ya nos está hablando del vigor diáfano de su personalidad de veintiséis años. La rectitud e igualdad inalterable de los renglones, el impecable margen de la izquierda que se amplía al fin de la plana —signo de caracteres generosos— el aire estético y desenvuelto de los rasgos superiores e inferiores a la caja del renglón, pueden servir de muestra caligráfica de la época y atestiguan que aprovechó el tiempo en Villagarcía, y más tarde en Alcalá, el rapaz arrancado a la vida montaraz de la ballestilla y de la era de Leganés. No era sólo el escudero hidalgo Juan Galarza —su maestro de esgrima y de equitación en los años felices y arriscados, transidos del calor nutricio de Doña Magdalena de Ulloa, frente a las anchas tierras paniegas de Campos— el que podría estar orgulloso del triunfador de Selim II. El Doctor Guillén Prieto, graduado en Salamanca, a quien Doña Magdalena hizo traer de Zamora para enseñar casi las primeras letras al niño venido de Leganés, pudo dar por buenas aquellas elementales enseñanzas en que la mirada del muchacho se escapaba con tanta fragilidad por los amplios ajimezes encima de los dentados adarves. Y Honorato Juan, el Maestro que orientó y dirigió la instrucción que el ya mancebo recibió juntamente con el Príncipe Don Carlos y el otro Príncipe de Parma, Alejandro Farnesio, en Alcalá de Henares, podía darse por satisfecho al contemplar aquella pluma que, sin embargo, no logró hacer sombra a su espada.

Apolo y Minerva le pudieron deshojar alguna corona de mirto sobre la cabeza. Desde luego, se emplearon en cantar su grandeza. Pudo decir Jerónimo de Lomas Cantoral:

*Aquél a quien Minerva tanta parte
concede, que le hace al mundo solo...
Aquél que en verde edad al fiero Marte
admira y cuyos hechos canta Apolo...*

Y cierto, ningún hecho de su siglo mereció ser cantado con un brío pindárico, como el que desencadenó el Divino Herrera, íncola del Parnaso, cuando enardecido de fuego sibilino y bíblico a la vez exclamaba, celebrando el triunfo de Lepanto:

*Cantemos al Señor que en la llanura
venció del ancho mar, al Trace fiero;
tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,
salud y gloria nuestra.*

En su cordaje bordonean muchedumbres, esperanzas, exaltaciones, siglos, mares y tierra, Antiguo y Nuevo Testamento, profetas de Israel y mitos helénicos. Y todo lo rinde y lo doblega en ofrenda al héroe argonáutico de Lepanto. Tanto calor y entusiasmo, si no tanto hervor, tenía el acento de Joaquín Romero de Cepeda cuando cantaba “En defensa y alabanza del Señor Don Juan de Austria, hijo del invictísimo Emperador Carlos V, de gloriosa memoria”:

*¿Qué juventud se vió tan adornada
de claro resplandor de providencia,
de singular belleza matizada
de esmaltes de virtud y de prudencia?*

O el eco sentido y doliente de Cristóbal de Virués, plañiendo su muerte:

*Invicto Capitán, el más famoso
envidie tu alta fama esclarecida.
Príncipe christianísimo: tu vida
imítela el más sabio religioso.*

Le ensalzaron a coro los poetas. ¿Es que acaso no fué toda su vida una saeta encendida de lirismo? No hubo una ilusión que no le dejase en el oído el rezago de su música. Su breve vida, casi tan breve como la de Alejandro Magno, y algo más larga que la de Jorge Manrique, se sacrificó en la fiebre abrasadora de una impaciencia vital e ilusionada, dejando una clara estela de armas y letras. Casi no le conocemos en el segundo aspecto, su vida inquieta no le dejó reposar la fantasía, pero la correspondencia íntima con su hermana Doña Margarita, Gobernadora de Flandes, nos pone al descubierto la sensibilidad, la gracia, el carácter festivo y la nobleza, que nos revela en el tipo de su letra y en su contenido la carta de Lepanto. El español entero, paradigma de la raza, que dejaba un hueco a Dios, el principal, en el fervor jubiloso del triunfo para comerzar la carta a su hermano, el Rey de ambos mundos, diciendo: “Vuestra Majestad deue dar y mandar se den en todas partes infinitas gracias a Nuestro Señor por la hictoria tan grande y señalada que ha sido seruido conceder...”

El primer capítulo a Dios, el segundo a Su Majestad. Nadie sospechará en el tono franco de la carta la más mínima reserva contra el Rey. Nadie recordará la orden terminante que por conducto de Antonio Pérez —¡quién sabe si a instigación de aquel pérfido amigo!— se le remitió a Barcelona en vísperas de zarpar, y cuando el mundo entero lo levantaba sobre el pavés de su entusiasmo y de sus esperanzas, de no permitir que se le diese

el tratamiento de Alteza que la simpatía y la veneración unánime le habían acordado. Por encima de aquella masa juvenil que ya unos años antes había arrastrado en pos de sí, cuando escapando de Alcalá, acudía a embarcarse para levantar el cerco de Malta, sin la licencia del Rey, mucho menos poderoso que la calentura de unas tercianas; por encima de los blasones de los Córdobas, Cárdenas, Ponces de León, Figueroas, Farnesios, Venieros, Colonnas, Sforzas y Orsinis; por encima de los mismos grímpolas amarillas de las galeras de Barbarigo, de las flámulas verdes de Andrea Doria y de las blancas del Marqués de Santa Cruz —los tres Generales de las galeras victoriosas que escoltaban los colores azules de las naves de Don Juan— vigiló constantemente la mirada fría de acero de Felipe II. “Mucho a aventurado Don Juan”, exclamó simplemente cuando le llegó la primera noticia del triunfo. La reacción psicológica del Rey la atestigua su apostilla autógrafa a la carta de su hermano, que luego comentaremos.

Para informar a Felipe manda a Don Lope de Figueroa. Buen testigo. Por orden de Don Juan estuvo el Maestre de Campo defendiendo, juntamente con Don Miguel de Moncada, Andrés de Mesa y Andrés de Salazar, el castillo de proa de la misma nao Almirante; fué de los que vieron venir sobre sí como una exhalación el espolón de la galera de Alí-Pachá, que se entró hasta el cuarto banco de remeros por la proa de la de Don Juan. Después tomó parte en la dantesca batalla librada sobre la cubierta de ambas galeras hasta que las naves capitanes de Veniero y del Marqués de Santa Cruz embistieron por babor y estribor a la de Alí-Pachá. El vió caer al bravo almirante turco, y arrojarle contra él, desde el estanterol, con la espada desnuda, a Don Juan.

Modestamente confía a Figueroa la relación de sus hazañas. Cuando haya hablado de todos, y con un gesto digno de Carlo-

tado al Rey, tendrá una línea en su carta, la última, para recordar con un rasgo de elegancia casi festiva que él salió bien, pero que no sabe cómo recibió una cuchillada en el tobillo, “sin ser nada”. En parecidas palabras lo explica al Prior Don Hernando de Toledo en carta que se conserva en el Archivo de Alba.

Le corre más prisa la acción: “largos en facellas, breves en contallas”. No le ha embaído la victoria, ni piensa dormirse recontando la décima parte que a él personalmente le toca del fabuloso botín. La impaciencia le socarra, como le socarró toda la vida. “Querría aora seguir esta fortuna... y ver si se pudiese ganar a Lepanto...” Necesita refuerzos. Serenamente considera los propios descalabros. Sus mozos años no le emborrachan con el licor del optimismo. Pero, eso sí, piensa: “estar listo para partir a do parecera otro día a la noche...” Pide refuerzos “sin perder tiempo”: galeras, gente, vituallas. Aún escoraban en torno suyo las obras muertas de las cincuenta galeras hundidas a los turcos. Sólo doce había perdido la escuadra cristiana. De las doscientas veintidós que componían la Armada de Alí-Pachá, ciento diecisiete quedaban ya amarradas a las de Don Juan y colgadas con sus banderas. Pero aún necesita más su celo insaciable: Insaciable para el Rey, que no para el medro personal: “que hago a Nuestro Señor testigo que desearla (la grandeza del Rey) más que nadie me mueue a acordar esto”. Con parecidas palabras escribió a su hermano desde Barcelona contestando a la prohibición de permitir ser tratado de Alteza.

Lo que tiene clavado en el corazón es la pérdida de los 7.500 bravos españoles y otros tantos heridos. Claro está que él ha hecho 10.000 prisioneros turcos y 8.000 han perecido al empuje de sus huestes. Algo compensa su dolor y el claro de sus tropas el rescate de 12.000 remeros cristianos que estaban amarrados a los bancos de las naves de Alí. En la lista que portaba Don Lope figuraban caídos tan insignes como Juan de Córdoba, Alfonso de Cárdenas y Juan Ponce de León. Pero el recuerdo se le

escapa, en su carta al Rey, hacia el viejo camarada Don Bernardino de Cárdenas, aquel Señor de Colmenar de Oreja que se fué tras él cuando intentó su huída heroica a Malta: él le había encargado defender la popa de la nave Almirante y allí cayó acribillado a estocadas.

No es, sin embargo, el dolor de Don Juan un frágil desahogo sentimental. Considera la muerte en acto de servicio como algo natural y honroso: “lo mataron en esta galera haziendo lo que deuia a la obligacion con que nacio”. El, tan comprensivo para los deslices de los demás, porque los propios le habían ensanchado el corazón, se preocupa por el hijo natural y las deudas cuantiosas que ha dejado. Siete años más tarde él morirá cubierto también de gloria en circunstancias análogas: en el delirio no tendrá tiempo sino para seguir arengando y mandando a sus tropas. Ahora que está sereno quiere que aprovechen a los demás sus providencias fraternales.

El seso maduro de aquel joven triunfador tiene consejos de gobierno para el mismo Rey Prudente. Es preciso tratar bien a los deudos y familiares de los caídos: “y es èsta de las ocasiones, como V. M. mejor saue en que cada uno mira lo que se haze con el otro que supo y auenturo a señalarse”. Con ello fuerza la benevolencia y la generosidad del Rey en beneficio del amigo muerto.

El mérito de los demás lo realza con alegre nobleza. Para los más distinguidos pide al menos el aliento de una carta real. Así para su sobrino y antiguo camarada de letras y de armas de Alcalá, Alejandro Farnesio, el Príncipe de Parma, “que fué de los primeros que entro y rindio la galera con que inbistió”. Así el otro Príncipe cuyo nombre no cita, el de Urbino. Francisco María de la Rovère, mancebo de veintidós años que acababa de desposarse con Lucrecia de Este. Así el Duque de Mondragón y Pablo Jordano Ursino, uno de los que el 11 de junio de 1570 hacían escolta a Marco Antonio Coloma cuando Pío V le otorgó el

bastón de mando y la bandera de seda roja de la Armada pontificia de la Santa Liga.

El Rey tomó en consideración estas recordaciones de su hermano. La apostilla autógrafa a la carta de Don Juan, cuya fotografía publicamos también, lo acredita. Con su letra sarmentosa y contrahecha, como si ella también padeciese de gota, lo va escribiendo al lado de la de su hermano. Felipe II escribía mucho: apenas pasaba un papel por su mano —y pasaban todos los de algún tomo, fuesen del régimen interior de España o de su vastísima política exterior— donde él no dejase una acotación marginal que servía de minuta a sus Secretarios. El hombre que más trabajaba de España, el más activo e incansable funcionario, el más sacrificado por el bien común en la administración de las inmensas tierras y mares sombreados por el pabellón español, no llegó a dar soltura y cursividad a su letra corcovada y atormentada que no entonaba con su claridad de juicio, aunque sí con su lentitud e indecisión.

Don Juan de Austria le pide impacientemente nuevos refuerzos, como diez años después los pedirá con toda premura el Conde de Portalegre desde Portugal, o como catorce años más tarde urdirá resoluciones inmediatas Don Rodrigo de Santillán en el proceso contra Doña Ana de Austria, primera hija de Don Juan, religiosa agustina de Madrigal. La calma del Rey no se altera. Lo malo es que las ocasiones se pierden, porque el ritmo de las cosas no lo imponen los hombres. Y las consecuencias de la victoria de Lepanto, tan encarecidamente buscadas con prisa por Don Juan, no se agotaron, ni mucho menos, debido a la lentitud o las reservas, o ambas cosas a la vez, de Felipe II.

No era oportuno batir las campanas a vuelo en las espaldas de un despacho oficial en que se dan órdenes a los secretarios. Pero ante la alegría universal que conmueve los paralelos y los meridianos del mundo cristiano por la batalla de Lepanto, cuando los incansables afanes del Santo Pontífice Pío V por

reunir la Liga Santa se habían visto coronados con la más gloriosa y eficaz victoria que jamás se reportara ni se había de reportar ya del mundo infiel, cuando la bendición del Cardenal Legado Granvela, en Nápoles, al entregar a Don Juan el estandarte de la Liga se había cumplido con creces, cuando Roma prepara fastuosamente un triunfo como el de los antiguos Emperadores a Marco Antonio Coloma, que en fin de cuentas no era sino General de la Flota Pontificia; cuando en Mesina —donde por terminante orden del Rey había atracado Don Juan— se le hace el más grandioso y entusiástico recibimiento, y los embajadores de Albania y de Morea le ofrecían clandestinamente la corona de aquellos reinos, soborno que noblemente rechazó; cuando Pío V intuyendo sobrenaturalmente la victoria a la hora misma en que se decidía a favor de las armas cristianas, pronuncia la plegaria del anciano Simeón: “ahora dejas a tu siervo en paz”, y en la Basílica de San Pedro, con lágrimas de júbilo en los ojos, aplica al triunfador las palabras evangélicas: “Hubo un hombre enviado de Dios que tenía por nombre Juan”, resulta naturalmente, al menos a primera vista, un poco despegado el texto autógrafo de Felipe II. En él, que no en la de su hermano, cabe un eco de la severa carta de Barcelona. Parece una orden de puro trámite, la organización de un despacho corriente. Sin embargo, en esas líneas no hay, como en ninguna de las de Felipe II, ripio ni palabra supérflua.

Entrega el texto a sus secretarios: “Esta carta pueden ver ay los tres”, sin encarecimiento especial ni emoción admirativa, ya que no entusiástica. Atento ante todo a la tramitación, se ocupa inmediatamente de dar salida a los despachos que interesa Don Juan: “pereceme ques bien que sescriban luego”. Los ojos del traidor los sentimos cabrillar de alegría ante la frialdad del Rey. Algún día, no lejano, sentirá Don Juan en la cabeza de su Secretario Escobedo el frío de la daga florentina manejada por el antiguo amigo Antonio Pérez. “Esta carta pueden ver ay los

tres.” ¿A qué más podía aspirar el traidor que a estar entre esos tres íntimos que reciben las primicias de la reacción psicológica del Rey, y son encargados por él de contestar al triunfador de Lepanto?

En efecto, entre los tres podemos fallar en la persona de Ruy Gómez de Silva, de Gabriel de Zayas, de Mateo Vázquez de Leca, por ejemplo, pero estamos seguros de que entre ellos no faltaba Antonio Pérez. Y que era el jefe de la camarilla, si es que Monarca tan severo y minucioso como Felipe II era capaz de tolerar una camarilla a su lado. En una cosa no podía influir para nada Antonio Pérez sobre el ánimo real: en su sentido de la realidad concreta y en su intuición de las necesidades nacionales. Por eso comprende el buen acuerdo de Don Juan de que el Rey, por medio de sendas cartas, estimule y compense la fidelidad de los que supieron luchar.

Después, que se armen galeras, que se comuniquen lo que hay que hacer para el verano que viene a Don Juan de Zúñiga, embajador español cerca de la Santa Sede: la Santa Liga no se había formado para presentar una batalla sola al poderío turco; tenía carácter permanente y era como la avanzadilla ofensiva y defensiva de la Cruz frente a la media luna, que por el sur y por el este sofocaba el Mediterráneo. La muerte del Santo Pontífice, el desvío interesado de Venecia y el despego de las tres potencias que formaban la Liga, después de recogido el cuantioso botín, dieron al traste con el esfuerzo gigantesco desplegado por Pío V.

“Muchas galeras y muy buena gente”, encarga Felipe II, dispuesto a continuar las actividades de la Santa Liga, y a dirigirlas como parte principal de ella. Le podía inspirar algún recelo el que lleve la iniciativa Don Juan de Austria: acaso por eso le sacrificó a su indecisión, ordenándole por fin permanecer en el puerto de Mesina, desperdiciando la ocasión de aprovechar hasta el último beneficio de la victoria. Pero cae en la cuenta de que

la insistencia de su hermano al pedir galeras y gente está justificada. La victoria ha quedado mocha por el recelo y la lentitud de Felipe II. Sin embargo, ya entonces había captado el Soberano que el tendón de Aquiles del Imperio Español era su infantería: “que lo de caballería y naves, si no son alguna para vituallas, es cosa de ayre”.

La impasibilidad de Felipe II tuvo para el espíritu de Don Juan y para la cristiandad entera la compensación del entusiasmo desplegado por Pío V para aprovechar el triunfo de Lepanto. Calurosas felicitaciones a los tres almirantes de la escuadra cristiana, particularmente al Generalísimo, a quien a fuerza de cartas breves y legados, había llevado al convencimiento interno de su triunfo. Cartas al Emperador, a los príncipes eclesiásticos y seculares del Imperio alemán, a los Estados Italianos, a los Reyes de Francia y de Polonia, y particularmente al de España. Tomaba parte en la apoteosis que se preparaba a Colonna, procurando rebajar su tinte pagano: el almirante de la Armada pontificia recorrería en triunfo la misma carrera imperial que Carlos V treinta y cinco años antes. Las lágrimas y oraciones del Papa, según Mureto, habían producido el triunfo de Lepanto, justo era que capitanease también la hora del júbilo. ¿Se dirigiría la Armada victoriosa a la liberación de Morea, o a Túnez, o contra Galípoli para caer como una tromba sobre Constantinopla? Diez años, decía el Papa al Cardenal Santori, que había que estar haciendo la guerra a los turcos por mar y por tierra.

Bajo los cielos universales de la Cristiandad se levantaron las cúpulas de cien santuarios conmemorativos de la Victoria. En santa porfía, músicos, pintores, poetas, oradores, artistas, rivalizan en inmortalizar la gesta. Desde el sermón que San Pedro Casinio pronunció en Innsbruck, en la solemnidad organizada por el Archiduque Fernando, hasta las estrofas de Herrera y las octavas reales de Ercilla; desde los lienzos del Tintoretto, destinados al palacio del Dux y a la iglesia de San Juan y San Pablo,

de Venecia, hasta los de Veronés y el Ticiano, que se conservan en el Museo del Prado; desde los frescos de Vasari, en el Vaticano, hasta los gobelinos del Palacio de los Doria, en Roma; desde el pino gigantesco plantado en lo alto del Quirinal para conmemorar la victoria hasta la estatua erigida en honor de Don Juan en Mesina, encontramos al mundo conmovido de polo a polo y arrastrado en el torbellino de simpatía que irradiaba la joven figura del Vencedor.

En un poderoso contraluz se encuentran sobre la escena de la Historia las dos figuras de los dos hijos del Emperador Carlos V. Acaso uno y otro se necesitaban, y en la hora de España, la Patria había menester de su contraste: el ímpetu y el cálculo, el optimismo y la reserva, la nobleza y la astucia, el entusiasmo y la frialdad, no harán nunca buenas migas personales, pero su colaboración será siempre beneficiosa para cualquier empresa en que se empleen.

La carta que hemos publicado viene a ser en este sentido no sólo un pasaje de historia, sino una página palpitante del libro de la vida. Todas las espadas necesitan para templarse hundirse incandescentes en el agua gélida del aljibe. La de Don Juan de Austria se templó en más de una ocasión en la frialdad de las Secretarías palatinas.

Sea como fuere, ha quedado anclada en el mar de los siglos la cifra y el resumen de aquella torturada conjunción del fuego y el agua —Don Juan y Felipe— en la victoria de Lepanto, “la más memorable que vieron los siglos pasados ni esperan ver los venideros”, como dijo aquel genio de las armas y las letras, caballero mutilado de la batalla de Lepanto, que vive para siempre y se llama Miguel de Cervantes Saavedra.

Madrid, octubre de 1943. En el aniversario de la batalla de Lepanto.

ACERCA DEL PROBLEMA DE DIOS

POR

JUAN ZARAGÜETA

I

EN poco tiempo —en el que va de la postguerra— Julián Marías, reciente y brillantemente Licenciado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, ha lanzado a la publicidad una serie de obras que acreditan a la vez —*rara avis*— su ímpetu juvenil y su madurez de juicio. Fué la primera una *Historia de la Filosofía*, de la cual la crítica ha dicho ya mucho de bueno, sin perjuicio de hacerle los reparos tendentes a mejorarla. Vino luego la traducción de *El conocimiento de Dios*, del P. Gratry, con un prólogo del propio traductor, que revela hasta qué punto este problema constituye actualmente el núcleo de sus preocupaciones filosóficas. Sobre él insistió en las páginas de esta misma Revista, y, finalmente, editada por ella misma, ha visto la luz pública *La filosofía del P. Gratry*, en la que Marías aborda ya en conjunto el pensamiento del célebre oratoriano, centrado a su vez, como es sabido, en el conoci-

miento de Dios y del alma, como los dos polos de toda verdadera filosofía (1).

La filosofía del P. Gratry tiene su sentido a la vez histórico y doctrinal; pero no, como de ordinario sucede, por vía de yuxtaposición, sino de compenetración profunda de estas direcciones. Aplicando al caso la ecuación hegeliana de lo racional y lo real, pudiérase decir que, para el P. Gratry, el pensamiento filosófico digno de este nombre, no es más que el desarrollo de la razón ascendente por la vía única en la que convienen todos los filósofos “de primer orden”. Es verdad que, a su lado, no deja de reconocer la existencia de otra serie de pensadores que parecen caminar en sentido inverso, sin perjuicio de llamarse asimismo “filósofos”. Pero el P. Gratry no les reconoce personalidad de tales, sino a lo sumo de “sofistas”, gentes que testifican también a su modo en favor de la auténtica filosofía, como el enfermo acusa por vía de contraste la salud ajena, y la fotografía “negativa” los mismos rasgos de la “positiva” con inversión de tonos. Sin duda, en atención al excepcional relieve que lo histórico así entendido logra en la mente del P. Gratry, su traductor y expositor le dedica la mayor parte de su última obra, acaso no sin cierta desproporción con lo puramente doctrinal, que más de un lector desearía ver amplificado.

El aspecto más personal y doctrinal del pensamiento del P. Gratry aparece tratado en los capítulos IV, V y VI, que abordan, respectivamente, los temas de la personalidad humana, de la lógica y, finalmente, el problema de Dios. Tratándose de espíritu tan fino como el de Julián Marías, a nadie sorprenderá que las sutiles perspectivas en que aparece enfocada la filosofía del docto sacerdote francés encuentren en su intérprete español la

(1) Con posterioridad han salido de la fecunda pluma de Julián Marías otras tres obras: una versión comentada del *Discurso de la Metafísica*, de Leibniz; una rica y selecta Antología filosófica sobre *El tema del hombre*, y un excelente estudio acerca de *Miguel de Unamuno*.

más afortunada expresión; una expresión aligerada, si cabe —aunque no todos lo celebren—, del fárrago de erudición y de puntualización de citas que es frecuente en estudios de esta índole. Tampoco acompaña al presente el diseño del ambiente histórico inmediatamente precedente y subsiguiente al en que actuará el P. Gratry, influyendo por ventura en él, o recibiendo su influencia: el autor se limita al pensamiento y a la obra personal de su filósofo, sin perjuicio de situarla en el cuadro general de la filosofía del siglo XIX. Más aún, para Marías, “en primer lugar, el pensamiento del P. Gratry no es conocido; en segundo lugar, no hay una continuidad filosófica, al menos visible, que proceda de él”. Por lo mismo, ha emprendido él la tarea de darlo a conocer; y ello no a modo de evocación de una personalidad históricamente interesante, pero desconectada con el pensamiento actual, sino precisamente por su posible inserción viviente en este pensamiento. Por lo mismo, también, no ha pretendido Marías ofrecernos en su obra “una exposición completa” de la del P. Gratry, sino sólo fijar la atención “en algunos puntos, que son los que hoy nos interesan, los que pueden tener fecundidad y esclarecer algunas graves cuestiones ante las que se debate la filosofía de nuestros días”.

Por mi parte, sin embargo, también hubiera deseado que esta selección no se llevara con la parsimonia que acusa, cuando menos, el capítulo dedicado a la *Lógica*. Pondera Marías su valor cuando nos dice que “la *Lógica* del P. Gratry es un libro denso, original y lleno de contenido filosófico; un libro sorprendente, que se aparta de los cauces usuales en los libros de la materia, precisamente porque se retrotrae al fondo mismo del problema lógico, trivializado en la mecánica de la llamada “lógica formal”. Sin embargo, añade, “no puedo entrar en su detalle, ni siquiera aludir a amplias partes de esta obra”, y ello porque el autor se ha propuesto “recoger sólo lo más vivo y esencial (del pensamiento del P. Gratry) para mostrarlo desde la situación presen-

te y hacer que así quede incorporado a la filosofía". Pero, cabalmente, en una obra de lógica dedicada exclusivamente al fondo de su problema, sin digresiones de tipo formal, parece que todo habría de ofrecer el máximo interés, ya que la lógica es como la clave de la filosofía, y que la del P. Gratry, en sus restantes partes referentes al problema de Dios, del alma y hasta de la moral y la ley de la Historia, habrá de ser solidaria de su inicial pensamiento lógico. El lector queda con cierta curiosidad de conocer más al pormenor este pensamiento, precisamente ante las aparentes insuficiencias del P. Gratry en orden a los problemas sustantivos antes apuntados. Valgan, al efecto, las siguientes consideraciones en torno al referente a Dios, que es indudablemente el tema culminante de los tratados por nuestro filósofo.

II

Parte el P. Gratry en su *Lógica* y en su *Teodice* de una afirmación en la cual seguramente le acompañan todos los filósofos: el método deductivo o silogístico no es el único, ni siquiera el primero conducente a la verdad. Consistiendo esencialmente el silogismo en una comparación de premisas cuya coincidencia en un "término medio" común autoriza la conclusión, es evidente que la afirmación de tales premisas e invención de su término medio es requisito previo a la formulación del silogismo en cuestión. Es posible que dichas premisas se justifiquen a su vez por un silogismo anterior; pero, no siendo posible una cadena sin fin de ellas, forzoso será llegar a unas "primeras premisas", cuya justificación no venga por medio silogístico, so pena de dejar sin ella a todas las posteriores. ¿Cuál es esta vía que asiente sobre firmes bases toda la construcción silogística ulterior?

A juicio del P. Gratry, la *inducción*. Este es el auténtico procedimiento de invención de la ciencia, o sea de descubrimiento

de algo nuevo, puesto que en la deducción silogística nada puede afirmarse en la conclusión que no esté contenido en las premisas y se derive de ellas por vía de identidad —dice el P. Gratry—, o de conexión causal o sustancial, añadiré yo. En cambio, el que induce parte de un hecho del que, inmediatamente, por un procedimiento que Gratry llama “de trascendencia”, infiere algo que está más allá que el hecho en cuestión. Ello requiere a la vez —como escribe Marías— “un resorte y un esfuerzo” del que no todos son capaces, y de ahí el fracaso de tantas filosofías, pese a su habilidad combinatoria de ideas. Pero, ¿en qué consiste, más precisamente, la inducción?

Por tal palabra se significa ordinariamente el método *empírico* y *experimental*, que Marías califica de “vago procedimiento de tanteo, con certeza sólo estadística, que nos conduciría a verdades sólo probables, como ha creído la metodología de las ciencias positivas, siguiendo a Bacon”. En efecto, pese a la modesta valoración que parecen acusar estas palabras, el tal procedimiento es el único que con alguna garantía de seriedad puede autorizarnos a formular las leyes de sustancialidad y causalidad natural, conocidas con el nombre de “leyes de la Naturaleza”. Esa inducción es la que ha permitido descubrir en parte sus secretos y augura un progreso sin fin en dicha tarea; la que ha puesto los sillares de la Física, de la Química, de la Biología moderna; la que ha incubado la espléndida floración de la industria y de la técnica consiguiente a tal ciencia. Para un filósofo, resultará siempre un magno problema el de justificar el tránsito del número limitado de hechos registrados por la estadística, al ilimitado y universal propio de la ley; pero en este salto de lo dado a lo inédito estriba precisamente la virtualidad de la inducción, incluso en esta su modalidad empírica.

Ahora bien, esta modalidad no es la única; y el P. Gratry hace perfectamente en insistir —si bien parezca hacerlo con cierta exclusividad— en el valor de otro tipo de inducción, que

por mi parte y para distinguirla de la empírica (sin contraponerla a ella, antes bien, aplicándosela en fecundo consorcio), llamaría inducción *intelectual*. Prototipo de ella es la formulación en la Matemática de los primeros “postulados” o verdades iniciales que sirven como de punto de partida a toda la serie de teoremas de ellos deducidos. Al considerar, v. gr., *esta* línea recta entre dos puntos, advierto que es más corta que la línea curva y que lo es necesariamente; con lo cual tengo lo suficiente para hacer a *la* línea recta, cualquiera que sea, objeto de la misma afirmación, sin necesidad de ulteriores experiencias, cuales por ventura me fueran necesarias en la Física. Algo análogo ocurre con los llamados “primeros principios” de la Metafísica o de la Moral, y en reconocerlo acompañarán al P. Graty todos los pensadores que, por encima del conocimiento sensorial o empírico, en general, admitan otro propiamente intelectual, como preliminar del racional en sentido estricto, o sea deductivo.

Pero el P. Graty hace de tal inducción una aplicación al problema de la existencia de Dios, en la que la disidencia de los filósofos es visible, pese a los esfuerzos de su comentarista por acreditar su unanimidad en la materia. A lo largo de la gran excursión histórica en la que con tanta penetración persigue Graty el hilo conductor de la “filosofía perenne” tocante al problema de Dios, es fácil advertir cómo el punto de vista capital para la tradición que, iniciada en Platón, es seguida por San Agustín, San Anselmo y Descartes y los Cartesianos hasta Leibniz, no lo es, y ni siquiera es absolutamente valioso, para pensadores de la talla de un Aristóteles y de un Santo Tomás de Aquino. En este dualismo, el P. Graty se inclina a favor de la primera corriente y en ella le acompaña visiblemente la simpatía de su concienzudo expositor, Julián Marías.

Con ello queda planteado una vez más el gran tema de las *vías* conducentes al conocimiento de la existencia de Dios, y sobre todo de la independencia o articulación entre sí de tales *vías*.

Para sistematizarlas antes de enjuiciarlas, yo las dividiría en vías puramente *dialécticas* (llamadas también *a priori*), puramente *ontológicas* (*a posteriori*) y *mixtas* de uno y otro carácter. He de advertir que doy a la palabra “ontológico” en la materia un sentido precisamente contrapuesto al tradicional desde Kant, en el cual se designa con el nombre de “prueba ontológica” de la existencia de Dios cabalmente la que llamo ya “dialéctica”, reconociendo a lo ontológico la plenitud de sentido óntico y lógico que por su composición misma tiene esta palabra.

A) Lo característico del proceso *dialéctico* que tiene todo el favor de la tradición filosófica a que se adscribe el P. Gratry, parece hallarse en juzgar del ser a través de su idea.

a) Tenemos ante todo las ideas o representaciones de los seres y valores del mundo visible (entendiéndose por tal en Gratry no sólo el exterior, sino también, y sobre todo, el interior a la conciencia), que como ellas son limitados e imperfectos: cada cosa, en efecto, se halla limitada o contraída a su género, especie, y hasta a su individualidad múltiple y cambiante, y aun dentro de tales “predicables” no los representa plenamente, sino con una mayor o menor aproximación a su prototipo ideal. Un círculo no es un cuadrado, ni un gas es un sólido, y ni siquiera los círculos y gases que la realidad nos ofrece lo son perfectos. Ahora bien, la inducción “teológica” —llamémosla así— consistiría en un “paso al límite” que Gratry no vacila en comparar al del cálculo infinitesimal, y en cuya virtud de lo imperfecto real es dado inferir lo perfecto ideal; no sólo como esencial, sino también como existente o, por mejor decir, como esencialmente existente.

De este modo —presagiado ya por el idealismo ultrarrealista de Platón, y al cual no parece ajeno el propio Santo Tomás en su “cuarta vía”—, todo lo que se dice “de menos” en las criaturas no tiene razón de ser sino como una participación de “lo más”, o mejor dicho, de “lo máximo”, y así lo finito supone lo

infinito, si no precisamente en cada uno de los órdenes genéricos y específicos del ser, en su condición trascendente de ser que los abarca a todos. El único problema subsistente —y en el que estriba el “punto flaco” de la argumentación— es si semejante tránsito no es una simple abstracción ideal o conceptual de lo concreto real, sino que autoriza en el nuevo plano de lo ideal el mantenimiento de la afirmación, no sólo de la esencia, sino también de la existencia característica de la realidad. No se ve cómo ello sea lógicamente posible, a menos que, al considerar los seres del mundo visible, se tenga en cuenta, no sólo la limitación de su esencia, sino también la contingencia de su existencia (por lo demás, conexas entre sí), con lo que el argumento dejaría de ser púramente dialéctico y se convertiría en ontológico. En el plano conceptual de lo dialéctico, lo mismo puede entenderse lo finito y lo imperfecto como una degradación de lo infinitamente perfecto que éste como una sublimación de aquél, y por tanto derivado de él.

b) Una nueva modalidad del argumento dialéctico es la que, bajo el nombre de “ontológico”, se registra en la historia de la Filosofía —y desde luego, en la tomada en consideración por Gratry—, de San Anselmo a Descartes y los Cartesianos, con una singular variante en Leibniz. Aquí no se parte ya de la idea de las cosas creadas como limitadas, sino de la propia idea de Dios como Ser perfectísimo, que por lo mismo debe incluir su existencia; sin la cual, puesto que es ésta la perfección final, sería y no a la vez la idea de un Ser infinitamente perfecto. Ya a ello hubo de objetar Kant que la existencia no es una perfección más, sino la actualización de todas ellas, y tan perfecta es la idea de una montaña de oro suponiéndola existente como inexistente. La diferencia está en que semejante disyuntiva suposición es obligada tratándose de una montaña de oro, que en su esencia o definición no tiene por qué incluir la existencia. Por el contrario, en la esencia o definición de Dios va necesariamente incluída la exis-

tencia, pero es a título de pura idea o concepto de tal, o a lo sumo de una suposición, que no autoriza la afirmación absoluta de la misma. Gramaticalmente diríamos que, desde el punto de vista dialéctico, la "existencia" debe atribuirse a Dios tal como suena, o sea como sustantivo (término expresivo de los conceptos o ideas), pero no como verbo o participio presente y expresivo como tal del juicio "Dios es existente" o "Dios existe". El argumento en cuestión, exaltado por una parte de la tradición filosófica invocada por el P. Gratry, ha tenido siempre la repulsa de la inspirada en el pensamiento del Doctor de Aquino, y ante todo de éste último.

Según esto, el procedimiento puramente dialéctico se revela como radicalmente insuficiente para terminar en la existencia de Dios. El P. Gratry, no obstante, le reconoce una eficacia decisiva y hasta un "rigor matemático" muy a tono con el abolen-go científico de su panegirista. No obstante, éste admite la existencia de hombres insensibles a semejante argumentación, y hasta seducidos por la contraria, si bien les niega la condición de "filósofos" y los disputa como "sofistas". El caso es que, ante la evidencia de lo matemático, no cabe el sofisma, ni siquiera encubierto por el interés o la pasión, y Gratry proclama que sólo uno u otra pueden explicar el ateísmo, incluso el del "insensato" que dijo: "No hay Dios"; cuanto más el del indiferente e incapaz de hacer el esfuerzo mental que tal argumentación requiere, y sin el cual no se niega, pero se ignora a Dios. Por lo mismo, Gratry pone como condición previa a toda dialéctica una condición moral: la postergación del orgullo y de la sensualidad que pueden nublar en nosotros el salto sublime de lo finito a lo infinito, confinándonos al mundo falaz de las realidades transitorias. Discreta advertencia, que acaso no procure mayor valor o eficacia al argumento dialéctico, pero que puede muy bien hacerse extensiva a todos los demás.

B) Pasemos a otro grupo de pruebas, que yo llamaría *dia-*

léctico-ontológicas, por lo mismo que ofrecen como dos vertientes correspondientes a estas dos modalidades de nuestro pensamiento. Su punto de partida es también nuestro conocimiento, ora de los seres creados, ora de Dios mismo, y de dicho conocimiento se infiere la existencia de Dios.

a) Nuestro conocimiento del mundo visible culmina en los juicios de carácter necesario, inmutable y universal, y por ende de tipo ideal, cuales son sobre todo los metafísicos y matemáticos, y aun hasta cierto punto los físicos. Ahora bien, tales juicios —observa agudamente San Agustín— se refieren a una verdad *objetiva* que no reviste aquellos caracteres en el mundo de realidades múltiples y variables que nos rodea, y por lo mismo, so pena de ser vana, debe dicha verdad cimentarse en la esencia misma de Dios como prototipo de toda verdad. Por otra parte, dichos juicios son formulados por un *sujeto* cuya cambiante actividad mal se compadece con la trascendencia de los mismos: sólo una “iluminación” divina puede explicar el origen y justificar el valor absoluto de nuestros conocimientos intelectuales, en contraste con los de carácter sensible.

Tales inferencias han encontrado poco favor en la tradición filosófica aristotélico-tomista. Según ella, todos nuestros conocimientos son de origen sensible, y su elevación intelectual consiste sencillamente en un proceso de abstracción que, al prescindir de lo concreto y de lo real, idealiza la representación inicial, con lo que aparecen el concepto y el juicio dotados de una necesidad y universalidad de esencia ideal y de existencia lograda sólo en la realidad circundante. No se ve, por otra parte, qué sentido puede tener el que las verdades matemáticas, pongo por caso, sólo puedan serlo en la esencia existente de Dios, tan ajena a toda determinación de cantidad en que estriban dichas verdades. En cuanto al proceso de idealización, no requiere, en la tradición filosófica a que me refiero, sino el concurso de un “entendimiento agente” cuya condición supra-individual, es cierto, subrayó

fuertemente Aristóteles —sin llegar a identificarlo precisamente con Dios—; pero que Santo Tomás consideró como una facultad puramente personal, creada por Dios como capaz de conocer lo ideal, no precisamente en El y por su propia luz o la que El nos preste, sino por la que arrojan de sí los mismos objetos abstraídos.

b) Queda el conocimiento que de Dios tenemos cuando menos en forma de idea de un Ser perfectísimo. Ahora bien, en una interpretación de las ideas inspirada en la filosofía platónica, es lógico que se las suponga correspondientes a realidades en ellas reflejadas —en este caso, la Realidad divina—; pero no así cuando se mantiene a la idea en su función representativa de una esencia, y no afirmativa de una existencia, que es lo propio del juicio y no del concepto.

Pero, ¿cómo se engendra en nosotros esa idea de Dios de tan excepcional carácter entre y sobre todas las demás? Descartes juzgó que semejante idea no podía venir más que de Dios mismo, y por lo mismo hizo de ella argumento (no ya puramente dialéctico, sino ontológico) en favor de la existencia de Dios. Pero cabe también interpretarla, no como un reflejo de la Divinidad, sino como una sublimación de todo lo creado, por una simple reducción del límite en que toda esencia aparece realizada y su consiguiente elevación al rango de infinita, bien sea en su propio género y especie, bien en su condición de ser que trasciende y abarca a todo género y especie. Ahora bien, una explicación semejante de la idea de lo infinito no aparece suficientemente eliminada.

El P. Graty sugiere además otro tipo de demostración, que ya no sería tal, sino una verdadera “mostración” de Dios, del cual, según él, en la raíz o el ápice de nuestra alma, se da un verdadero “sentido”, que no vacila en calificar hasta de “contacto”, para quien se pone en condiciones de experimentarlo. El P. Graty rechaza netamente —v. gr., en Malebranche— todo ontolo-

gismo intuicionista de la esencia existente de Dios, y no veo, por mi parte, otra manera de entender ésta su posición sino asimilando semejante experiencia de Dios a ese indefinible sentimiento de su presencia en el alma que caracteriza al misticismo, y que, por lo mismo, no parece que pueda erigirse en prueba filosófica de universal validez en favor de la existencia de Dios.

III

Ante la insuficiencia de toda esta argumentación, procede situarse francamente frente a los seres reales y visibles, en su doble aspecto, existencial y esencial, e investigar ya ontológicamente, a través de su condición de tales, la suprema exigencia de Dios invisible. Como dice el propio P. Graty —sin admitirlo— “es la incertidumbre misma del método platónico... la que permitió a Aristóteles atacarlo como algo que no lleva a nada real y que no va más que a abstracciones, a la unidad abstracta del ser vacío; mientras que nuestra física —dice Aristóteles— es decir, nuestro método, que parte de las cosas físicas para elevarnos a lo que está por encima de ellas, nos da, fuera y sobre la Naturaleza, una esencia real, no abstracta y vacía”. Según Graty, esta imputación de Aristóteles al método de Platón arguye en éste sólo una deficiente explicación, que San Agustín subraya y completa. Pero es notorio que tampoco toda la filosofía agustiniana sobre el particular fué aceptada por la más autorizada rama de la Escolástica medieval cual es la tomista, que centró su teología natural o racional en puntos de vista de otra índole, sin perjuicio de integrarlos hasta cierto punto con los peculiares de la tradición platónico-agustiniana en un momento que pudiéramos llamar reversivo de todo el proceso. Veamos ahora las diversas avenidas o vías que éste nos ofrece, teniendo en cuenta la especulación antigua y moderna sobre el particular.

Nuestro punto de partida pudiera ser el famoso texto de San Pablo en su Epístola a los Romanos (I, 20): *Invisibilia Dei, per ea quae facta sunt, intellecta conspiciuntur*. "Dios invisible se muestra a nosotros inteligible a través de las cosas hechas por El." Según esto, la Realidad de Dios, anterior a la de las criaturas en el orden óntico como Creador que es de ellas, les es posterior en el orden lógico, pues sólo por ellas llegamos a conocerle. Unicamente haré observar que el Apóstol habla de la Creación como de algo "hecho", *per ea quae facta sunt*; a la cual perspectiva pudiera añadirse la de la Creación "por hacer" —*per ea quae facienda sunt*— que, convergentemente con la primera, nos conduce a Dios. Veámoslo sucesivamente.

I. A) Ante todo, cuando se habla de "realidad existente", es necesario entenderla en toda su plenitud, y no limitarla a un sector de la misma, cual es frecuente hacerlo (si no teórica, prácticamente) en filosofías preferentemente enfocadas hacia uno u otro. Así se nos habla de un argumento *cosmológico* que demuestra a Dios por el mundo "exterior" o físico de la Naturaleza; y de otro argumento *psicológico*, que nos lo revela a través de la conciencia, y que por lo mismo resulta más afín a los argumentos dialécticos y dialéctico-ontológicos antes examinados.

En rigor, sin embargo, no se nos da el mundo exterior o físico sino en la experiencia de la vida *humana*, si bien como algo que la desborda por ser ulterior, anterior y posterior a cada una de ellas, y por ende base de la prueba llamada *cosmológica*. Pero tampoco dicha vida humana es algo puramente psíquico, sino que se ofrece en un cuerpo material esencialmente conexo con el mundo físico, y por lo mismo en una experiencia a la vez psicofisiológica, o mejor dicho, *antropológica*. Más aún, esta experiencia, en cuanto personal a cada uno de nosotros, y por lo tanto propia, es la única rigurosamente interna, y se contrapone como tal a la del mundo no sólo físico, sino también social, que nos son igualmente exteriores. Por otra parte, en nuestra vida pura-

mente mental, es dado distinguir un aspecto de especificación objetiva —en el que se registra la trascendencia real o ideal y supratemporal de nuestras vivencias— y otro de ejercicio subjetivo de nuestra actividad en un proceso temporal. Uno y otro pueden ser objeto, no sólo de vivencia pura o directa, sino también de esa vivencia reflejada en la doble forma de introspección y extrospección, respectivamente más adecuadas (aunque no exclusivamente) a la vida propia o ajena. Esta experiencia *refleja* es en todo caso la que, tratándose de la conciencia, puede servir de punto de partida para una demostración de Dios, sólo latente o implícito en nuestra experiencia *directa* de los objetos físicos o de los sujetos sociales. Ello requiere, no obstante, que la tal reflexión sea plenamente vital, o a lo sumo crítica —es decir, aguilatadora, pero reconocedora de la objetividad trascendente a nuestra vida—, y no quede confinada en el área de la llamada “psicológica” o “psicologista”, sólo atenta a los aspectos y factores subjetivos de nuestra mentalidad. En el gradual desdoblamiento de todos estos puntos de vista se nos ofrece un primer progreso de la teología racional en su primer capítulo referente a la existencia de Dios.

Por otra parte, se suele distinguir también en él, aunque sin mucha precisión, las pruebas de carácter *físico* y *metafísico*. Indudablemente, no pueden tener aquí estas palabras el sentido de pruebas basadas en puros fenómenos (la física), o en realidades ultrafenoménicas (la metafísica), que también les corresponde en la terminología filosófica moderna. Una y otra suponen ya superado lo puramente fenoménico y se enfrentan con los seres en el pleno sentido de esta palabra. Pero mientras la prueba *física* considera a tales seres en su condición genérica y específica, y aun individual, constituyendo la Naturaleza y el Hombre como tales —con lo que se desdoblará en prueba “cosmológica” y “antropológica”, según lo antes dicho— la prueba *metafísica* abor-

dará al ser en su máxima condición de trascendencia, y por ende de universalidad.

Esto supuesto, la realidad de las “cosas visibles” se nos ofrece en una doble perspectiva *entitativa* y *operativa* de cada una en sí y en su relación con las demás, y de una tercera perspectiva más bien de conjunto o *universalidad* geográfica e histórica. Examinémoslas separadamente.

a) Los seres de este mundo —cosas y personas— se muestran señalados en su constitución *entitativa* por lo que se ha llamado la *contingencia* o carencia de una rigurosa necesidad, y ello en el doble aspecto de su existencia y de su esencia: la de la existencia se denomina más bien metafísica, y física la de la esencia.

En cuanto a la *existencia*, es verdad que no topamos nunca con la absoluta transición del ser a la nada o de la nada al ser —hagamos, respecto de esta última, la salvedad de la aparición de nuevos hombres—; pero es indudable que, en el escenario del Cosmos, unos seres van dando lugar a otros, y unos y otros revelándose por lo mismo como contingentes en su condición genérica y específica, contingencia que afecta también a su fondo común, que, de ser necesario, sería inmutable. Nos es obvia, en particular, la contingencia de nuestra propia existencia consciente individual —en la cual, en cierto sentido, se nos da toda la restante—, cuya fecha de nacimiento nos es dado señalar, y cuyas intermitencias de actividad registramos diariamente en el sueño, haciéndonos presentir la caducidad de nuestro ser, y cuyo final aparente nos sobrecoge con el espectáculo de la muerte.

Por lo que toca a la *esencia*, aun admitiendo la relativa necesidad de cada una de las formas elementales del ser físico y psíquico, y aun la que afecta a sus relaciones de identidad o semejanza cualitativa, y de igualdad cuantitativa —registradas respectivamente por la Metafísica y la Matemática— no cabe proclamarla igualmente de los *complejos* de dichas formas accidentales coexistentes en una misma sustancia, y que constituyen los cuer-

pos o seres naturales. Pase todavía que la sustancialidad sea una categoría metafísica dotada de necesidad; pero la existencia de *tales* grados de sustancialidad corpórea —viviente, animal, humana—, y sobre todo de *tales* tipos dentro de cada grado (recuérdense las inagotables clasificaciones de minerales, vegetales y animales) es puramente físico-química y biológica, y por ende hasta cierto punto contingente e histórica (adviértase a este propósito la profunda significación de la llamada “historia natural” que registra los tipos en cuestión). Seguramente, la esencia constitutiva de cada uno de estos seres no es puramente accidental y variable —el ser *per accidens* de los Escolásticos—, como la de los artefactos construídos por el hombre; pero dentro de la unidad *per se* acusada por su uniformidad tampoco implica la necesidad racional propia de las formas geométricas y sus propiedades, sino que se concibe como perfectamente alterable sin faltar al principio de identidad y contradicción, único expresivo de una absoluta necesidad. En una palabra, la realidad es racional y por ende necesaria en los aspectos *metafísicos* y *matemáticos* de la misma, pero en el puramente *físico*, sin ser una mera situación de hecho, tampoco lo es de absoluta necesidad, sino de una que llamaríamos “necesidad de hecho”, constitutiva del ser en cuestión.

Ahora bien, toda contingencia de hecho existencial o de tipo esencial en un ser, por otra parte real, no tiene su explicación en el propio ser contingente, sino que exige como su razón de ser otro ser sustraído a dicha contingencia, y por ende dotado de necesidad. No basta al efecto suponer que los seres contingentes se condicionen mutuamente en serie indefinida, si no se admite fuera de ella y sobre ella un Ser absolutamente necesario que tenga en sí la razón de toda ella. A este Ser llamamos Dios, que se nos revela así como el Creador de los seres mundanos, o sea, como su *Pro-ductor*, es decir, su Primer Eductor, no sacando unos de otros —por esa vía de derivación extrínse-

ca y de yuxtaposición propia del humano artificio— sino proyectándolos totalmente de su propia nada como una participación o difusión del Ser divino, reflejado sin confusión en sus criaturas. Ahora bien, la inserción o “religación” de lo contingente en lo necesario, o la postulación de lo necesario para lo contingente, no es, precisamente, una *intuición* de experiencia, ni siquiera en el hombre —la “angustia” de cuyo vivir, psicológicamente hablando, ni acusa un origen ni reclama una solución trascendente— sino una *inducción* intelectual que, partiendo de una realidad inexplicable por sus propios principios, cifra su razón de ser en otra Realidad trascendente a la primera y clave de la posición de su existencia y de la relativa necesidad de su esencia. Por lo mismo, esta inducción tiene una fecundidad de que carece la puramente dialéctica, confinada por su propia condición al análisis de una idea e incapaz de afirmar algo trascendente a su contenido.

b) Análogamente, en la perspectiva *operativa* de los seres —no olvidemos, que conforme al adagio escolástico, el obrar sigue al ser, *operari sequitur esse*; pero el ser es también fruto de la operación—, el dinamismo por doquiera patente en el Universo requiere un Promotor de todo él, y que por lo mismo esté por encima de él. Ahora bien, esta prueba “del movimiento” es también de clásico abolengo, pero no siempre entendida en su debida amplitud.

El movimiento se revela, ante todo, en el Universo material, no sólo en su forma más obvia de movimiento local, sino también en la del movimiento cualitativo y cuantitativo, y hasta en el de generación sustancial, sobre todo de los seres vivientes. En éstos es dado también registrar el movimiento evolutivo, no sólo con evolución ontogenética o individual, sino también —cuando menos en hipótesis— filogenética o específica, que afecta a los tipos biológicos y hasta a los grados de vida; evolución admisible si se limita la hipótesis a la apariencia externa de tal evo-

lución y se prescinde de su explicación causal, sobre todo trascendente. Parejo al dinamismo material o físico, pero esencialmente distinto de él, se halla el dinamismo mental o psíquico, patente sobre todo en el ejercicio de la actividad espiritual, y ante todo en su forma puramente espontánea, anterior a la voluntad propiamente dicha.

Cuando de la mera constatación del movimiento se pasa a su indispensable explicación, nos encontramos, ante todo, con que “ningún ser se mueve totalmente a sí mismo”, sino que todos los seres se mueven unos en virtud de otros, bien sea por una pasiva recepción del movimiento ajeno, bien sea por una reacción sobre él con virtud propia, si bien esta virtud misma aparezca recibida de otro y actuada por otro. De esta manera el mundo de la Naturaleza y aun el del espíritu es un vasto sistema de móviles y motores, actuados por la doble causalidad eficiente y final, causalidad que como eficiente determina la dimensión y como final la dirección de su efecto, constituyendo entre ambos aspectos el *orden* de las “leyes naturales” en su perspectiva dinámica y operativa, tras de la estática y entitativa anteriormente considerada. Ello es patente sobre todo en los seres vivientes, cuyo funcionamiento utiliza la eficiencia de la materia bruta en su sentido plenamente finalista, a base de un organismo elaborado él mismo adecuadamente a dicha finalidad y desarrollando el tema de la vida con la espléndida variedad de grados y de tipos que se deja admirar en la Naturaleza.

Pues bien, ya se articule este sistema de causas en serie rectilínea, ya en serie circular, no se explica su dinamismo total sino en función de un Pro-Motor que no lo sea precisamente en el sentido de primero de la serie, sino en el de superior a toda ella, y que por lo mismo concorra intrínseca y esencialmente, supuesta la constitución de las potencias pasivas y activas del ser, a su actualización gradual por el movimiento: tal es la causalidad de Dios en sus criaturas. Lo mismo que en la constitución del ser,

hay lugar en su causalidad a distinguir la *metafísica* de la *física*: la primera significa la conexión de la causa con el efecto; la segunda, la de tal causa con tal efecto, dentro de un orden genérico y específico determinado. En ambos sentidos, se hace valer la supremacía de la causalidad divina como primer Origen de la creada, tanto en la eficiencia como en la finalidad; particularmente en los seres dotados de una finalidad inconsciente o de pura ejecución, cuales son los vivientes infra-humanos, la finalidad de intención que la determina no puede ser otra que la Voluntad divina.

c) El conjunto de los seres en su doble aspecto entitativo y operativo constituye el llamado *Universo* en su también doble perspectiva geográfica e histórica. Ella nos muestra a Dios por una tercera vía, que no es ya la de Dios-Creador del Ser, ni la de Dios-Concurrente a su actuación, sino la de un Dios-Providente. Propio de la Providencia es ante todo fijar la dotación de los seres en "número, peso y medida", según la expresión bíblica; después, su distribución inicial en el Espacio como germen del orden futuro; finalmente, la realización de este orden en el Tiempo, gracias a un impulso inicial y a una asistencia incesante en la posteridad. Verdad es, que al lado del Orden y del Bien, el espectáculo de la Naturaleza y de la vida humana no deja de ofrecernos el desorden y el mal. Pero una atenta observación explica su origen en razón de un bien defectuoso o antagónico, y una fina valoración lo justifica en razón de un bien superior por lograr a través del mal sin detrimento de la Providencia divina, aunque sin incurrir tampoco en el optimismo de quienes juzgan el mundo actual como "el mejor de los posibles".

Ahora bien, la manifestación de Dios en la Historia reviste caracteres extraordinarios en la llamada *Revelación*. Se acredita ella por la vía externa del milagro o de la profecía —superación de las leyes físicas de la Naturaleza o psíquicas de la conciencia humana— unida a los criterios internos de la inspiración

doctrinal y de la santidad moral; y conduce a la exaltación del hombre a un rango sobrenatural por la gracia, presagio de la gloria futura, previa la restauración del mismo orden natural, sanado el hombre de las aberraciones morales y religiosas a que su naturaleza decaída le condujera.

B) Una vez demostrada la existencia de Dios como Creador, Concurrente y Providente en orden a sus criaturas, procede ya definir en cuanto cabe su *esencia*, o sea, su Ser en sí mismo, tarea en la cual el método dialéctico logra la plenitud de su eficacia. Para el P. Gratry, esta distinción no es rigurosamente necesaria, ya que su procedimiento favorito, de inducción dialéctica, “da a la vez la demostración de la existencia de Dios y el conocimiento de sus atributos”. No obstante, admite el tratar separadamente de éstos, y aun los divide en metafísicos, físicos y morales. “Los atributos metafísicos, es decir, abstraídos de las cosas físicas, son revelados, como su nombre indica, por la visión de los cuerpos a la luz de la razón; los atributos intelectuales son revelados al espíritu por el espíritu, y los atributos morales por el corazón, por la conciencia de la libertad.”

En un sentido distinto diríamos nosotros que los atributos *metafísicos* son los que corresponden a Dios como Ser Supremo y como Causa suprema, a saber, la “aseidad” o existencia por sí mismo, y por lo mismo absolutamente necesaria —con la consiguiente simplicidad y unicidad— como Ser, y la inmutable eternidad como Causa. De ahí también la infinitud y por ende la inmensidad que los atributos físicos habrán de lograr en la Divinidad, ya que su limitación en las criaturas proviene precisamente de su contingencia.

Los atributos *físicos* se infieren, no del hecho de ser y de actuar, sino del modo de ser y de actuar de las criaturas, proyectado en el Ser divino, según aquéllo del Psalmista: “Pues qué, el que nos ha dado la vida ¿no oirá? ¿Ni verá el que nos ha dado los ojos? ¿Y dejará de tener juicio quien ha dado la ciencia al

hombre?" Hay, sin embargo, una distinción esencial que hacer, a este propósito, entre las criaturas materiales, simples "vestigios" de la Divinidad —según expresión de San Buenaventura en su *Itinerarium mentis ad Deum*— y las espirituales hechas por Dios "a su imagen y semejanza". Esta "semejanza" del alma con Dios se traduce tanto en la especificación como en el ejercicio de sus facultades superiores: en la especificación, por la idealidad necesaria y universal que reflejan —hasta el punto de revelar por sí solas, según San Agustín, la existencia de Dios— y en el ejercicio por la virtualidad en cierto modo creadora que también atesora el espíritu humano y proyecta mediante su cuerpo en la materia. De esta manera, Dios es como el Prototipo o Arquetipo ejemplar de toda la Creación, y todas las propiedades de ésta le son atribuibles; pero sólo virtualmente las propiedades materiales o físicas en sentido estricto, y ya formalmente las espirituales o psicológicas (inteligencia y voluntad) si bien depuradas de la inevitable imperfección que en las criaturas revisten (vía de la negación) y elevadas a lo infinito en Dios (vía de la eminencia); por lo mismo, no somos capaces de representarnos su esencia con conceptos propios, y nos hallamos reducidos a hacerlo por *analogía* con los extraídos de nuestra conciencia personal.

Finalmente, llamamos atributos *morales* a los que en la filosofía actual se designan con el nombre de *valores* —Verdad, Bondad, Belleza, Justicia—, y diremos que la esencia divina, así como es el Ser supremo y ejemplar de todos los seres, es el Valor Supremo y dechado de todos los valores, que sólo se realizan con deficientísimas imitaciones de aquel Valor culminante de la Divinidad.

II. Todas las vías anteriormente consideradas como conducentes a la existencia de Dios tienen como punto de partida las realidades ya hechas, que sigan estándolo, o que se están haciendo, del mundo visible: llegan a Dios *per ea quae facta sunt*, se-

gún la consagrada expresión paulina. Pero cabe plantearse el mismo problema adoptando al efecto la perspectiva, no del pretérito ni del presente, sino del futuro; y preguntarse si nos es dado encontrar a Dios *per ea quae facienda sunt*, en atención a lo que ha de ser hecho. La primera vía es la de la razón “teórica” o especulativa; la segunda, la de la razón “práctica”. Y la condición de tiempo futuro es en esta última tan rigurosa que aun los quehaceres de mañana, que al estar haciéndose serán de hoy y al estar hechos de ayer, para ser juzgados una vez hechos habrán de ser enfocados retrospectivamente en la perspectiva del futuro, o sea, “como si” estuvieran todavía por hacerse, y serán a ese título objeto de aprobación o desaprobación. De ahí la doble manera de enjuiciar la Historia, como espectadores de la misma, en cuanto serie de acontecimientos pasados —y esto lo hemos hecho ya—, o como sus actores reales o hipotéticos, efectivos o afectivos, y en este segundo plano la proyectamos ahora. Ahora bien, si por el primer camino se nos ha revelado Dios como el *Primer Origen* del Mundo y del Hombre, en sí y en su historia, ¿cabrá descubrirle por el segundo como su *Ultimo Fin*?

Indudablemente, hay una buena parte del mundo —todo el infrahumano, y aun el propio hombre en lo que no es específicamente tal—, en el cual el porvenir se halla predeterminado y por ende prejuzgado por el presente y el pasado; y, por lo mismo, respecto de él, no hay novedad alguna en la consideración de un ser y de una actividad ya uniformemente definidas a lo largo del tiempo. Pero no es tal el caso del hombre en su dimensión superior de agente voluntario y libre, y por ende capaz de reaccionar electiva y variadamente, y por lo mismo más o menos valiosamente, ante las sollicitaciones del mundo exterior y aun de su propio espíritu. Una actividad semejante, no puramente repetidora, sino creadora de formas de vida, ¿no se ha-

llará en el fondo pendiente del supremo atractivo de Dios como Sumo Bien?

El P. Gratry enfoca en tal dirección su teología natural con una rotunda afirmación del “sentido de lo divino” en el doble orden de la vida moral y religiosa del hombre, a base de lo que llama “fe natural” de la humanidad. Por lo que hace a la vida *moral*, “admitimos —dice— un sentido racional, que impulsa al espíritu a la verdad y goza de ella. Admitimos un sentido moral que, por su naturaleza, aprueba lo que es justo y honesto en sí, se complace en ello, condena y detesta el mal. Admitimos un sentido de lo bello, por el cual el hombre sabe amar y gusta todo orden y toda belleza”. Ahora bien —y en esto estriba lo típicamente *religioso*, según Gratry—, “ese sentido que despierta en nosotros la atracción de lo deseable y lo inteligible, que es Dios, es el sentido divino”; “sentido divino natural, cuando el alma, bajo ese contacto, se siente a sí misma explícitamente y a Dios implícitamente; sentido divino sobrenatural, cuando el alma, bajo ese contacto, siente explícitamente a Dios mismo y sólo se siente a sí misma implícitamente en Dios”. Para lograrlo, no obstante, se hace ante todo preciso “vencer el obstáculo de la inclinación a las criaturas”; luego, acudir a la razón, sí, pero a una razón “no mutilada artificialmente, no separada sofisticadamente, primero de la voluntad, luego de su propia raíz en el fondo del alma, que es el sentido divino, fe natural en Dios”; a una razón “no rebelada contra la razón común del género humano, no endurecida para los auxilios generales que Dios da a toda alma”. Veámoslo más detenidamente, examinando sucesivamente la dimensión propiamente *moral* y *religiosa* de nuestra vida.

a) El hombre se siente ante todo impulsado por sus instintos y atraído por sus apetitos en pos de los llamados “bienes sensibles”, que son sus bienes *vitales*, señalados por el placer como polo objetivo y por el egoísmo en el aspecto subjetivo de su actividad. Mientras actúa bajo tales estímulos, la voluntad humana

sólo busca a Dios implícitamente en sus criaturas, como puede hacerlo el animal y aun la planta en su dinamismo biológico. Por lo demás, en la prosecución de sus propios intereses vitales, y ante la dificultad e inseguridad de su logro, el hombre es dado a recurrir a poderes sobrenaturales, a título de complemento de los recursos naturales bien deficientes, y en el afán de conciliárselos se halla, al decir de Bergson, la “primera fuente” de una religiosidad, por lo demás, de bien inferior condición, en la que Dios es buscado como mero tutor y procurador de valores puramente naturales.

Pero semejante actividad no merece aun ser calificada de *moral*. No es que lo vital sea ajeno a la moralidad, cifrada ante todo en la normalidad de las funciones vitales, por encima de todo señuelo de placer o de toda repugnancia de dolor no coincidente con el interés vital. Pero éste, en un plano de estricta moralidad, debe supeditarse al ideal que se hace preciso conocer y querer: el conocerlo nos proporciona una norma de conducta, tanto de pensamiento como de acción; el quererlo constituye la efectividad de dicha conducta. Ahora bien, el criterio de una “norma de conducta” moral consiste en la superación de la realidad por el ideal, en razón de la dignidad de los objetos proseguidos con nuestra actividad y de la universalidad de los sujetos beneficiados con dicha prosecución. En cuanto a la “ejecución” de dicha norma por la voluntad en la conducta misma, se halla pendiente del poder y del deber: un poder físicamente no necesario, sino libre; y un deber moralmente no libre, sino necesario.

No obstante el sello de lo divino que en una perspectiva semejante se hace ya más patente, cabe que un hombre depositario en su conciencia de la “ley moral” en ella impresa por Dios, pero cuya impresión ignora o no siempre recuerda, acepte y cumpla dicha ley en aras de un simple “idealismo” desconecedor u olvidadizo de su abolengo divino. Pero si se detiene a ahondar en su fundamentación con espíritu libre de prejuicios, no podrá

menos de reconocer en los *bienes* ideales la participación de un Bien supremo y real; en el *deber* el eco de una Voluntad suprema soberana en el mandato, y por ende acreedora a la obediencia; en el *poder*, su dependencia de una Fuerza suprema de la que es de esperar, bien sea por la gracia, bien a requerimientos de la oración, la asistencia en la tentación moral, la eficacia de la resolución adoptada y, en todo caso, el triunfo del ideal moral, aun a prueba de sus eclipses; finalmente, en el *querer*, la suprema Justicia de Dios, ante la cual habremos de responder de nuestros actos, para de El recibir la sanción consiguiente.

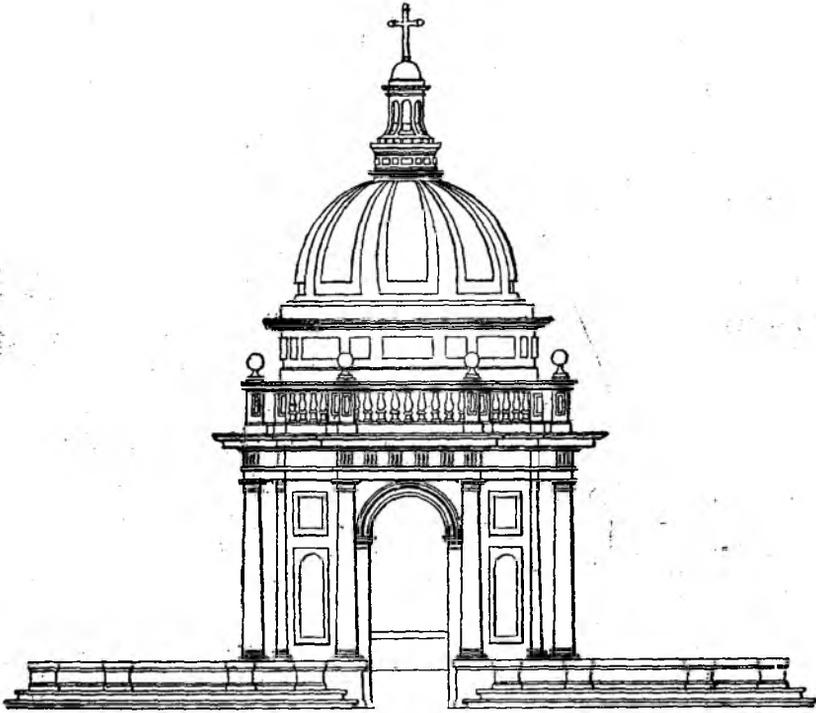
Todo esto constituye el “orden moral”, cuya base y coronamiento no pueden hallarse sino en Dios, como el “orden físico” no es definitivamente explicable sino por El mismo.

b) Ahondando aún más en nuestra conciencia, tras de la idealización de los bienes creados, nos encontramos con la idea de su Creador como Ser supremo y Bondad suprema en quien se refunden todos ellos. Y aunque, como ya dejamos dicho, de esta simple idea de Dios no cabe, por puro análisis lógico, inferir su existencia, no puede decirse lo mismo de la resonancia afectiva y dinámica que tal idea halla en nuestra alma, independiente de la demostración de Dios derivada del mundo exterior a aquélla. Porque la idea de Dios no puede sernos en modo alguno indiferente: tanto en la dimensión afectiva como en la efectiva de nuestra vida, Dios es el único Ser capaz de satisfacerla, dada la imperfección, incertidumbre y transitoriedad de los bienes naturales de esta vida, y la efímera condición de la vida misma. De ahí la profunda palabra de San Agustín: “Nos hiciste, Señor, para Vos, y nuestro corazón se halla inquieto y desasosegado mientras no repose en Vos”. En ello estriba esencialmente la religiosidad, como triple homenaje de adoración, de amor y de adhesión a un Dios personal a través de sus criaturas y en obediencia o sacrificio de ellas en un orden natural, y aun directa e inmediatamente en el orden sobrenatural. Se dirá que todo ello

no nos autoriza a “objetivar” la idea de Dios en razón del “deseo” de que sea verdadera. Pero, sin que quepa semejante inferencia en orden a todos los deseos de nuestra alma —nada más falaz, como es sabido, que una “lógica afectiva” que da por reales los objetos que nos interesan—, no procede generalizar y hacer extensiva dicha vaciedad demostrativa a todo el dinamismo de nuestro espíritu. Aun en el dinamismo corporal, si por un lado nos cercioramos por la experiencia externa de la existencia del alimento, por otro nos la acusa la experiencia interna de su apetito: ambas experiencias convienen en la misma conclusión. Análogamente, en orden a la existencia de Dios, su demostración por la vía externa de los seres por El creados viene a coincidir con el anhelo íntimo de su Realidad experimentado por las más altas de dichas criaturas, cuya aspiración hacia Dios, por lo mismo que es natural y culminante en su vida, “no puede —en frase de Santo Tomás— ser frustrada y vana”. Después de todo, si la verdad consiste en una conjunción del sujeto con el objeto, igualmente se logra cuando el objeto empieza por impresionar al sujeto recipiente, que cuando éste, en función de sujeto agente, se dirige al objeto, como exigido por su propia estructura, no menos fideligna en verdad que la del objeto en la mutua referencia del uno al otro.

Basten ya estas notas para señalar la importancia del tema y de las obras que le ha dedicado la pluma alerta y juvenil de Julián Marías, como divulgador en España del pensamiento del P. Gratry. Si parte de lo dicho pudiera sonar a crítica de este pensamiento, tómese en el sentido de integrarlo con otros en un sistema de teología racional libre de toda preterición, confusión o postergación injustificadas, que reconozca a cada una de las múltiples vías que nos conducen a Dios la virtualidad que le es debida en la jerarquía de todas ellas. Sólo el hecho de replantearse el problema con la creciente agudeza que revela en el pen-

samiento actual, es ya una señal de los “nuevos tiempos”, en los que, pasada la vertiginosa embriaguez de una cultura industrializada e impregnada de afanes materiales, se vuelve cada día más los ojos a lo “único necesario” que Jesús prefirió en María a las faenas de las hacendosa Marta, como la “mejor tarea” de la vida y que, por lo mismo, “no habría de serle quitada”.



Poesia

Sonetos, por Ginés de Albareda; *Eva*
(Fragmentos), por Charles Péguy; *El supli-*
cio de Tántalo, por Tristán Yuste.

SONETOS

FOR

GINES DE ALBAREDA

ADOLESCENCIA

CUERPO con ademanes de guirnalda
tejida de llovizna y sol cansado
para apresar el aire enamorado
en tu cielo de olivos y Giralda.

Quince lirios de luz celosa y gualda,
suben hasta tu voz. El pelo izado
es un rebaño de oro desatado
en la pradera virgen de tu espalda.

Corriges en tu sangre de Narciso
la ágil adolescencia de la fuente
y el reflejo doblado e impreciso,

y en tu clara mañana impenitente
levantas la verdad de un Paraíso
sin manzanas mordidas ni serpiente.

MUERTE FECUNDA

*En el perfil del lirio está la muerte
de pie, sobre su isla de blancura,
y ágil de ausencia y fina de estatura,
en luz de anunciaciones se convierte.*

*¿Para que, nubes de mejilla fuerte,
copien venas de falsa arquitectura?
¿Para que, el pulso de la savia oscura,
a la dorada abeja desconcierte?*

*Es una muerte joven, sorprendida
del cristal de fronteras que se parte
en música callada y no aprendida.*

*Levanta en el futuro su estandarte
y siembra las matrices de la vida
con gesto de ciclones y de Marte.*

SONETOS EUCARISTICOS

ULTIMA CENA

A mi sobrino Manuel Enrique.

*Azimos olorosos en la artesa.
Anfora, paila y lienzo de abluciones.
Crátera henchida de las libaciones
y estofas de Sidón, sobre la mesa.*

*Aparejan la Fiesta Juan y Kesa,
en la casa de Marcos. Los pregones
levitas y el clarín de inmoluciones
abren la Hora pascual de la Promesa.*

*Res y hierbas mosaicas y alegría
del Hágada y los salmos de Esperanza.
Jesucristo se entrega en regalo*

*tras de la Cena de la Venturanza:
Tomad el Pan que es Cuerpo y Vida mía.
Bebed la Sangre de la Nueva Alianza.*

PRIMERA COMUNION

A mi sobrino Luis.

*Ante el Milagro cereal y arcano,
vigilante la espiga se apresura
a conseguir presencia de blancura
en la dorada madurez del grano.*

*En músculo de trigo, breve y vano,
el Cordero de Dios se transfigura,
y en balidos de pan sin levadura
llama el Amor al corazón humano.*

*Canta el agua, el aceite, la madera,
hermanos de la harina, la Armonía
transformadora de la Primavera.*

*El Angel adelanta el nuevo Día
y el niño pide Pan, por vez primera,
hecho con trigo de la Eucaristía.*

SONETOS DE MALLORCA

MOMENTO DE LA ISLA

*Isla de voz anclada. Luz que medra
fuera del aire ya, por su blancura.
En una castidad de arquitectura
las codicias sensuales de la yedra.*

*Risa de espuma que a la muerte arredra
con violines de sal y espada pura.
Pasión de mar y palma en la cintura
firme al tacto preciso de la piedra.*

*Ni veleros latinos, ni campanas,
ni nardo temeroso de palomas,
ni corazón abierto de manzanas.*

*Una isla obediente al mediodía
y un esquema de adioses y de aromas
sobre el rostro fugaz de mi alegría.*

MOMENTO DEL MAR

*Sobre un mar obediente a su destino
rompe la tarde arcángeles de flores,
y desanda resinas y colores
una noria de luz, en cada pino.*

*Juegos de peces lleva aire salino,
nieblas gastadas y ojos cegadores,
y en dedos de las olas, bordadores,
cicatrices de quilla sin camino.*

*Por mi mojada voz de soledades,
semillero de líquidas praderas,
va un velero, doncel de claridades.*

*Y en la pausa de Dios del agua larga,
porque la sangre vuelva a sus fronteras,
siento que flota mi raíz amarga.*

CUEVAS DE MANACOR

*Qué lejos de la muerte esta absoluta
mudez que palpa la raíz del mundo.
Qué cerca ya del límite fecundo
la pulsación calcárea de la gruta.*

*Minerales metáforas sin ruta,
rebuscan locas su perfil rotundo
desde la eternidad. Pulso profundo
de la imaginación en roca bruta.*

*Valle de Josafat. Jacob dormido
en la geometría de su sueño.
Amaranta, la fuente y el olvido.*

*Y este sentir en gotas desprendidas
por las estalactitas de mi ensueño,
las afiladas sangres de otras vidas.*

E V A

(FRAGMENTOS)

POR

CHARLES PEGUY

(HABLA JESÚS):

*¡OH Madre sepultada a la parte de afuera
del Jardín Inicial! Que a conocer no has vuelto
el estanque apresado y el arroyuelo suelto
ni el Sol resplandeciente de la Aurora primera.*

*Ni los saltos alegres del ciervo y la gamuza
atando y desatando su carrera fraterna,
parándose de pronto para probar la eterna
fuerza de los resortes que sus miembros azuza...*

*Ni la joven gacela que enlaza y desenlaza
la caprichosa ruta de su incierto vagar,
trotando y galopando por donde han de pasar
en el tiempo futuro los hijos de su raza.*

*Ni los saltos audaces con que el ágil cabrito
deshace la maraña de su loca carrera
y en lo alto de un risco oye por vez primera
las solicitaciones del espacio infinito.*

*Inquietos tejedores, hilanderas ansiosas
que entretejen los hilos de sus sendas de amor,
mientras sobre la arena de vagas nebulosas
siete clavos de plata fijan la Osa Mayor.*

*Inventores de rutas, bordadoras de estelas
encajes recortando al zig-zag de sus pasos,
trazando los perímetros de nuevas ciudadelas
—proyectos de florones sobre los verdes rasos—.*

*Carente de memoria, como recién nacida,
la Creación inventaba los giros de la esfera
y la áspera bellota por los dientes mordida
dejaba el jugo fresco de la pruna y la pera.*

*No más has contemplado la tierra maternal
fomentando la espiga de la primera hogaza
ni las múltiples ubres con que nutre a la Raza
una naturaleza casta a un tiempo y carnal.*

*No más has conocido la gestación del limo
sustentando el océano verde de los trigales,
ni el silencio y la sombra del pesado racimo,
ni los días felices que se siguen iguales.*

*No más has conocido esa feraz campiña
con sus desbordamientos de centeno y de avena,
ni los frescos festones de la parra y la viña,
ni los días felices siguiéndose en cadena.*

*No más has conocido el barro generoso
de gérmenes espeso y fuerza nutritiva.
No más has conocido el pámpano frondoso,
ni las razas del trigo para tu Raza altiva.*

*No más has conocido las ramas del manzano
plegando bajo el peso de su roja abundancia.
No has visto madurar al dintel del verano
las infancias del trigo para el hombre en la infancia.*

*Lo que se trocó en fango después de la Expulsión,
era plástica arcilla que no manchó la mano
y no hubiese podido ni el Gran Rey Salomón
desentrañar lo angélico mezclado con lo humano.*

*Lo que después de Suma ha recibido el nombre
entonces se obtenía sin total ni adición
y toda la sapiencia que acumuló Sión
distinguir no sabría entre el Angel y el Hombre.*

*No más has conocido el campo largo y raso,
ni el barranco secreto de empinadas laderas,
ni el cuadro cambiante de las sombras postreras,
ni los valles rotundos cual los flancos de un vaso.*

*No más has conocido la corona solemne
formada por la ronda de las cuatro estaciones,
ni el balanceo alterno de sus reiteraciones
repitiendo lo efímero ante el Tiempo perenne.*

*No más has conocido el orto de las flores
desbordando las cimas en enormes cascadas.
No más has conocido las profundas arcadas,
ni el ciprés con su sombra subrayando colores.*

*

*Ni el Tiempo adolescente con sus fuerzas eternas
manando de sus flancos los años juveniles.
Ni has visto al reiterarse los primeros abriles
el casto acoplamiento de estaciones alternas.*

*No más has conocido el Tiempo paternal
repartiendo la dicha a las cuatro estaciones
en parcelas iguales, ni las evoluciones
con que surgen y pasan en sumisión igual.*

*No más has conocido el paso cadencioso
con que cada una vuelve al cumplirse su plazo
y cómo lentamente se aduerme en el regazo
del Tiempo hasta el retorno de su turno armonioso.*

*Del uno al otro polo no más has contemplado
a la Tierra meciéndose lo mismo que una cuna,
y a las cuatro estaciones sin resistencia alguna
muriendo juveniles, su plazo terminado.*

*No más has contemplado cómo se balancea
la Tierra en el espacio lo mismo que un velero,
ni la mansa renuncia y el desistir sincero
con que una estación muere cuando otra se recrea.*

*Lo que después ha sido el fango maculado
era antes de la Tierra el fecundante yugo
y nadie conocía la pesadez del yugo
y nadie conocía la azada ni el cayado.*

*Lo que después ha sido el terror de la muerte
entonces se esperaba sin temor y sin pena.
la dicha rodeaba al hombre de tal suerte
que el día de partir era un abra serena.*

*Era igual que un estanque el silencio del alma,
la ventura fluía como de un manantial
y como una Custodia derramaba la calma
el Sol desde lo alto de un cielo de cristal.*

*El vapor y las brumas eran como un incienso
y los días felices como una columnata,
y los bosques de cedros con su verdor intenso
de la noche enmarcaban los silencios de plata.*

*Era toda la tierra lo mismo que un Altar
que ornaban fruta y flor sobre las mismas ramas
y los días serenos eran como las llamas
de una hilera de cirios ardiendo sin cesar.*

*Era toda la tierra una despensa plena,
las ramas del frutal vasares opulentos
y el Tiempo iba sacando con suaves movimientos
los días apilados en su gran alacena.*

*Era toda la tierra un huerto encantador
y el hombre recorría sus cuadros complacido
y siempre respetado pero nunca temido
mirábanle las bestias lo mismo que a un pastor.*

*A un tiempo eterno y joven, en reposo ideal,
contemplando su obra Dios mismo sonreía
y del amor filial el amor paternal
libación y homenaje por igual recibía.*

*A un tiempo eterno y justo en su exacta balanza
pesaba Dios el mundo hasta encontrar el fiel
y, como era a su imagen y era a su semejanza,
al contemplar al hombre se recreaba en él.*

*Como una humilde aldea el mundo se apiñaba
y Dios lo contemplaba eterno y juvenil.
Y paternal miraba cómo el joven Abril
las flores de su edad primera desplega.*

*Y Dios, joven y eterno, miraba complacido
el engarce armonioso de la noche y el día.
Con ternura de padre sonriendo veía
el mundo al pie de un bosque como un pueblo perdido.*

*Y Dios, joven y eterno, con tranquila mirada,
veía las edades surgir de lo eternal
y del caos informe la concreción formal
de un mundo limitado como ciudad murada.*

*Y Dios, joven y eterno, con mirada curiosa,
veía lo que son la ida y el regreso
y, padre complacido, contemplaba el proceso
de un mundo concretándose cual ciudad populosa.*

*Y Dios, joven y eterno, con paternal visión
contemplaba del año la ritmada mudanza.
El, Inmutable y Fijo, contemplaba la danza
con que entre sus hermanas pasaba la estación...*

*Y Dios, joven y eterno, como frente a un espejo
veía en el espacio concretarse el lugar,
y la vista serena dejaba resbalar
sobre su propia imagen, como sobre un reflejo.*

*Y Dios, joven y eterno, contemplaba propicio
surgir y sumergirse en el tiempo las horas.
Y padre contemplaba las enternedoras
formas de lo que muere porque ha tenido inicio.*

*Y Dios, joven y eterno, con gesto paternal
miraba los comienzos de un mundo afirmativo
y como un jardinero los brotes de un rosal,
veía las promesas de aquel mundo expansivo.*

*Y Dios, joven y eterno, con amor paternal
miraba en el espacio la esfera solitaria,
y su dedo divino daba al fin la señal
que puso en movimiento la sabia maquinaria.*

*Y Dios, joven y eterno, miraba paternal
los juegos inocentes de aquella edad sin nombre.
Y con tranquilo goce, del cielo en el cristal
contemplaba su imagen en la imagen del hombre.*

*Y Dios, joven y eterno, con amor paternal
de la humanidad joven oía las promesas.
El mundo era una nave sobre un mar de cristal
que levaba las anclas para vastas empresas.*

*Y Dios, joven y eterno, con amor paternal
miraba enternecido nacer el primer niño
y vibraba en el aire más limpio que el cristal
la primera canción del maternal cariño.*

*Y Dios, joven y eterno, con amor paternal
miraba sonriendo los padres primerizos
partiendo en dos enteros un amor inicial
el día que nacían los primeros mellizos...*

*Y Dios que es todo amor complacido veía
anidar el amor bajo techos pajizos
y cómo de la madre el amor se partía
en dos partes sin mengua para sus dos mellizos.*

*Y Dios que es todo amor contemplaba brotar
la semilla de amor en los fecundos suelos
y el amor maternal haciendo germinar
el amor fraternal entre los dos gemelos...*

*Y Dios, joven y eterno, complacido veía
las infantiles risas de la primera edad.
Integro, contemplaba cómo el mundo se unía
en un núcleo amistoso de buena vecindad.*

*Y Dios, joven y eterno, lleno de compasión,
oía de la infancia el lamento primero
y contemplaba el mundo como un gran hormiguero
iniciando en el Tiempo su peregrinación.*

*Y Dios, joven y eterno, veía con delicia
nacer el primer beso más dulce que la miel.
Y el mundo empavesado era como un bajel
que despliega sus velas a una brisa propicia.*

*Y Dios, bueno y eterno, desechaba el Presagio
al contemplar los tiernos cuidados maternales
y ansiosos contemplaban sus ojos paternales
el mundo navegando al borde del naufragio.*

*Y Dios, joven y eterno, en su Unidad diversa
veía los progresos fatales de la edad.
Su mirada amorosa leía con piedad
las futuras arrugas en una frente tersa.*

*Y Dios, joven y eterno, su obra terminada,
contempló la Creación y juzgó que era buena.
Del carbón al diamante su mirada serena
envolvía una obra perfecta y acabada...*

*Como una altiva torre la Creación se erguía
por cima de los muros de un inmenso palacio.
Formaban las etapas el tiempo y el espacio
y los días felices eran un solo día...*

*Y Dios a un mismo tiempo eterno y creador
al contemplar su obra juzgaba que era buena
y desde el cardo gris a la blanca azucena
envolvíalo todo con mirada de amor.*

*Y Dios a un mismo tiempo augusto y eternal
de todos los amores veía la inocencia.
El cuerpo y el espíritu eran en su presencia
las dos naves gemelas de un gran templo liliat.*

*Y Dios, padre y eterno, gozaba al contemplar
la multiplicación de todas sus criaturas.
Y los campos de trigo cubriendo las llanuras
eran ante sus ojos como paños de altar.*

*Y Dios, nuevo y eterno, al contemplar el mundo
consideró su obra como un inmenso don.
Un mundo sin ofensa, un mundo sin perdón
desdoblaba los pliegues de su orden profundo.*

*Y Dios al mismo tiempo eternal y reciente
miraba complacido la joven novedad
y en sus ojos había una curiosidad
al ver desarrollarse la belleza naciente.*

*Un buen Dios bondadoso y a la vez eternal
al contemplar su obra la consideró pura.
Un Dios cultivador, ahorrador y real
vió la mies amarilla y la juzgó madura.*

*Un Dios legislador y a la vez eternal
consideró su obra y no halló falta alguna.
Del último sepulcro a la primera cuna
todo era un mismo asilo igual y fraternal.*

*No más has conocido aquel manto de amor
echado sobre un mundo lleno de beatitud,
aquel río de paz, aquella plenitud,
aquella sumisión a las reglas de honor.*

*No más has conocido el manto de ternura
echado sobre el alma y aquel manto de honor.
No más has conocido esa caricia pura
y aquel consentimiento a las leyes de amor...*

*No más has conocido aquel festín sencillo
y la savia y la sangre más puras que el rocío.
No más has conocido el nupcial atavío
de la tierra que olía a salvia y a tomillo.*

*El cuerpo juvenil era entonces tan casto,
que la mirada humana era un lago profundo
y la felicidad era tal en el mundo
que la bondad del hombre era como un mar vasto.*

*No más has conocido la inocencia de antaño,
la cosecha abundante que los silos inunda.
No más has conocido esa raza fecunda
y el prado desbordante de un inmenso rebaño.*

*No más has conocido que un severo destino,
no has vuelto a conocer la tierra descansada,
no más has conocido que un amor clandestino,
no has vuelto a ver la tierra tal como fué creada.*

*No más has conocido el trigo inagotable
corriendo a los graneros en tropel de gavillas.
No más has conocido la viña que incansable
llenaba de racimos todas las canastillas.*

*No más has conocido los pasos imborrables,
las cosechas maduras bajo un vuelo de abejas,
no más has conocido las vendimias bermejas
ni los vendimiadores trabajando incansables.*

*No más has conocido los pozos refrescantes,
los trigos impacientes de llegar al molino,
tan sólo has recorrido solitaria un camino
árido y arenoso con pasos vacilantes.*

*No más has conocido los días cristalinos,
ni el racimo impaciente de destilar su mosto.
Tan sólo has caminado por un sendero angosto
con pasos vacilantes entre zarzas y espinos.*

*No más has conocido los trigos inefables,
no has vuelto a conocer más que pobres labores.
no has vuelto a conocer más que pobres amores
tan sólo has vuelto a ver los trigos miserables...*

*No más has conocido la espiga inolvidable,
tan sólo has vuelto a ver los días agotados
y en la árida colina los pinos torturados
y el comienzo fatal de la era inexpiable.*

*Tan sólo has vuelto a ver pozos inasequibles
y en los campos escasos las escasas labores
y en años de escasez los escasos amores
y en la árida meseta los cedros putrescibles...*

*Y sobre la ventura la muerte aterradora
y el trabajo penoso en lo alto del honor,
y el amargor odioso en lo alto del amor
y una vergüenza a un tiempo tu esclava y tu señora.*

*Y en lo alto de la muerte el límite temido
y la fe siempre viva y siempre vacilante
y el terror angustioso de lo desconocido
y en lo alto del amor una piedad constante.*

*Tan sólo has vuelto a ver el tiempo limitado,
no has vuelto a conocer la juventud del mundo
ni aquella paz intacta que como un mar profundo
llenaba el corazón del hombre sin pecado.*

*Tan sólo has conocido los bienes pasaderos,
las lentas sucesiones, los envejecimientos,
la torpeza implacable de los años postreros
y la vista velada por los agotamientos.*

*Y la vista enturbiada por la debilidad
—ojos desconocidos bajo las mismas frentes—
siempre los mismos llantos en ojos diferentes
y en la frente la marca de la mortalidad.*

*Bajo distintas frentes una misma mirada
—una larga mirada de desesperación—.
Bajo los mismos cielos la suerte cambiada
—un azar de ternura y de disminución—.*

*No más has conocido esa entrega total
de un corazón que bañan divinos resplandores
y en aquella amplitud de contento ideal
todo un mundo inundado en sus propios candores.*

*Y aquel suave reposo de un alma complacida
que se siente saciada para la eternidad
que posee a su Amo y es por El poseída
en una temblorosa y solemne unidad.*

*Por eso te amo tanto, oh madre arrepentida,
tú que has llorado tanto por tu primera falta,
que tanto has elevado a una luz extinguida
tu mirada inventada para una luz más alta.*

*Tantas veces lloraste por tu fuerza primaria
tantas veces el brillo de tus ojos velaste
tantas veces a cielos más pobres elevaste
una voz balbuciendo esbozos de plegaria.*

*Por eso te amo tanto, abuela pesarosa,
que enjuagaste con llanto los ojos enturbiados,
que inclinaste ante el trueno de cielos irritados
la frente avergonzada, la espalda temerosa.*

*Tantas veces alzaste una voz insegura,
una voz temblorosa hacia la tempestad.
Tantas veces alzaste implorando piedad
tu mirar inventado para un luz más pura.*

*Tantas veces alzaste una frente habitada
por el triste recuerdo de una tierra mejor.
Tantas veces tu frente se elevó con dolor
hacia las altas torres de tu primer morada.*

*Por eso te saludo, oh primera mujer,
la más decepcionante y la más emotiva.
Yo te saludo, Eva, porque has venido a ser
madre de nuestra Madre, oh abuela primitiva.*

LA RESURRECCION DE LA CARNE

*Escúchame, oh Mujer. Cuando vaguen inciertas
las almas de los muertos buscando su envoltura
en las silentes ruinas de las parroquias muertas,
lanzando una mirada en cada sepultura.*

*Cuando surjan en masa del campo de batalla
tantos soldados muertos por causas diferentes.
Cuando a los centinelas desde la alta muralla
despierten de su sueño trompetas estridentes.*

*Cuando se desperecen en despertar terrible
los vigías dormidos en la Torre del Norte.
Cuando los chambelanes y damas de la Corte
se arranquen de los brazos de un sueño incommovible.*

*Cuando en ceniza y polvo todo se haya trocado,
cuando se abran los ojos de la Bella Durmiente,
cuando el paje y la Reina, el Rey y el Intendente
se digan uno a otro: "El Gran día ha llegado".*

*Cuando todos temblando con el mismo temor
Digan: "Sonó la hora, el tiempo se ha cumplido".
Cuando el Rey Luis de Francia en todo su esplendor
no pueda distinguirse del ser más desvalido.*

*Cuando de las campanas el tañer no escuchemos
anunciando la Misa o el bautismo inicial,
el Juramento casto, la promesa nupcial
y el Otoño flórico de graves crisantemos.*

*Cuando no doblen más en los días de luto
anunciando solemnes los lentos funerales.
Cuando aparezca al fin en el Tiempo absoluto
la eterna repulsión de las lepras mortales.*

*Cuando no suba más en las solemnes fiestas
el incienso sonoro de los "Magnificat".
Cuando sobre un océano de arrepentidas testas
no caigan más los "Dóminus" y los "Benedicat".*

*Cuando ya no florezcan, como en un prado mágico
el alegre "aleluya" y el "Hosanna" gozoso.
Cuando ya no repita el eco temeroso
el duro "Sabaoth" y el "Agnus Dei" trágico.*

*Cuando ya no se vea, hacia la Navidad,
entre paja y espacio, entre tiempo y establo
cómo nace un Dios-Niño para la humanidad
mientras José lo mira al fondo del retablo.*

*Cuando no veamos más en un pobre Portal
—desgarradas las sombras por inefable luz—
inclinarse amoroso un rostro virginal
sobre un Niño inocente que juega con su cruz.*

*Cuando no le veamos dormir sin una queja
en su pobre pesebre entre el asno y el buey
y a tres pobres pastores, como un manto de rey
protegerle del frío con una piel de oveja.*

*Cuando ya no veamos en la paja acostado
al Hijo del Señor de mayor poderío.
Cuando ya no veamos a aquel augusto Crío
sostener torpemente su cetro ladeado.*

*Cuando ya no veamos fluir desde el Sagrario
el secreto radiante del amor eternal
y a la Virgen vistiendo con humilde pañal
a su Niño Jesús, como a un niño ordinario,*

*porque mamó una leche realmente femenina,
porque durmió en un seno realmente maternal
y porque fué bañado en la onda carnal
y sonrió a la Virgen con sonrisa divina.*

*Porque le acarició la mano fraternal
del pequeño San Juan de rizados cabellos,
porque para adorarle llegaron al Portal
los tres Reyes de Oriente en sus grandes camellos.*

*Mujer, cuando el tañido de las campanas viejas
no extienda en el espacio los "aleluyas" vastos
y el enjambre sonoro de los "hosannas" castos
no zumbe por el aire como un vuelo de abejas.*

*Cuando en las ceremonias de los días nupciales
no resuenen los órganos con solemne murmullo.
Cuando caigan de lo alto de las Sacramentales
el pecado de envidia y el pecado de orgullo.*

*Cuando ya no descieran del alto campanario
los "angelus" tranquilos de los atardeceres,
cuando ya nunca recen el pausado rosario
unas adormiladas y devotas mujeres.*

*Cuando haya enmudecido el bordón parroquial
y no pueda doblar por el muerto postrero,
ni repicar alegre por el día primero
y la fúnebre marcha preceda a la nupcial.*

*Cuando por vez primera tañan campanas sacras
y estremezcan el aire unas sacras trompetas.
Cuando el Satán antiguo, sus larvas y sus lacras
retrocedan al ver al Rey de los Profetas.*

*Cuando sólo se oiga el resquebrajamiento
del mundo derrumbándose igual que un andamiaje.
Cuando toda la tierra sea un hacinamiento,
un caos de tristeza y de libertinaje.*

*Cuando la gran barraca donde viven mezclados
los vivos y los muertos se venga a derrumbar.
Cuando el viejo debate entre amos y criados
su exactitud tan sólo nos pueda demostrar.*

*Cuando oigamos por fin el crujido profundo
de un mundo que revienta igual que una granada.
Cuando se abran enormes en el suelo del mundo
los terribles abismos que llevan a la nada.*

*Cuando en campos de estiércol se levanten las glorias
de Mártires lanzados a las cloacas de Roma.
Cuando en los corazones trabaje la carcoma
impasible y tenaz de oprobiosas memorias.*

*Cuando los viejos atrios de altivas Catedrales
pueblen las muchedumbres de las vastas necrópolis.
Cuando París y Roma y todas las metrópolis
se vean invadidas por masas ancestrales.*

*Cuando esas masas tristes llenen las plazas públicas
desbordando las calles y el último portal.
Cuando en procesión pasen al borde del canal.
Cuando a saludar vuelvan las antiguas repúblicas...*

*Cuando al caer la piedra del antro sepulcral
más antiguo, se rompa el vaso del olvido.
Cuando para alumbrar su camino extinguido
el ciego más antiguo encienda su fanal.*

*Cuando al surgir el hombre de la tumba más vieja
deshaga la maraña de las zarzas adustas.
Cuando al subir despacio por escalas vetustas
los pasos del silencio suenen como una queja.*

*Cuando el hombre regrese con inquieta cautela
a su primera aldea buscando su esqueleto
entre los blancos muros del huerto recoleto
donde duerme reunida toda su parentela.*

*Cuando por fin lo encuentre en el campo apacible
durmiendo codo a codo con sus padres y hermanos,
afirmando la herencia con los pies y las manos
de los diez pies cuadrados de un lote intransferible.*

*Cuando encuentre reunida a la familia toda:
los hijos de sus hijos, los padres de sus padres
y los buenos vecinos y las viejas comadres
como cuando venían alegres a una boda.*

*Cuando al pasar la puerta de la escuela rural
los viejos compañeros reconozca asombrado
en los bancos lustrosos, y el gesto habitual
del maestro enseñando en el negro encerado...*

*Cuando para perderla o para conservarla
regrese cada uno a su casa natal.
Cuando para habitarla o para abandonarla
a la casa paterna regrese cada cual.*

*Cuando cada memoria sea un faro extraordinario
y el hombre ante su vida sea un espectador.
Cuando la creación sea ante el Creador
como un sudario blanco sacado del armario.*

*Cuando por los caminos avancen las bandadas
de los resucitados como un gran hormiguero.
Cuando cada hombre busque ansioso su sendero
en las vacilaciones de las encrucijadas.*

*Cuando busque la senda de su infancia inocente
con los ojos aún ciegos del nuevo resplandor,
con la memoria llena de nostalgia y temor
y sin hallar su ruta en el alba naciente.*

*La ruta que conduce a su infancia impulsiva,
el hilo que le lleve al recuerdo borrado.
Y los pasos de autómata del cuerpo anquilosado
vacilen ante el seto de la choza nativa,*

*sin atreverse a entrar bajo el arco florido,
sin osar apartar las ramas y el follaje,
sin ver en el jardín descuidado y salvaje
la rosa familiar y el clavel conocido.*

*Cuando avancen los hombres hacia el gran Tribunal
palpando muros grises con mano temblorosa.
Cuando sientan la angustia del examen total
posterior a la muerte, mientras ella reposa.*

*Cuando el hombre camine en la noche eternal
todavía aturdido de haber resucitado.
De verse tan desnudo todavía asombrado,
sintiéndose aún incómodo en su funda carnal.*

*

*Cuando del nuevo día su mirada se asombre
y de su propio cuerpo aún no sepa servirse.
Cuando angustiosamente comience a apercebirse
de que ya no es un rey, de que ya no es un hombre.*

*Cuando al sentir de nuevo la fuerza original
comprenda que tan sólo servirá para un día.
Cuando al abrir los ojos a la luz terrenal
vea que ya es distinta de la que antes lucía.*

*Cuando todos avancen por las rutas terrenas
mostrando avergonzados sus rostros de verdad,
aún desacostumbrados de la antigua ciudad
que sus lacras cubría con máscaras serenas.*

*Cuando sus torpes pasos crucen la soledad
y lleguen temerosos al dintel de la puerta
que debe conducirles hacia una muerte cierta
o hacia el día primero de la felicidad...*

*Cuando tus pobres hijos, abuela miserable,
caminen a lo largo de las viejas labranzas.
Cuando pasen cargados con sus desesperanzas
por la senda tortuosa en fila interminable.*

*Cuando sientan de nuevo la antigua rigidez
en el cuerpo impregnado del hedor sepulcral.
Cuando sientan de nuevo la antigua pesadez
que echó sobre sus hombros el pecado mortal.*

*Cuando quieran correr, pero avancen despacio,
cuando todos sus actos sean torpes y lentos,
como un rey que regresa a su antiguo palacio
y ya no reconoce sus bellos aposentos.*

*y llama al mayordomo con gritos angustiados
y a su Gran Chambelán y a su fiel Secretario
y de su propio alcázar pide el itinerario
y reclama su guardia y busca a sus criados*

*para que desempolven todo el gran aparato
de la sala del Trono y los vastos salones,
y den un brillo nuevo a los viejos blasones
y renazca la Corte con su antiguo boato...*

*Cuando el hombre camine en la noche estrellada
sintiendo el desconcierto de su remembración.
Cuando al volver al mundo del reino de la nada
sienta la inquieta angustia de su resurrección...*

*Cuando tus pobres hijos, abuela utilitaria,
caminen a lo largo de sus viejos amores
y pasen a lo largo de los viejos dolores
en que siempre se hería su alma rutinaria...*

*Cuando pasen al lado de la melancolía
más profunda y más bella que la felicidad.
Cuando pasen al lado de la dificultad
más dura y más amada que la blanda alegría...*

*Cuando crucen el arco del puente milenario
echado sobre el río como un eterno abrazo
y vean elevarse lo largo del ribazo
los días del pecado y del candor primario.*

*Cuando avancen callados bordeando las murallas,
cuando vean alzarse las altas chimeneas
y queriendo evocar pacíficas ideas
acudan a sus mentes recuerdos de batallas...*

*Cuando en el mismo sitio los reyes y los zares
no parezcan mayores que el último llegado
y los ricos doseles de oro y de brocado
no tengan más valor que los pobres ajuares.*

*Cuando tus pobres hijos, oh reina destronada,
se internen en la noche del gran bosque ancestral.
Cuando avancen en masa por la ruta real
y a un tiempo les parezca desierta y transitada.*

*Cuando sus pies refresquen en los húmedos prados
llenos de mansedumbre y de recogimiento.
Cuando sus pies se hundan en el remordimiento
de olvidadas lujurias e inútiles pecados.*

*Cuando crucen las sendas del último jardín
que en lágrimas de flores se muere solitario
y la postrera acacia y el último jazmín
lo cubran con sus pétalos como un blanco sudario...*

*Cuando avancen a tientas entre la oscuridad
extendiendo las manos como ciegos recientes:
tú, la abuela primaria, ¿no sentirás piedad
por todos esos pobres y tristes descendientes?*

*Tú, abuela del leproso y del gran mariscal,
¿no podrás recobrar tu memoria de antaño?
¿No vendrás a guiar el perdido rebaño
encendiendo una luz en un pobre fanal?*

*Cuando deban pasar por la vieja poterna
en donde se reúnen las diferentes rutas,
¿para esos veteranos y esos pobres reclutas
no podrás encender una antigua linterna?*

*¿No podrán encontrar tus fuerzas agotadas
lo poco que hace falta para poder guiarlos
y poder conducirlos y poder orientarlos
en la desolación de las sendas borradas?*

Madrid, abril de 1943.

(Traducción de Carlos R. Dampierre.)

EL SUPPLICIO DE TANTALO

POR

TRISTAN YUSTE

I

EL VIAJE.

DESDE Galicia a Jaén hay muchas leguas que andar. Tantas como cruzan el meollo peninsular: la meseta. Así, el viaje desde los Montes de Meira a un cortijo en el campo de Arjona resulta fatigoso en estos meses de desmovilización y permisos.

El tiempo se presenta bueno; pero, los ferrocarriles rielan atestados y remolones, dados, muy en hora de las botas borra-chas, a la ventolera de quedarse plantados en cada estación. Esta tardanza, que concluye por retestinarse es, al fin y al cabo, para cegarme por días con la rescordina de los desamparados barbechos castellanos. Desde que viajo, caído en esta costumbre, desconozco si es un tormento o un gusto, el sentir, achuchada por la pertinaz carbonilla del tren, la estampa común e inva-

riable de Castilla, presente en mis párpados, tendida en la cama ardiente y quisquillosa de mi conjuntivitis. ¡Y cómo la siento! Obsesionante. Calándome hasta los huesós.

Mi hermana Isabel está de parto. Sólo por ella y por la criatura que ha de nacer emprendí el presente viaje, que remato en compañía de unas mujeres de carne tostada y pellejo rijoso. Estas mujeres platican mientras mascan, a grandes bocados, rebanadas de un pan moreno con vientre de tapadera de orza. Me preguntan adónde voy. Ellas regresan de Martos. Tienen por profesión temporal, la de aceituneras, y ahora la de enterarse de lo que no les importa. La de enterarse y, también, la de contar lo suyo, que encuentra cabida en el estado de mi hermana. Relatan que, una vez, estando en la aceituna, una de ellas se sintió en trance de no aguantar más y de parir un niño al pie de un olivo. La criatura no llegó a ver la luz del día, pues, antes de que rompiera el alba la marrana del manijero le comió las orejas, los ojos y la nariz. Aquel fué el primer hijo, y lo llevaba de trampa por dos veces: por mocica y por ocultarlo del manijero, que tenía prohibida la contrata de mujeres en estado.

Hasta Andújar fuí con estas mujeres. Allí me apeé del tren. Dejé a las aceituneras empañadas en darme un trapo con unto de sus pechos. Apostaban la bienaventuranza de sus santos paisanos porque aquello era unguento infalible, vacuna decisiva para el mal de las amas de cría primerizas. Y mi hermana Isabel era eso: primípara, y muy temerosa de las apostemas.

Isabel y yo, únicos niños en mi casa, en la casa de un matrimonio revuelto en continuas reyertas, desdenes y ofensas al honor conyugal, fuimos, de pequeños y ya crecidos, inseparables. Pensábamos y discurríamos a una. Eramos, más que dos, un solo ser, con sexo e indumentaria doble y distinta. Transcurrimos a mayores, y mi hermana, de amiga íntima, quedóse en pariente, al mudarse a su hogar de casada en Arjona, junto a Andújar. Exigió al marido, desde la miel de los esponsales, mi estancia en

el cortijo donde vivían, y, por la guerra y la separación —ella con los rojos, y yo con los nacionales— no pudo tenerme a su lado. Ahora, es su último antojo de preñada, el verme y el ver a su primogénito a la par.

En la estación de Andújar, el respunte de mis recuerdos lo deshilvana el manoteo espectacular de un hombre gordo que me llama la atención. Es mi cuñado Fernando. Me abraza y me dice:

—Se llama Asunción.

—¿Quién?

—La niña. Antesdeayer nació casi ahogada. Tenía una carga de muerta, azulenca, con ribetes morados. Don Crisóstomo le hizo la respiración artificial. Creímos que no daba lugar ni a cristianarla, ni con agua de socorro siquiera. Le pusimos Asunción. Dios quiso, y la Santísima Virgen, de que aquello fuese falsa alarma. Acabo de dejármela deshecha en gritos. ¡Cuando la veas! Es una fierecilla, una verdadera fierecilla. ¿Y cuando tiene hambre? ¿Cómo pide la teta? Está coloradota. ¡Con unos ojillos! Berrea así, así —y mi cuñado Fernando escandaliza el campo con todas las veras de su alma alborozada, y de un sembrado de panizo salen y vuelan una bandada de pardales—, y muerde y sorbe. ¡Ya verás! Así: uufs, uufs. Hace un momento la he oído decir ajó y todo.

—Pero, ¡hombre!

—Pues lo dice. Y me mira. ¡Con unos ojillos!

Montados en un cochecito de dos caballos, mi cuñado me muestra su alegría y, dadivoso, me regala las sobras de su desbordante regocijo. Con su hija al retortero, no me permite hablar, ni preguntarle siquiera por la madre. De pronto, se queda triste y exclama, acaso ensimismado en un mal presentimiento:

—Ella es la que está mal.

II

DENTRO DEL CORTIJO.

El camino que conduce al cortijo es alegre, verdeante y oloroso, con regustos de almazara y panales dulcísimos. El aliento del campo, de este campo andaluz, alimenta mi sangre y la remozca con ganas de tirarse al monte. ¡Qué vida la de los bandoleros! ¡De cortijo en cortijo! Siempre tras los buenos perniles, el buen pan y las buenas mozas rellenas de carne durísima. Y si cunde la quema. ¡Al monte! ¡A que no pase nadie sin apoquinar el “barato”! ¡Qué tiempos aquéllos! Encanallados y redundantes de romanticismo. ¡En todo caso, sabiendo a novelas dédemononas y por entregas!

Un hombre, un bracero, se planta en mitad del camino, para nuestro coche y saluda:

—Buenas tardes tengan Don Fernando y la *compaña*.

—Aparta Jerónimo —y, como Jerónimo no se menea—: ¿Qué quieres? ¡Que tenemos prisa!

—Ya sabe *uté*, que a la “Orejua” le ha *salío* un *panáizo* en las ancas, aquí —y soba la pana descolorida y crujiente que cubre su trasero—, en este mismo sitio, dicho sea con perdón. Manuel dice que no *puee trabajá*. Me ha *mandao* le pregunte que “qué hacemos: si vamos en *to* caso al *planté*”.

—Aparta, apártate.

—Pero, mi amo... ¿Qué le digo a...?

—Aparta. ¡A la noche, a la noche, te diré!

—Es que...

—¿Qué?

—Que había que *apañá* a la “Pintá” un cabezón y...

—Pues *apáñaselo*, hombre; *apáñaselo* y déjanos en paz.

Jerónimo quédase conforme, nos deja franco el paso y, sin más, llegamos al cortijo. El tamaño de éste es cédula que cuenta y

guarda la hacienda de mi cuñado Fernando. Consta de tres edificios, un corralón rodeado de cargas de estiércol y un pajar. Las paredes de las casas del cortijo: unas, son blancas, enjabelgadas de cal; otras, con pintas de piedra, que se aprietan unas contra otras sin argamasa siquiera, y otras, las de más importancia, están verdes de enredaderas y jazmines, que trepan y se enroscan por muros y barandales hasta encaramarse en el canto del tejado principal.

Nos apeamos del coche, y mi cuñado se adelante y me olvida, gritando:

—¡La niña!, ¡la niña! ¿Dónde está la niña? ¿Dónde estás tú, mi reina?

Le sigo enderezando mis pasos según sus voces, mas éstas se distancian y se callan, y el lamento de un niño principia. Debe ser mi sobrina al sentirse en brazos paternos. El *engú* es tan suave, tan remoto, que termino por detenerme y desorientarme. Nadie aparece, y no me atrevo a romper el murmullo de la yerba en el campo llamando a alguien. ¡Este Fernando! ¿Dónde se habrá metido?... A mi antojo recorro varios aposentos que huelen a fruta y a madera mojada. Yo, deslumbrado, y todo en penumbra, así que no veo ni jota y ando como Dios me da a entender, tropezando con mil trastos. Al tocar un sillón, palpo algo suave, peludo y tibio. Un gato maúlla. Siento un arañazo en la mano, y mal veo una masa blanca relampaguear por el resquicio de una puerta y desaparecer. Marcho tras del fugado y salgo a una terraza sin comunicación. Regreso al cuarto en penumbra. Me quedo en él un rato y acostumbro mi vista a la oscuridad. Ya distingo tres puertas. Me decido por una y la abro, y me encuentro con una muchacha en cueros vivos. Sus formas, prietas y llenas de luz, le relucen de morenas. Descamisándose, su perfil se cimbreaba en arco de Venus griega. La ropa puesta y quitada la ha despeinado, y los pelos le caen por la cara y le cubren la vista. Por eso no me ve y me confunde:

—¿Eres tú, Amparo? ¿No tienes por ahí otra camisa, la de Adela? La tuya me aprieta. ¿Sabes?

Habla así, y por atender a la respuesta de la presunta Amparo, se topa conmigo y con mi sorpresa. La suya, entonces, le empuja, y es aún mayor que la mía. Se apura en un grito y queda descuajada y confundida por una vergüenza sin límites. Está a punto de sátiro, como lela, con el cutis encendido y el rostro apurado, sin saber qué hacer. Se tapa torpemente los pechos, y de ellos le cuelgan los brazos inánimes.

—No. Si no miro —me justifico estúpidamente. No sé de dónde me salen estas palabras, que nos asustan y aumentan nuestra mutua vergüenza. Todo esto en un verbo que parece eterno y que transcurre, sin embargo, en un abrir y cerrar la puerta de golpe.

Me quedo fuera, otra vez en la habitación en penumbra, clavado frente a la puerta que da a la alcoba de la chica desnuda. Estoy en la misma postura del que se ha dejado algo sujeto contra el quicio de la puerta. Yo me he dejado mis sentidos, que están dentro.

—¡Luis! ¡Luis! ¿Dónde te metes? ¡Ven! ¿No querías ver a mi niña? Aquí la tienes. ¿A quién se parece? —se acerca Fernando a mi encuentro. La niña llora y él la jalea— ¿Quién te quiere a ti? ¡Calla! ¡Calla! ¡Riquitina! ¡La teta! ¡La teta! ¿Yo qué te daría? —y se queda perplejo—. ¡Chupa mi dedo! Mira, Luis, fíjate bien, Isabel dice que tiene tus ojos —cuenta esto apesadumbrado, entre molesto y triste por tener un hijo que no es de su viva imagen.

—Si no lo veo. ¡Está tan a oscuras!

—¡Esta Lucía! Ven, ven por aquí —y me lleva a la luz de la terraza—. ¿A quién se parece?

Se me antoja que a una berenjena. ¡Tiene el crío la cabeza tan calva y morada! Vamos a ver: si esto dijera, de seguro que me echaba a puntapiés de su casa. ¡Qué más da! Llegaré mejor

a su agrado espetándole con coba lo que todavía no ha oído y, sin embargo, tanto desea escuchar. ¡Y bien que se lo recalcaré!

—¿No lo estás viendo? A ti. ¡Si tiene tu boca y tu misma barbilla! ¿No ves, no ves? Hasta el hoyillo. Ese que se te hace cuando te alegras. ¡Como ahora! ¡Mira! ¡Mira!

—¿Si?

—¡Pues no!

—Esa Isabel que decía... ¡Chunchica! ¡Ay que te como, que te como! —y besa a la hija y restriega su nariz contra el carrillo blandengue delorro.

—Bueno. ¿Y no la veo?

—¿A quién?

—A Isabel.

III

MI HERMANA ISABEL.

Mi hermana Isabel está en la cama. Se encuentra ésta en el centro de una habitación de amplio tamaño, saturada de olores a limpieza de púérpera. La cama es de hierro dorado gustoso de filigranas. Tiene en cada una de sus esquinas una perinola esculpida séráficamente en figura de cara de apóstol para que sea visible y exacta la oración nocturna que reza:

*Cuatro esquinas tiene mi cama
cuatro ángeles me la guardan:
Juan, Pedro, Lucas y Mateo.
Y Nuestro Señor Jesucristo en medio.*

El lecho, de esta manera apadrinado, es algo litúrgico y santo. Pertenece, desde siete generaciones atrás, al ritual de la familia Aironda, que es el linaje de Fernando. Esta cama quejum-

brona, tierna y casta, se alegra con lamentos de amor, de dolor y de vida. En ella se logra la boda y se grana; y ella, después, es azafate blanquísimo que toma y acuna a los niños Aironda apenas nacen.

Al penetrar en la alcoba, me mira Isabel, desde su lecho, quedamente, sin sobresaltos de bienvenida, muy satisfecha de la obra que acaba de forjar y de arrojar de su seno a este nuestro valle de lágrimas. Me acerco a su lado, y ella me recibe sonriendo, con gozo tan grande que su felicidad se le escapa, y se queda pasmada en su rostro de cera, iluminándolo con una llama de purísima ventura.

—¡Mamaíta! —le digo al besarla.

—Tonto —se esponja—. ¡Cuánto has tardado! ¿La has visto?

—Sí —y me siento a los pies de la cama.

Me preocupa el “ella es la que está mal” de Fernando, allá, en el camino. Le pregunto con sumo cuidado, disimulando mi ansiedad. Su charla de siempre me alivia, y me quita la pena de verla postrada con fiebre. Me habla y me cuenta menudas cavilaciones de cortijera y de perseguida. Sus cosas y las de su marido. Este Fernando. ¡Es tan bueno! Y relata brevemente sucesos y amarguras del pasado, vivido entre rojos gañanes, cumplidores avarientos del, para ellos, desquite final. ¡Y qué desquite! Allí, es decir, aquí, en el cortijo, agonizaron de hambre, condenados por el Comité, doce personas: varios miembros de la familia y algunos señores vecinos.

Lo que queda de día se enturbia hasta extinguirse, y se cierra la noche.

—¿Dónde está el interruptor?

—¿Para qué?

—Para dar luz.

—Estáte quieto. Estamos bien.

Y seguimos hablando Isabel y yo. Fernando sigue con su

niña. Le canturrea. La mete en la cuna. Mece ésta. Se queda parado, abstraído y, de pronto, se acuerda:

—¡Isabel!

—¿Qué?

—¿Sabes como tiene los ojos?

—¿Cómo?

—De color de oliva —y se queda silencioso. Luego vuelve a hablar—; en tu familia nadie los tiene así: ¿Verdad?

—Nadie.

—Ni en la mía. ¿A quién le habrá salido?

Se queda de nuevo silencioso. Sólo por un rato. A poco vuelve a mecer y a canturrear a la niña. Una vieja refunfuñona entra en el cuarto, y agitando una cucharilla que trae dentro de un vaso con algo:

—¡Ni en la botica de Don Fermín, ni en la de Don Antonio se encuentran “sacaleches”! ¡Mira que ahora usar estos artilugios de cristal para cosa tan sencilla! ¡Jesús! Antes, Maula la saludadora, de una chupada salía del paso. Ni se sentía. Lo hacía tal que un niño. ¡Ya! ¡Los tiempos! A mí que no me digan. Anda que estas parteras: “¡La palangana! ¡La palangana! ¡El algodón! ¡El talco!” ¡Jesús! ¡Cuánto pedir! Para mí que tienen boca de fraile, y luego ni siquiera saben fajar a una criatura. A mi niña, por poco no me la quiebran. ¿Y por qué estáis a oscuras? ¡Que no veo! ¡Isabel!

—¿Qué?

—¿Por qué estáis a oscuras?

—Por no encender.

—¡Vaya por Dios! Fernando con su niña. ¡Ya sabía yo! ¡La pobretica! ¡Me la tienen frita! Se cree que es un gato, y hace con ella lo que hacía cuando niño con los animalicos. ¡Fernando!

—Ya voy.

—Déjala tranquila por una vez y enciende la luz. ¡Por Dios! Que no sé dónde pongo esto.

—¿Dónde están las niñas? —inquire Isabel.

—Lucía, no sé. Amparo y Adela, arriba, preparando la cama a tu hermano. A Lucía le traigo un recado.

—¿Qué?

—Esa Gracia Fajardo.

Se oyen fuera unos pasos ligeros y jóvenes, y la muchacha que viera desnuda penetra en el cuarto diciendo:

—¿Rezamos el rosario? ¡Ah! ¿Estás aquí, Fernando?

—¿Eres tú, Lucía? Luis, aquí tienes a la monjita de la casa.

—Jerónimo te espera. Dice que le mandaste venir.

Fernando sale, y mi hermana Isabel me presenta a Lucía como cuñada suya, y ésta enrojece al estrecharme la mano. ¡Monjita! ¡Y cómo! ¡Si es una niña y está de paisana! Ahora que la observo con calma: ¡Qué guapa es! No es capaz de mirarme y yo no sé qué decirle. A la vieja se le ocurre la mala intención de:

—¡Qué bonita pareja!

La veo cohibida, con ganas de irse, y yo quisiera retenerla, enterarme de toda su persona y de eso de “monjita”. ¡Monjita! ¿De dónde? ¿Cómo empezar a preguntar? No soy despabilado, que digamos, y no sé qué decir.

—Gracia Fajardo me ha hablado —cuenta la vieja.

—¿Sabe ya? —pregunta Lucía.

—Sí. Pasado mañana.

—¡Qué pronto! —exclama Isabel—. ¿Y no quieres ser la madrina de la niña? Ibais a ser tú y Luis.

Lucía me lanza una remota mirada, y niega como si estuviera lejos, dentro de sí misma, o que sé yo dónde, acaso en el lugar a que irá pasado mañana, en el convento quizá.

—Yo que creía... —se desconsuela mi hermana—. Anda. Quédate. Ya tendrás tiempo... Mira que eres...

—¿Y se va a Arjona? —pregunto, sin dirigirme a nadie.

—Se mete monja —explica la vieja—. Diga que la pobretica se ha hecho mocita entre rojos que mataron a sus padres y la hi-

cieron sufrir, y no ha disfrutado nada, ni sabe de la vida. Yo me suponía que usted podría...

—¡Andrea! —corta Lucía, y se queda mirándome, y la siento temblar de vergüenza.

III

EL SUPPLICIO DE TÁNTALO.

Salgo del cuarto de Isabel en busca de Fernando. Encuentro a mi cuñado en compañía de sus dos hermanas: Amparo y Adela, y del médico de la casa, Don Crisóstomo.

Me dan de cenar y me piden relatos de mis andanzas en los frentes del Norte. El sueño me pica los ojos y desgano el habla en vaguedades de marchas, relevos y trincheras. Estando en esto, entra Lucía. Se sienta en el rincón más apartado y oscuro de la habitación y se pone a escucharme atentamente.

—Si quieres... Ya tienes preparado el cuarto —dice Fernando.

—Es el gabinete; pero, desde lo que pasó, no se usa, y como es grande y tú no tienes cuidado, lo hemos dejado para ti —aclara Amparo.

—Cuidado. ¿De qué?

—De lo que pasó.

—¿Qué pasó? —y, ya pronunciado, me pesa lo dicho.

Detengo mis preguntas, confundido, seguro de haber hurgado el recuerdo más reciente y doloroso de la familia. La conversación, detenida en mis labios, al presentimiento de algo terrible y sangriento, no se atreve a proseguir, y, en el vilo de las respiraciones, queda pendiente una interrogación molesta y muda. La pausa, enojosa y larga, pulsa el pasado y lo hace vibrar y vivir con nosotros. Todos se acuerdan de algo, y para espantar este

algo que empieza a afligirles, no quieren estar a solas consigo mismo y hablan lo que piensan y lo que han visto en este callado momento. La charla se reanuda, y en ella todos meten baza y discuten nimios detalles que manifiestan y dan fama a la mala ralea de Felipe Alonso, ugetista y maestro de escuela ambulante de cortijo en cortijo.

Se conoce que nuestro Glorioso Movimiento dió, en aquellos campos, pábulo a que el maestro Felipe soltara las riendas de su rencor, colmado y rancio por los años. Alonso tenía sus letras, y quiso aplicarlas en ocasión de condenar, como presidente del Comité, al padre y al hermano de Fernando y a otros señores de los cortijos vecinos.

Todo aconteció en el cuarto de al lado, del nombrado gabinete.

Aquello fué terrible, pero no sangriento. A Felipe Alonso la sangre le producía desmayos. La sangre nunca entró en el cálculo de su hora. La sangre era, para él, la expresión bárbara de la muerte, de una muerte que se presenta y se recibe de golpe. La sangre, como vestidura fatal, es llamativa. Empapa la vista de sentimentalismos que llegan al corazón, y, entonces, no hay nada que hablar. Alonso buscó y encontró el modo de asesinar a sus víctimas menos espectacularmente y con más rendimiento. Se regodeaba al decir, con gestos esquinados y pedantes: "Con más rendimiento". El rendimiento, en su opinión, era el dolor sentido en una larga agonía. ¿Y qué agonía más larga que el morir de hambre? Pero, el hambre, enjutas las tripas, ya no se siente tanto, y se puede morir tranquilamente, como en un sueño, saboreando la languidez del desfallecimiento. Supo el maestro que la tortura de esta condena no está en el efecto físico del no comer. La tortura está en querer y no poder, en verse impotente, en aspirar, con ansia, los olores de los manjares puestos en presencia de uno y no poder alargar la mano y cogerlos. Felipe Alonso, chequista ingénito, pensó, desde luego, en la terrible condena del suplicio de Tántalo.

El maestro fué encerrando, uno a uno, a todos los condenados al asesinato en el cuarto de al lado del gabinete. Los ató él mismo con nudos pequeños e indesunibles, y los inmovilizó sujetándolos contra la puerta, poniendo sus caras al ras de la gatera para que vieran y percibiesen, por su hueco, exquisitas comidas, servidas a cierta distancia de ellos, y renovadas continuamente, para que nunca dejaran de resultar apetitosas á los ojos y al olfato.

Ilustran y testifican este amargo suceso las señales de los dientes de las bocas agoniosas de los muertos de hambre, grabadas en la madera de la puerta del cuarto. El relieve de la marca quedó perenne. Todavía se puede ver teñido por la baba espurreada por aquellos hombres durante las contusiones de sus muñecas posteriores.

Se callan todos, y parece como si esta tragedia tuviera un epílogo que nadie pretende mencionar, y que se nota en todos los rostros. Suspenso y atento a los ruidos, vislumbro vagamente las pupilas de Lucía, que, allá en la penumbra de su rincón, nos miran y destellan llenas de espanto, al llegar a sus oídos lo que nos sobrecoge a todos: el lamento desgarrador de los agonizantes, disminuyendo y apagándose poco a poco.

V

LOS ESPÍRITUS ATORMENTADOS.

Doy las buenas noches y me dirijo a mi alcoba. Don Crisóstomo me sigue, y me habla cuando estamos dentro de ella:

—¿No nota usted?

—¿Qué?

—El cuarto. ¿No siente que le ahoga?

—¿Ahogarme?

—Sí. ¿No nota usted un no sé qué, un algo impalpable? A mí me ahoga. Es como si los seres del otro mundo estuvieran espíandonos, y nosotros presintiéramos su presencia, su mirada fija en este cuarto.

—¡Vamos, Don Crisóstomo! ¿No pretenderá meterme miedo? ¡Que no soy un niño!

—No. No es ésa mi intención. Pero vea. De verdad. ¿No siente nada?

—Qué sé yo... Es una sensación tan rara...; una extraña opresión que...; el pecho...

—¿Lo siente?

—Pensar que aquí... ¡Don Crisóstomo!... Usted mismo... No es cosa que se olvide en seguida. Dirá...

—No. No es eso. No es lo oído. Es lo que hay aquí. Lo que persiste en el cuarto, a pesar del tiempo.

—Sí... Ya... Los mordiscos...

—¿Las señales? Se ve alguna —se dirige a la puerta del cuarto de al lado—. Esa. Levantó una astilla. Mire: pues no se ve. Han tabicado la gatera. No. No son mordiscos a lo que me refiero. No me entiende. Yo quiero...

—Esa mirada que espía, esa eterna presencia...

—Sí. Eso. Ahora que menos poético y más efectivo, más sensible. Esta habitación, así, de trágico recuerdo, está como transida de sufrimientos. Parece como si esos sufrimientos se le pegasen a uno, a la carne, y la traspasasen y llegaran a calarla y a hacerla padecer de verdad. ¿No se encuentra sobresaltado, con los nervios puestos en tensión? Yo lo estoy.

—¡Don Crisóstomo!

—Sí. Yo lo estoy, y usted también. Se le nota en la cara. Es una sensación tan clara, tan penetrante, que hasta los temperamentos más flemáticos la sienten. Pero no sigamos. Usted va a dormir aquí.

—Continúe. ¡Más que estoy! No me importa. Además: ¿No dice usted que no está en mí, si no que me llega? ¿De dónde?

—¿De dónde? De las paredes. Los seres, las almas, que sufren exhalan una esencia..., una esencia... ¿Cómo le diría? Astral. No. Precisamente astral, no; puesto que es de persona viva. Bueno, diremos astral. Una esencia astral que se va pegando y acumulando en las paredes de las mazmorras, se va guardando en ellas y luego actúa. Esta sensación la podríamos medir. Alguien, no me acuerdo quién, ha tratado de estudiar estas medidas y de sentar la base de una ciencia, de la ciencia de los espíritus atormentados. Se ha escrito un libro pseudometafísico, un poco teósofo. No sé bien. Esto último, lo del libro, puede que sea una tontería. Pero lo otro, usted dirá. Estamos los dos influídos por ello.

—Sí —afirmo por decir algo.

—Y también Washington Irving conocía esta influencia. La muestra está en sus cuentos de aparecidos. ¿Usted los ha leído?

—Sí. Aquel de la mujer de la cabeza cortada, y aquel otro del caballero que sale de su tumba, a media noche, para dar una serenata a su amada.

—Esos mismos. Y el del italiano. ¿No recuerda?

—También.

—Pues a ése me refiero. En aquel cuarto no había ocurrido nada. Simplemente guardaba el retrato del muerto, pintado por su asesino, tal como éste lo veía cuando le remordía la conciencia.

—Pero, ¿usted supone que tal ha de ser la impresión que no voy a poder dormir? Si estoy muerto de cansancio. No sabe usted lo que son tres días de tren, viajando como sardinas en conserva.

—¡Cuando usted lo dice! Usted no es un hombre que se preocupa por los fantasmas.

—¡Fantasmas! ¿Qué tienen que ver los fantasmas con esto?

—Nada y mucho. Esta sensación de que ocurre algo que no vemos, de que se va a presenciar algo que no existe, esta sensa-

ción que nos atormenta, actuando sobre otros cerebros más débiles o imaginativos, fácilmente alucinables, es la que produce los fantasmas. Aquí ya los ha creado.

—¿Aquí? ¿Que aquí hay fantasmas?

—¡Vaya usted a saber! Dicen que sí. Pregunte a Andrea. Hasta cuenta que el maestro los vió, y que por eso se suicidó. Bueno, le estoy molestando. Usted tendrá que descansar. Ea, buenas noches.

Me acuesto pensando en esto, dispuesto a no conciliar el sueño en toda la santa noche, excitado, con desencanto en el alma y temblores en el pulso. Temblores y curiosidad, pero no tanta que resista el azagón del viaje. Concluyo por dormirme y olvidarlo todo. Partida mi vida por medio, no tengo noticias de en dónde me hallo.

VI

EL SUEÑO.

Inesperadamente, corro por una vereda estrecha, bordeada por un lado por prados gallegos, y por otro por una muralla de blanquísimo lienzo. La muralla me impide desviarme. Vuelo, caminando sin tregua, para adelante, sin mirar atrás.

—Es tu destino —vocea el aire, que me corta la cara al correr.

—No puedes eludirlo —me cantan los grillos—. Marcha, marcha adelante.

Y marcho hacia adelante, y me salen de las piernas unos bultos. Ya se hinchan y se convierten en un burro. El burro rebuzna:

Lo que importa.

Lo que importa.

¡Qué me importa a mí! ¡Y trota! ¡Y trota! Arre, arre, que llegamos tarde a Jaén, y a Andújar, y a Arjona. Mis orejas se estiran en forma de panero y se quedan gachas. ¡Son de marrana! Ya tengo hocico y rabo que es el canutillo por donde me inflo y desinflo y me vuelvo a inflar. Me veo por los aires nadando. ¡Qué caigo!, ¡que caigo! La tierra se abre a mis pies. Estoy atado. ¡Ya no puedo volar! Estoy atado por el rabo. El maestro Alonso vocaliza: “A, E, I, O, U”, y yo le respondo: “No hay borri-co como tú.” Entonces me apalea y no me da de comer. Tengo hambre. Las patas se me van secando de tanto lamerlas. Son de tocino. Alonso rebuzna: “Por la salud”, y la mía que se pudra y que huela la comida que no he de probar. Las bellotas. ¡Ni catarlas! ¡Pero toma y huélelas! ¡Qué blancas y qué grandes! Dos solas. ¡Si alcanzara a roerlas! Heeénó, heeénó. ¡Maldita marrana que se comió el crío! Pero yo no puedo con él. Estoy atado. ¡No puedo!, ¡no puedo! Tiro de la sogá y afinco mi hocico en la tierra y dibujo un semicírculo para avanzar un pedazo. Ya rozo el plato y lo veo. ¡Si no es un plato! ¡Si es una mujer! ¡Si es Lucía! Lucía, te comeré. Tengo hambre de ti. Tú eres la primera y tengo hambre. ¡La sogá! La sogá es de hierro y no se puede romper. ¡Y no poder! ¡Qué suplicio! ¡A que se escapa! Si no la pillo no hay otra. La chica se escapa. ¡A que no! ¡Qué sí! ¡Qué se escapa! No. No te irás. Serás para mí. Te comeré. Te haré carne de mi carne. ¡Qué rica! Ya, ya, corre, corre, que te pillo. ¡Ya te pillé! Ya eres mía. Sólo mía. ¡Qué quietecita estás! ¿No te importa?

Voy a abrazarla con deseo de hombre y me encuentro marrana con patas y hocico de marrana. Me da mucha rabia y despierto.

¿QUÉ? ¿QUÉ ES?

¿Qué ruido es ese? ¡Están rascando la puerta del cuarto de al lado!

—¿Quién anda ahí?

Nadie responde. Se siente la respiración de la tierra durmiendo: un murmullo distante y profundo batido por los árboles. El pájaro de la noche, el cuco solitario, estira y afloja su canto: “cú-cú”, y en el cuarto de al lado se mueve algo. ¡Ese ruido! ¡Es el de uñas que trastean en la gatera!

—¿Quién anda ahí?

Nadie responde. Una nube que pasa agita las sombras de mi cuarto y se las lleva dejando las cosas en camisa, en camisa de luz de luna clara, que es figura de espíritus en pena. ¡Las almas! ¡Los muertos de hambre! En el cuarto de al lado alguien forcejea y quiere entrar en mi cuarto.

—¿Quién anda ahí?

Nadie responde. Me levanto de un salto y empujo la puerta del cuarto de al lado. Un gato se me tira a la cara y se esconde debajo de la cama. Es el gato de esta tarde. Lo echo. No quiere irse y me saca las uñas y enarca el lomo. Se cansa de hacerme la contra y escapa bufando. Le sigo corriendo por habitaciones y pasillos y llego a la puerta de la alcoba de Lucía. El gato ha logrado escapar. Lo he dejado irse al ver la puerta. ¡Lucía! Empuño el pestillo y ya estoy dentro del cuarto de la niña, y tengo a Lucía en mis brazos sorprendida y trémula.

—¿Qué? ¿Qué es? —se desvela la niña.

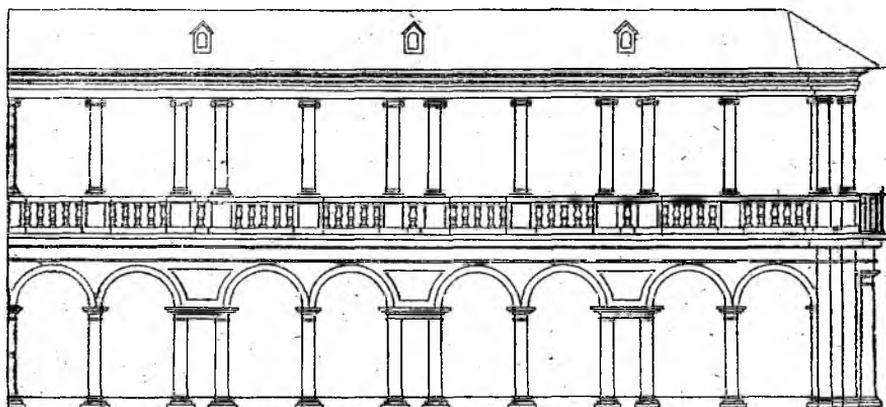
—¡Te quiero!

—No.

—¿Te meterás monja?

—¡Estate quieto!

—¡Di!
—¡No!
—¿De verdad?
—De verdad
—¡Lucía!
—¡No! Eso no. Deja, déjame.
—¡Eres mía!
—Sí.
—¿No te irás?
—No. Suelta ya.
—Mira... yo...
—Vete.
—Mía... mía...
—¡Luis!
—¡No serás monja!
Y no lo fué. Se casó conmigo.



Notas y Libros

NOTAS: *Aldeamediana*, de Eugenio D'Ors, por José M.^a de Cossío; *Gerard Manley, sacerdote y poeta*, por José A. Muñoz Rojas; *La consolación de las cosas*, por Luis Díez del Corral; *Alonso Quesada o el poeta provinciano*, por Juan Ruiz Peña; *El destino del pensamiento griego, Pericles ante Europa*, por J. L. Gómez Tello; *Peligrosa aventura*, por Félix Ros. — LIBROS: *Talleyrand y su tiempo*, por Pedro Murlane Michelena; *La poesía de Clemencia Laborda*, por Dámaso Alonso; *Vida y literatura de Valle-Inclán*, por Sánchez-Silva; *Laura de Miguel Llor*, por R. Ferreres.

NOTAS

EUGENIO D'ORS: ALDEAMEDIANA

ES al propio Eugenio d'Ors a quien he oído insinuar una teoría sobre la sucesión de las generaciones intelectuales que me parece bien recordar aquí. Parece que su marcha está sometida a una rigurosa alternativa de carácter, y así a una generación de tipo intuitivo que, forzando acaso el vocablo (pero muchas veces se ha forzado en ese sentido), pudiéramos calificar de mística, sucede otra generación de tipo reflexivo, estudioso, exigentemente intelectual. Ello tiene vitalmente su lógica, ya que de acciones y reacciones depende el equilibrio de todo lo que se mueve en la física y en lo que es algo más que física.

A partir de la generación del 98 tal alternativa es notoria. A esta generación impetuosa, y hasta demoleadora, en su crítica, y con intuitivos atisbos creadores, sucede la generación que pudiéramos fechar, por superstición decimal, en 1908, a la que pertenece d'Ors, adiestrada en la más escrupulosa técnica filosófica, empapada de toda la cultura europea del momento. A 1918 puede corresponder la generación siguiente, menos interesada en el estudio riguroso que en la ambición genial, a la que corresponden los hombres que considera como maestros la generación actual, para desembocar en la generación de 1928 de catedráticos poetas, de filólogos sumamente preocupados de la técnica fundamental de las disciplinas que profesan, de lo que no quedan excluidos ni los poetas que no son catedráticos. La generación actual, la de 1938, que hace la guerra y trata de ordenar la paz, bien sabido es que se ha formado y actúa más en el torbellino de la acción que en la serenidad del estudio, y aun tiene esta actitud por consigna y blasón.

Mas, aparte estas fundamentales características, otras de menor radio las diferencia y aun pone frente a frente. Así sucede entre la generación del 98 y la siguiente a que pertenece Eugenio d'Ors, que es la que ahora hace al caso.

La generación del 98 es profundamente castiza, y para sus representaciones han de servirse de lo más castizo de España. Suburbios ciudadanos de Baroja, mendigos o hidalgos de Valle-Inclán, comentarios a los clásicos de *Azorín*, reacción nacionalista de Maeztu, sentido trágico de Unamuno, modelos de Zuloaga. En cambio, la generación de 1908 es por reacción anticastiza, y ni un halago a tal concepto de lo español se encuentra en ella. Ensayos de Ortega, Belarminos o Urbanos simbólicos de Pérez de Ayala, temática bio-española de Marañón, glosas de Ors, depuración poética de Juan Ramón, cubismo de Picasso. Precisamente, en el libro que pretendo comentar se encuentra esta frase reveladora al contarnos del Ayuntamiento de Aldeamediana: "El edículo, con su inscripción trimembre —fué construído bajo Napoleón—, es de elegante y universal estilo neoclásico. Tiene dignidad y ningún indecente color local lo avillana." Este rasgo común de la generación de 1908 frente a su antecesora es bien que le conservemos como fondo de cuantas observaciones pueda inspirar una obra de Ors, pues a él cual a ninguno otro le cuadra.

Pero anticasticismo no quiere en modo alguno decir desafecto o despego de las cosas y las obras españolas. Es una manera distinta de sentir las. No es cuestión de la voluntad, sino imperativo de la sensibilidad y el gusto. Esta generación que trata de europeizar a España no siente menos las cuitas o las satisfacciones españolas que la anterior, que por boca de Unamuno, y llevando a su colmo el casticismo, trataba de africanizarla. Creo que esta oposición del deseo que aquí tiene una profunda significación bajo especie geográfica caracteriza una directriz fundamental de la generación de Ors que ha de tenerse siempre a la vista.

Porque fruto de esta posición es el arranque y la meta de la filosofía y de la literatura o las exégesis de arte orsianas, y ello hace que el estudio de síntomas que aquejan a la sociedad, especialmente occidental de Europa, y por ello en parte máxima a España, se estudie e investigue en el pequeño escenario de un pueblo francés; mas los gérmenes de disolución descubiertos son aleccionadores para todos, y así sirven de ejemplo y enseñanza.

Los rasgos de la vida de Aldeamediana utilizados para el experimento no pertenecen al mundo de lo pintoresco, aunque lo pintoresco en la vida sea ingrediente tan poco singular que sin quererlo se entrecruce a cada momento en nuestra vida. Son ideas universales que pue-

den simbolizarse en Roma y Babel las que se enfrentan en el hecho más menudo en la apariencia. Porque la idea de lo castizo que a Ors repugna tiene un profundo sentido de raíz, de elemento diferenciador y garantía de la continuidad del que no es posible desprenderse en el claro mundo de orden en que Ors mueve su inteligencia. Por ello, tal concepto se transfigura en uno más general, universal, podemos decir sin temor: en el de tradición, a la que todas las páginas de este libro son un himno encendido. El sentido de la Catolicidad, dirá el autor, “vertido a la sucesión del tiempo le llamamos *tradición*; vertido a la amplitud del espacio, *ecumenicidad* o universalidad”. Así, si este libro pudiera calificarse con una sola palabra, la que más se acercaría a caracterizarle sería la palabra antirrevolucionario; pero bien entendido que en el sentido de de Maistre, es decir, no como propugnador de una revolución contraria, sino como postulantes de hacer lo contrario de la revolución.

Ors va señalando las lacras, algunas aparentemente microscópicas, que corroen la vida social francesa, ya que los sucesos han venido a dar valor profético a unas páginas cuya escritura data de 1934. Así se toma en cuenta a la barraca del cine o cinema, como se dice “con un vocable ya mordido y cercenado por la vocación de Babel, por la vocación de lo perezoso y espontáneo, de lo desordenado e imperfecto”; su fachada pintarrajeada denuncia ópticamente al observador moral, al enemigo. Así, el ramplón rasero de los monumentos a los muertos de la gran guerra, que en su recuerdo confusionista proclama la igualdad y exorciza la distinción, “esa especie de pubertad ante lo eterno”. Y muchas cosas más. En Aldeamediana han desaparecido los oficios; el pastor y el labriego puro son ya especies desconocidas, como el zapatero, el guarnicionero, el herrador, el boticario... La natalidad ha descendido, y la presencia de tropas coloniales amenaza con un caos étnico. El deporte absorbe la atención de todos y la carrera de la Vuelta a Francia apasiona: todos, como expresivamente resume Ors, se han vuelto *chauffer*. Y sigue en capítulos implacables, por su incisiva elegancia, la anatomía moral de un pueblo que ha de ser coronado por la voz de los muertos, que es la voz de la tradición anunciadora de esperanzas, o aún mejor, garantizadora de la eternidad de la norma, contra la que no han de prevalecer revoluciones ni desórdenes.

La moral, que no moraleja, del libro queda aún más patente en dos breves epílogos (si cabe un epílogo doble) que titula *Notas sobre la ci-*

vilización campesina, en una de las cuales exalta a Mistral como figura representativa del patriarcado, frente al proletariado, y en otra evoca a Miramar de Mallorca, como noble ejemplo de vida sencilla, de orden civilizado. Y es curioso, y quiero hacerlo notar, cómo Ors coincide en un ideal de vida patriarcal con el novelista montañés José María de Pereda. También Tablanca, con su patriarca y sus vaqueros, con su vida ordenada y sus jerarquías acatadas, pudo ser *la civilización*. Pero Pereda llegaba a esta conclusión por camino opuesto que Ors. No lo descubriría con ojos absortos de refinado, lo emanaba de su propio ser rural. Pero la coincidencia era exacta, y no sólo ello, sino que acaso a Pereda le fomenta esta concepción el propio numen que a Ors, el gran provenzal Federico Mistral. Cuando Pereda hace sus primeras armas en el periodismo local santanderino, se publica en el periódico en que colabora *Mireya*, que Pereda hubo de leer como un folletín de los que entonces estaban en boga. Así, el gran felibre asestó su enseñanza en dos escritores representativos de dos concepciones del arte opuestas diametralmente, pero coincidentes en el sentido más profundo de tradición y servicio del buen orden.

He procurado subrayar el aspecto moralmente más trascendental del libro de Eugenio d'Ors, porque en los días graves que vivimos ningún género de complacencias debe hurtar su puesto a la más trascendental obligación. Creo que será lícito, tras la obligación cumplida, recrearse en otras cosas que a lectores superficiales pueden parecer menos trascendentes, pero que en el fondo no son sino formas nuevas y más sutiles de la misma lección. Tal las maneras ingeniosas y elegantes con que la doctrina se expone. La claridad y orden con que transcurre el discurso de las glosas. "No es posible prescindir de ceremonia en los saludos sin estar en vísperas de prescindir de buena fe en los contratos." El descuido retórico, la sinceremonía del estilo es paralelamente señal de villanía en el tratado.

He hablado de la claridad de este libro. Es preciso unir las dos palabras, Ors y claridad, reiteradamente, contra la pereza o la inteligencia que ha hecho tópico el juicio contrario sobre este escritor. Su prosa admirable parece admirable sobre el libro, mas muchas veces ha parecido insólita en la prensa diaria, y ése es su mejor blasón. Yo sé que la obligación del que escribe, y más si escribe con ánimo proselitista, es buscar el lugar de mayor difusión, pero experimento cada día la calidad despreciable de la técnica que en el periódico, como en el cine,

como en la radio, como en tantas otras cosas, envilece cuanto toca, que vuelve a encontrar su gracia al restituirse al primitivo medio de expresión o de propaganda.

Claridad, orden, dignidad estética, personalidad señera entre los escritores españoles de cualquier tiempo son condiciones de Eugenio d'Ors. Sé que incurro, acaso con enojo de algunos, en el panejórico, pero cuando se vé perdido el respeto a lo que el propio Ors ha llamado "las jerarquías inermes", no es mucho entregarse al elogio incondicional como obligado contrapeso, que en este caso es pura justicia.—José M.^a DE COSSÍO.

GERARD MANLEY HOPKINS, SACERDOTE Y POETA (1)

EL caso de Hopkins es singular. Nacido en 1844, y muerto cuarenta y cuatro años más tarde, permanece casi inédito en vida, y no se publica la primera edición de su obra hasta veinte años después de su muerte, alcanzando un número exiguo de ejemplares el número, no muy considerable, de sus poemas y de sus esbozos que llegaron a la imprenta. Y, sin embargo, sin ser un poeta popular, no habrá hoy antología en la que no figure. No ya en las antologías de la época victoriana, donde le correspondería por razón de tiempo, sino también en las de nuestro siglo. Un antologista de éste se excusa diciendo que con él hay que abandonar la cronología, porque temperamental y técnicamente no pertenece al XIX sino al siglo XX. Y esto por su singularidad. Singular en todo: en nacer en una Inglaterra victoriana y vivir de lleno en ella y evadirse de una manera única. En no gozar una celebridad a la que estaba llamado desde sus tiempos universitarios, y a la que lo hacía acreedor su brillante historia escolar: la estrella de Balliol, le llamaban en Oxford. Tuvo además una correspondencia continuada y preciosa con hombres como Bridges y Patmore, célebres mucho antes que él y mucho antes que él olvidados, y una relación con otros como Walter Pater y Newman, valga cada nombre por lo que vale. Tuvo todo eso, y con todo fué un desconocido; hasta que un

(1) *Gerard Manley Hopkins; Priest and Poet*, por Mr. Pick. Oxford, 1942.

buen día, Robert Bridges, su amigo y corresponsal, dió a la estampa sus versos.

El primer recuerdo que nos trae el retrato juvenil de Hopkins es el de Wilde. Nadie se sorprenda. No vamos que la diferencia de estar a no estar en gracia, y no fué, después de todo, el menor peligro que acechó a Hopkins en su vida este del esteticismo en que el otro cayó de lleno. Pero supo agarrarse a la única rama que podía salvarle, y escoger con una rara seguridad, como nota Mr. Pick, el camino que quería, sin que fueran obstáculo las muchas solicitudes que había de ofrecer a un muchacho de su edad un Oxford de donde apenas se había extinguido la voz activa de un Newman, y donde comenzaban a resonar las de Ruskin y Walter Pater. Fué, simplemente, una cuestión de gracia, y así hemos de interpretarlo. ¿Cómo si no? ¿Y por qué explicarlo de otra manera, si tenemos a mano esta explicación, no ya suficiente, sino excesiva, por así decirlo? Fué un caso de gracia. Pero al milagro que la gracia es siempre hay que añadir, en este caso, las condiciones en que operó. Es emocionante leer en el diario de Hopkins las mortificaciones con que combatía, aun antes de entrar en la Iglesia Católica, la tentación para él más terrible de todas: la de hacer su fin la belleza material, para cuya aprehensión estaba tan bien dotado. Su sensibilidad para la forma, el color, el tacto, era agudísima. Para defenderse llegaba a ayunar a pan y agua o renunciaba a no sentarse en un sillón. Nada menos merecía el enemigo. Por eso tendió sobrenaturalmente a buscar el único terreno inmune. Y un buen día visitó a Newman, y unos meses después fué recibido en la Iglesia Católica. No sin luchas y no sin renunciaciones materiales y espirituales. La más dura habría de ser la que hacia a aquella aparente libertad, que, aparentemente también, lo daba todo. Claro que el trueque, en vez de privar de libertad, la concedía. Gerard Manley Hopkins hubo de luchar con lo que dejaba atrás, y lo reclamaba, como criatura suya que era, y con lo que le esperaba. Hubo de renunciar a familia y Universidad, y al dar el último paso, al entrar en el noviciado de la Compañía de Jesús, a algo más duro y más grave, incluso desde un punto de vista de conciencia: a su vocación poética, de una manera eventual al menos. Tenía veinticuatro años. Quien haya hojeado la literatura protestante de los dos o tres siglos anteriores sabe cuánto de peyorativo, de injusto, de confuso hay en esta denominación de *jesuit*.

Pero quienes menos perdonaron a Hopkins fueron los poetas. No

lo comprendieron. Su amigo Bridges, que supo apreciar su poesía antes que nadie, no lo comprendió nunca. Todavía no se lo han perdonado, como si su renuncia hubiera estrangulado su poesía. Porque aparte de quemar sus papeles, al entrar en el noviciado, hubo de guardar un absoluto silencio poético, hasta siete años más tarde, en que compuso *El naufragio del "Deutschland"*. El poeta hizo el sacrificio más hermoso que pudiera hacer: el de una voz que sabía dotada de un acento propio y singular. ¿Qué más podía pedirle? No escribió por obediencia. Estamos en los límites de la hagiografía. ¡Qué hermosa y ejemplar lección de humildad en unos años en los que se ponía al Arte junto y por encima de la Religión, en los que no se delimitaba claramente dónde empezaba el uno y la otra! Y esto por hombre que había bebido la doctrina en las fuentes mismas. Buena réplica a quienes predicaban de la poesía como de la religión del futuro y del poeta como su sacerdote, Subrayemos que la renuncia se hizo por un poeta, y sobre todo poeta, y no por un místico, mucho menos por un poeta místico. En Hopkins había todo lo contrario de propensión al misticismo, y hacen bien en notarlo, tanto Mr. Pick como el Padre D'Arcy. Hay que desechar toda idea de noche oscura al hablar de Hopkins, justamente porque la frase es tan precisa y vaga a un tiempo que ampara bajo su manto muchos defectos de apreciación. En Hopkins hallamos un poeta tan preparado para la aprehensión de la belleza circundante que a veces estremece. Era un palpo extendido para adivinarla, recibirla y recogerla, hasta de una manera morbosa en ocasiones. Y, naturalmente, el sentimiento y reflexión de esta belleza y su encuadramiento en una vida perfecta, fué la tarea de sus días, no siempre fácil, a menudo dolorosa. Que se desaderecen como se quiera estos términos de aspirante a santo y poeta, legítimo poeta, jesuíta y poeta, y se verá la dificultad. Hopkins mismo tiene alguna observación sobre esto, y un análisis de casos en que la extraordinaria coincidencia se produjo, como en los de Southwell y Champion. Por eso buscaba, queriendo y sin querer, justificaciones. Una justificación teológica que fué a hallar en Scoto; "aquel, que entre todos los hombres, más inclinó su ánimo a la paz", como le dice en un soneto, y en más de un poema se ve clara su influencia. El primado de la voluntad que Scoto propugnaba, venía a seguir la línea de influencia que en Hopkins habían tenido los *Ejercicios Espirituales*, de San Ignacio, y que tan derechamente encauzaron aquella penetración suya de la belleza, a Dios, su creador, ha-

ciéndola así trascendente y dando a su visión de la naturaleza y a cuanto de hermoso contiene, un valor sacramental que enriquece a su poesía con claridad y misterio, con profundidad y temblor. La misión del poeta es reflejar y devolver a Dios la belleza, "belleza el mismo y su dador".

Despierta Hopkins en nosotros una extraña simpatía y una extraña piedad al leer ciertos pasajes de su diario o sus cartas: aquellos que se relacionan con su incapacidad, no obstante su vocación, para adaptarse a ciertos medios provinciales o parroquiales; aquella conciencia agudísima que en ciertos momentos tuvo, de lo que da y quita al poeta, sentirse o no sentirse asistido por los lectores; aquellos sermones tan patéticos, tan candorosos que no llegaban a la gente y que tanto le atormentaban; aquel insularismo que no se resignaba a comprender las posibles razones que para un irlandés podía tener el serlo. Y es que debajo de su casaca de jesuíta y su conciencia de católico, era un sincero victoriano en la manera de sentir a Inglaterra:

Llamadme el tierno amante del nombre de Inglaterra

llega a exclamar. Precisamente de su época de ausencia, o mejor dicho destierro, de Inglaterra y estancia en Dublin, donde lo llevaron cargos docentes a aquella Universidad católica que Newman proyectara, datan aquellos siete sonetos, como una sola voz, angustiada y casi involuntaria expresión de una desolación espiritual, no tan estéril como él mismo se figuraba.

El libro de Mr. Pick centra en su justo lugar estas arduas relaciones del Hopkins sacerdote y el Hopkins poeta, y nos ha sugerido las reflexiones que anteceden.—José A. MUÑOZ ROJAS.

LA CONSOLACION DE LAS COSAS

LA consolación fué un género literario muy en boga en la Antigüedad. Desde la célebre obra de Crantor, muchas otras aparecieron sobre el tema: Cicerón, Séneca, Estacio, Plutarco, escribieron *consolationes*. El carácter romano, grave y sincero, resultaba muy inclinado a las consideraciones confortadoras, que motivadas generalmente por

situaciones particulares, fueron adquiriendo, a medida que se oscurecían los horizontes del mundo antiguo, un sentido más amplio y profundo, expresión de la actitud vital de aquellos tiempos, con sus muchas necesidades, sus renunciadas y sus consuelos. Cual último destello de la Antigüedad, como uno de sus más valiosos legados, difúndese por los siglos medievales con fama insuperable un libro de consolación. Como a Aristóteles "el filósofo", a Boecio se le llamará simplemente "el autor", no por su originalidad, sino por haber acertado a presentar los pensamientos consoladores de la Antigüedad en forma adecuada a la angustiada situación del hombre de la primera Edad Media, encaminándole y acompañándole, con toda la distancia, ciertamente, que hay entre la deficiencia y la plenitud, en la gran consolación de la fe. Arraigada hondamente todavía en la filosofía antigua, pero exponiendo sus más nobles meditaciones con un calor afectivo propio de nuevos tiempos, la obra de Boecio, aureolada por la corona de martirio que la leyenda confirió a su autor, será uno de los cauces más ricos que enlacen las dos edades por las capas más hondas de la existencia humana.

Entre los motivos de consolación que figuran en tales escritos ningún papel desempeñan las cosas; antes bien, había de desdeñarlas quien deseara traer a su alma verdadero apaciguamiento. El sabio debía mostrar desprecio por todo lo terreno. De dos sujeciones esclavizadoras tenía que liberarse el hombre: de los afectos y de las cosas exteriores. Contra tales enemigos iba dirigida la lucha moral del estoicismo. *Augustus animus quem terrena delectant. (Consolatio ad Helviam Matrem, IX.)* En tal delectación se compendia no sólo la utilitaria, sino cualquier otra que pudiera originarse de las cosas. El sabio debía hacer callar completamente el mundo a su alrededor; sólo era digno y confortante para él dirigir la mirada hacia arriba, hacia el espectáculo celeste: "contemplar la luna y el sol, observar los demás astros, su orto y su ocaso, investigar las causas de la aceleración y del retardo de su marcha, admirar durante la noche tantos luceros brillantes, fijos los unos, móviles los otros, pero sin alejarse demasiado, sino rodando siempre por sus mismas huellas; algunos en súbita irrupción, otros deslumbrando la vista con la difusión de su fuego, como si fueran a caer, o volando por el cielo en trecho largo y con luz copiosísima..." (*Consolatio ad Helviam, IX*): descubrimiento de causas, apreciación de distancias, contemplación fría e imperturbable, sin repercusiones afecti-

vas, de un orden objetivo, superior, lejano, de atenuada realidad, donde las almas se harán una sola hasta que, al llegar el tiempo de la total disolución, retornen al seno de los elementos primordiales (*Consolatio ad Marciam*, XXVI).

A medida que va decayendo la Antigüedad, acentúase la inhibición frente al mundo. “¿Os deleita, por ventura, la belleza de los campos?”, pregunta la Filosofía a Boecio. “Pues, ¿por qué no —contesta éste—, si es porción hermosa de una obra hermosísima? Así también gozamos del mar sereno, y admiramos el cielo, las estrellas, el sol y la luna.” “¿Tienes tú acaso parte en algo de eso? —le arguye la Filosofía—. ¿Te atreverás a gloriarte del esplendor de alguna de esas cosas? ¿Sirvente de adorno las flores de la primavera? ¿Crece tu riqueza con las espigas del estío? ¿Pues cómo te dejas llevar por tan vanos contentos? ¿Por qué abrazas como propios bienes tan extraños? Nunca podrá hacer la fortuna que sea tuyo lo que la naturaleza hizo que fuese ajeno” (*Liber II*, prosa V).

Con el triunfo del Cristianismo conságrase la primacía de la vida interior. *Noli foras ire; in te ipsum redi*. El distanciamiento de las cosas adquiere una patética entonación religiosa: la tierra aparece como valle de lágrimas. Contraponiéndose al reino natural, oscurecido por el pecado, resplandece la fe en un reino sobrenatural. Pero llega un tiempo en que el amor de Dios tanto se inflama que, como no cabiendo en sí mismo, se derrama sobre el mundo, y alejando la sombra de tentación y de pecado que lo encubría a la conciencia medieval, pone las cosas a la luz inefable del amor divino. Aparece entonces el universo como nunca lo vieron los ojos humanos. Pónese de relieve el lazo interno de la creación, que une las cosas sensibles a Dios, y se manifiestan “necesariamente por naturaleza, como sombras, ecos y retratos del Primer Principio”. Son a manera de ejemplos propuestos a las inteligencias humanas aun rudas y apegadas a los sentidos para que por lo sensible que ven se levanten a lo inteligible que no ven, igual que de los signos se pasa a las verdades que ellos significan. Ya no habrá que cerrar los sentidos, como aquellos anacoretas que se tapaban los oídos, cual si oyeran al maligno, cuando cantaban los ruseñores, sino abrirlos confiadamente a las señales divinas de la creación. “Abre tus ojos —exclama San Buenaventura—, acerca tus oídos, desata tus labios y aplica tu corazón para que en todas las criaturas veas, oigas, alábes, ames y veneres, engrandezcas y honres a Dios; no se alce contra

ti el universo entero." Pues, por esto, "el mundo todo peleará con El contra los insensatos". Mientras será, por el contrario, materia de gloria para los cuerdos, quienes podrán exclamar como el profeta: "Deleitáste me con tus criaturas y me gozaré con las obras de tus manos." "¡Oh Señor!, y cuán grandes son tus obras; todo lo has hecho sabiamente: llena está la tierra de tus riquezas."

De esta raíz franciscana procede principalmente el florecimiento artístico y vital del primer Renacimiento, y no de un pretendido retorno a la Antigüedad, o de la repentina aparición de un espíritu nuevo. Con una alegría juvenilmente emprendedora, movido por un sentimiento de universal caridad, nutrido en un sentido entera y hondamente religioso de la vida, produce el hombre una de las épocas más hermosas de su historia. Mas el período de equilibrio y plenitud no dura demasiado. Poco a poco, se va secando en muchos la raíz que sostenía su actitud entusiasta ante el mundo. Empiezan las cosas a perder transparencia para los vislumbres divinos, y se vuelven opacas e independientes, cerrando los horizontes humanos. El conjunto unitario del cosmos se va resquebrajando en trozos diversos, de reducida perspectiva. No es que desaparezca de golpe la trabazón del conjunto, pero va enfriándose y abstrayéndose, al debilitarse la unidad amorosa de un centro supremo personal. Esbózase una actitud puramente estética o científica, o sencillamente utilitaria. Aquel impulso de acercamiento hacia las cosas perdura y aun aumenta de intensidad, pero se va relativizando, secularizándose. Ciertamente, que conserva un carácter definitivo, digno, santo, aunque se reduzca a la *sollecitudine e cura della cose materiales*. La economía es una actividad santa: *sancta cosa la masserizia*, exclamará L. B. Alberti.

Con tales supuestos, el hombre no recela en entregarse por entero a las cosas, tanto más cuanto que en esta ocupación se le va perfeccionando una facultad admirable: la inteligencia. Su prodigioso desenvolvimiento bien prueba que el hombre, por naturaleza, está destinado al trato material, mejor cuanto más intenso, puesto que resulta condición estimulante para el desarrollo de su más preclara facultad, y que por virtud de ésta el cosmos va revelando su verdad en fórmulas precisas, y consigue una nueva ordenación y un mayor rendimiento de sus energías.

En semejante situación, es difícil que el hombre se considere en

coyuntura de consuelo. Siéntese pletórico de fuerzas, confiado, auto-suficiente y sonríe, superior, de literaturas edificantes. Pero es el caso que sus seguridades comienzan a verse defraudadas. Esa inteligencia prodigiosamente desarrollada entre las cosas, y que pretende, respaldada por sus éxitos naturales, constituirse en regidora única de la existencia, resulta contaminada por el ambiente en que se desenvolvió, mecanizada, heterogénea a la trama sutil de la vida humana. Los conceptos formales, las leyes rigurosas, las generalidades propias del método físico-matemático se demuestran impropias para dar orden a las realidades palpitantes del hombre y de la sociedad. La ilusión se desvanece y el hombre comienza a sentirse inquieto. Un nuevo enemigo se le presenta, hijo precisamente de aquella fe y de aquella dedicación a las cosas: la técnica comienza a ejercer un despotismo despiadado sobre sus autores. Los valores más sobreentendidos de la vida amenazan arruinarse, y en las naturalezas sensibles la inquietud se transforma en profunda desazón.

Siéntese la necesidad de dar un viraje en el camino, de oponer una barrera a las nuevas fuerzas desatadas, que amenazan consumir la misma entraña vital. Frente a las convulsiones del racionalismo y del mecanicismo, proclámase la primacía de la vida. Todo cuanto rodea al hombre debe ser instrumento suyo: la máquina y las cosas no tienen otra razón de ser que la de servirle. Pero muy poco se ha ganado con la nueva postura; el horizonte se ha empequeñecido aún más. Los últimos restos de un orden objetivo superior, la última inserción del hombre se ha desvanecido. Lo que generalmente se entiende por vida, es algo de contorno cerrado, con un centro que, por contraposición a los excesos del racionalismo, se proclama irracional. La ruta de empequeñecimiento de la existencia humana está llegando a su colmo. El hombre ha ido podando su existencia para tenerla enteramente bajo su dominio y, por lo general, lo ha conseguido. Ha logrado encontrarse en absoluta soledad.

Mas aún cuenta con una potencia enorme: cuenta consigo mismo. Sabe su pequeñez, tiene conciencia de su finitud; pero precisamente en ese sentirse finito descubre su base ética, la responsabilidad de nuestros tiempos. Todo lo que de ella le aparte es dañoso para su obra intramundana: ningún socorro puede venirle de fuera, ningún alivio ni consuelo admite, como no sea el de entregarse fieramente a su propio destino. Finitismo titánico: he aquí la actitud salvadora de nuestros

días. Desde una pura nada hasta otra pura nada. Pero todo lo que se encuentre dentro del paréntesis estará por entero sometido al hombre; todo se ha convertido en su instrumento; la vida más entrañable ha quedado reducida a mero manejo, agitado por un afán delirante, y el existir resulta prisionera y trágica labilidad.

Y ahora, cuando asistimos a la manifestación universal de ese interno desquiciamiento del hombre, cuando vemos cómo el proceso de mecanización ha llegado a un punto en que, no contento con someter la vida de los hombres, extiende sus efectos destructores, en dionisiaca orgía, a las mismas cosas, escogiendo aquellas consagradas por la Historia, como queriendo revertir la tierra a un estado meramente geológico; no puede menos de surgir la pregunta consternada de si no quedará verdaderamente más opción que conllevar hasta el final el sino fatídico o escaparse interiormente con un cambio radical de la tendencia del hombre moderno, en un sentido introvertido, renunciando en lo posible al trato con nuestra periferia; si no correrá bajo la corriente predominante del tiempo otra vena secreta y sana, de la que podamos extraer una actitud distinta, confiada, entera y humana de las cosas.

Bajo el signo de tales interrogaciones, cayó no hace mucho tiempo en mis manos cierto libro procedente de uno de los países de más duro destino, que llevaba en la cubierta el sugestivo título *Trost der Dinge* (*Consuelo* —o, mejor—, *Consolación de las cosas*). El nombre del autor, Johannes Kirschweg, me era desconocido, pero venía avalado por la firma de una de las primeras editoriales católicas (1). Luego supe que se trataba del párroco de un pueblecillo sarrariano. Resultaba más bien un libro pequeño, dividido en reducidos capítulos, que llevaban el nombre de alguna de las cosas de nuestro alrededor: el pan, las golondrinas, el jardín, la pradera, el vino, la fuente, los libros... Parecía, al hojearlo, escrito en un estilo muy sencillo, que se plegaba a un pensamiento íntimo y sentido, pero real de las cosas. No se encontraban enrevesadas lucubraciones líricas, ni cerradas disquisiciones, sino apuntes, intuiciones y sugerencias, que se iban sembrando en el ánimo del lector. "Este libro debe leerse —advierde el prólogo— como si se tratara de sencillas indicaciones para la vida en el pequeño mundo de lo cotidiano, así, que después de éste o de aquel capítulo, ciérrese el libro

(1) Herder, Freiburg i. B., 1941.

y váyase el lector al jardín o a la calle para encontrar lo que se ha leído mucho más hermoso en la realidad, más rico y consolador.”

En la primera parte del libro, el autor, como haciendo una concesión a la movilidad de los tiempos, se deja llevar por el encanto del agua, y desde la fuente pueblerina, siguiendo el deslizarse amable del arroyo, y luego el solemne del río —“el arroyo pertenece al momento y a la eternidad, el río al año y a los siglos”— llega en sus consideraciones hasta el mar. Pero a lo largo del curso ha ido perdiendo la confianza del ambiente nativo; el comentador se encuentra ante lo ilimitado y extraño; “y decir, decir, sólo se puede de lo que ha vivido en uno, como la madre, el jardín de la casa y la pradera del pueblo”. “Los anhelos juveniles de belleza y felicidad se pierden en imprecisa lejanía. Sólo quien ha sufrido vuelve a sí mismo, y si la resignación de la vuelta se convierte en la unción del reposo, entonces se abre en el corazón trabajado, que ha sabido mantenerse sensible, la riqueza de la cercanía y el valor de las pequeñas cosas.”

Precioso libro el de Kirschweg para leerlo bajo las ramas de un viejo nogal, y dejar de vez en cuando, por encima de las páginas, reposar la mirada sobre la tierra recién removida, o sobre la pequeña margarita del césped. El hombre, por lo general, no acierta ya a estar en un jardín; todo lo entiende en forma instrumental, y sus ojos se van cegando a las ondulaciones y movimientos vivos, a la interna tensión, al crecer y morir de los seres naturales. Quizá se estremezca ante la naturaleza en su conjunto, o se afane por descubrir las regularidades de sus procesos, pero no siente interés ante el desarrollo concreto y prodigioso de una planta, ante la vida multiforme que se desarrolla en el seno de un jardín, en ese medio ni rebelde o absorbente para el hombre, ni servil, en que se conjugan cordialmente la labor inteligente y sensible del hombre con la espontaneidad del vigor natural, ambiente propicio cual ninguno, desde los griegos, para el desarrollo de la vida y el pensamiento humanos.

Amorosamente va describiendo el libro las pequeñas faenas agrícolas en las distintas épocas del año, desde la primera cava de la tierra —una vez más desde hace tantos siglos removida por la azada, los caminos, todavía húmedos, aromados por los primeros brotes de grosella— hasta el cuidado de los últimos frutos, lentos en madurar, como para recoger todo el calor estival y esparcirlo luego por el desván en tenues ondas durante el invierno. Una tras otra, las pequeñas flores

van mereciendo la atención cuidadosa, y descubriendo su encanto y su consuelo: las capuchinas, las umbelas, las rosas, los lirios, las “espuelas de caballero”; y también los distintos frutos y las hierbas: la ruda, de olor fuerte, solemne, como de incienso; la hierbabuena, que parece desprender, resumida, en el caluroso estío, al frotarla contra la frente, toda la frescura de la cueva y del arroyo; el espliego, propicio para despertar los más gratos recuerdos, y la pimpinela, y la melisa, y el eneldo; y los mil seres que componen el mundo maravilloso del jardín, descrito por Kirschweg con sentimiento candoroso, devoto, un poco melancólico, que recuerda el estilo de Mörike, cura de aldea también, y muestra a veces dentro de la sencillez tradicional, aciertos plenamente modernos: “El padre y la madre están sentados junto a mí. También sus miradas se apartan de la sombra del jardín suavemente coloreada, y encuentran de pronto las golondrinas, que todavía vuelan en la luz. Entonces sonríen un poco y dicen: “ha sido una día espléndido; también mañana tendremos buen tiempo”. Así el vuelo rutilante de las golondrinas enlaza los últimos rayos de la tarde con los primeros de la próxima mañana, y la noche es sólo como el fondo sobre el que más resplandece la luz.”

Muy lejos se encuentra nuestro autor de recomendar la huida romántica a la naturaleza. Sus árboles se dan entre las tapias del huerto; el arroyo, la pradera y el bosque, son los del pueblo, insertos y ennoblecidos en un orden humano de vida. Junto a los capítulos dedicados a los seres naturales, otros varios se ocupan de las cosas elaboradas por el hombre: el pan, el vino, la pipa, el reloj, la moneda antigua, los cuadros y esos mil objetos que integran nuestra vida cotidiana, descubriendo en ellos un sentido que rebasa el de su mera utilidad, y abarca en sus ramificaciones desde el descubrimiento encantado de la niñez hasta las referencias al trasfondo misterioso sobre que destacan, cuando además de los ojos sabe ver el alma. Complemento delicioso al *Trost der Dinge*, en el librito *Kleine Köstlichkeiten (Pequeñas preciosidades)* (1), va desentrañando Kirschweg sencillos objetos llevados a los cuadros por hábiles pinceles. El consuelo, que de esta suerte de contemplación puede derivarse, es más exquisito, como depurado previa-

(1) *Der Bilderkreis*, Verlag Herder, Freiburg i. B., 1942. Otras obras del autor: *Odilo und die Geheimnisse*, *Aufgehellte Nacht*, *Ernte eines Sommers*, *Die Fahrt der Treuen*, en la citada editorial.

mente por la maestría del pintor. "Este mundo de lo pequeño —adviértese en el libro— no es una provincia de lo meramente idílico, o de la pintura de género, sino que es uno de los más nobles capítulos del arte, como de la vida misma, el de la humildad e intimidad." Pocos pintores más inclinados a él que Alberto Durero, pocas ofrendas más delicadas que el sencillo ramillete de violetas que encabeza el libro. Luego su autor va comentando brevemente tal corona regia de van Eyck, cierto tapiz de Crivelli, las flores de manzano de van Gogh, o "el cuarto del balcón" de Menzel, con la cortina henchida por la brisa, y el espejo de marco dorado en que parece descubrirse todavía la huella luminosa que dejó el rostro de su dueña, impregnando la habitación de más intimidad que su presencia misma.

¿Pero qué puede conseguirse —se dirá— con esta especie de consideraciones en un ambiente como el actual, regido por imperiosas tendencias en un sentido tan opuesto al que descubren las páginas comentadas? ¿Es que las grandes directrices que manifiestan los diversos componentes de nuestro mundo cultural, desde la técnica hasta la organización social y la filosofía, podrán ser alcanzados siquiera por una actitud contemplativa, poética y un poco sensiblera de las cosas? ¿No se tratará de una postura huidiza, cómoda, individualista, que pretenda hurtarse al vivir decidido de nuestros días? Trátase, indudablemente, de una postura modesta y particular, que no pretende verterse en fórmulas ambiciosas, ni en sistemas cerrados, ni provocar grandes aglomeraciones a su alrededor; es, sencillamente, una "consolación" para una situación esencialmente personal, cuya virtud habrá podido comprobar quién haya recurrido a ella verdaderamente necesitado. Pero es algo más que un ocasional alivio, algo más importante acaso que altas disquisiciones o proyectos ambiciosos; se trata, en medio de su sencillez, de un cambio fundamental de actitud, de esos que sólo pueden experimentarse en momentos cruciales, cuando las crisis son tan hondas que se traducen en algo más profundo que el derrumbamiento de determinadas ideas o de ciertas organizaciones.

Una red tupida de cosas, acciones y pensamientos, trabados en un sistema, sin resquicios, de adecuaciones y finalidades, ha ido aislando al hombre, dejándole en su trabajada soledad. Laborioso gusanillo, ha conseguido tejerse una áurea prisión al hilo de su esfuerzo. Para poder volar es preciso romperla. No es que el hombre haya despreciado el

vuelo en los últimos tiempos; desde el mecánico hasta el sentimental, el hombre lo ha practicado con entusiasmo, e indudablemente con acierto. Junto al riguroso trato pragmático, qué trato tan airoso del contorno, tan ágil y suelto en la literatura, en las artes y en la vida de los tiempos modernos. Qué talento el de un Proust para volatilizar nuestra periferia y nuestro recuerdo, y convertir la existencia en una atmósfera suavemente coloreada, surcada por una dominadora y subyugada fantasía. Pero todas las artes volanderas de análisis psicológico, todos los talismanes de metamorfosis y recreaciones asociativas, por mucho que tejan, destejan y sutilicen las paredes de nuestro encierro, no conseguirán hacerlas desaparecer y quedarán en atolondrado y prisionero revuelo, infinitamente deleznable al lado del vuelo puro, trascendente de un San Juan de la Cruz.

Todos esos intentos quedan gravitando sobre nosotros, son mero manejo del contorno, incapaces de vislumbrar un más allá; pero es indudable que se produce de esta suerte un ensanchamiento de nuestra perspectiva, una debilitación de nuestro límite intramundano, que no puede menos de contribuir a facilitar la salida de nuestra soledad. El desarrollo moderno de la sensibilidad, la agudización del sentido para el análisis introspectivo y el recuerdo, la visión más amplia y trabada de los diversos momentos de la vida, son adquisiciones que, si bien pueden derivar en una posición orgullosa y cegadora del hombre, empleadas con humildad, con plena radicalidad, pueden llevarnos a hondas revelaciones. En la época actual, el hombre dispone de más sentidos virtuales para ver a Dios entre los pucherós que en tiempos de Santa Teresa. Mas para ponerlos en ejercicio precisa de una actitud pura, desprendida, difícil, en verdad, dada su reciente historia basada en tanta rebeldía, pero imprescindible y asequible. El hombre moderno, acostumbrado a tratar el mundo con despego en el plan de usufructuario, esteta o pensador, ha de aprender a aproximarse a las cosas por entero, y a contemplarlas de cerca en su ser, sin prevención, sin más embarazo que el de una gran caridad. Quien consiga acercarse de verdad a una rosa, dice Kirschweg, contemplar atentamente su forma maravillosa y respirar con toda su alma el aroma que le penetra, habrá llegado en un instante a un colmo cierto; y si se aproxima humildemente a un viejo rosal en flor, se sentirá aturdido, "como si se tratara de una preciosa carga que no puede soportar el corazón, y presumirá que no

sólo hemos perdido la plenitud de la belleza, sino también la capacidad para sentirla”.

Natural es la insatisfacción al hombre, pero cabe sea de dos especies: bien por deficiencia de cuanto posee y le acontece respecto a la propia capacidad, bien por sentir ésta reducida para abarcar lo que le llega. El hombre actual tiende a la primera forma de insatisfacción, que el pequeño libro de Kirschweg trata de sustituir por la segunda, incitándonos a la cercanía de las cosas. ¿Qué extraño que nuestra copa no se llenase, si no acertábamos a acercarla al verdadero manantial, y la llevábamos atolondradamente de un lado para otro, moviéndola en el vacío que había interpuesto orgullosamente nuestra vana fantasía? Si sabemos ponerla debajo de cualquiera de esas fuentes vivas que manan a nuestro alrededor, la sentiremos llena y rebosada; sentiremos, sí, nuestra poquedad, pero no orgullosamente cerrada, sino abierta y vislumbradora. Sabremos que la hermosura de las cosas, que por un momento nos embarga, mucho más que nuestros vanidosos manjares, es sólo rastro; que tras el lenguaje que las cosas nos hablan hay un algo infinitamente más valioso, “un no sé qué que quedan balbuciendo”. Para oír ese divino balbucir es preciso hallarse en un gran silencio y poner el oído muy cerca, y “aplicar el corazón”. Entonces nos aproximaremos a ese estado que describe San Juan de la Cruz: “que si lo otro que entiendo me llaga e hiere de amor, esto que no acabo de entender, de que altamente siento, me mata”.

No es cierto que el mundo nos envuelva prisioneramente, si no lo tomamos como coto propio para el disfrute personal. Enfrentándonoslo con mirada de dueño, desde una posición egocéntrica, por muy exquisitos y éticos que sean los postulados de un pretendido humanismo, es natural que las cosas nos envuelvan cansándonos con el reflejo monótono y petulante de nuestra imagen. Pero si logramos acercarnos a las cosas, empinarnos sobre nuestra modestia y atisbar su otra cara, entonces entreveremos maravillosos reflejos hacia un infinito más allá. Las cosas ya no gravitarán sobre nosotros, sino hacia un centro sobrenatural, y no nos apesadumbrarán, sino que tirarán de nosotros mismos, creando un interno vacío, una santa insuficiencia. Y miraremos agradecidos a estas sencillas cosas, como los mártires que abrazan el instrumento que, en un grado más decisivo, acertó a abrirles el camino de la verdadera dicha, y reluce concreto, cierto, bajo la mirada enardecida del santo en los cuadros de Zurbarán, en ninguno quizá con tanta

verdad como en aquel San Lorenzo del Museo de Cádiz la parrilla, grande, reluciente, acogida en el seno del santo juvenil, y sirviéndole siempre de apoyo, el mango largo, por encima del hombro, con una argolla en su extremo, nítida, pura, que parece repicar a gloria.—
LUIS DíEZ DEL CORRAL.

ALONSO QUESADA O EL POETA PROVINCIANO

¿QUIÉN ha devanado más íntima y melancólicamente que Alonso Quesada esa madeja familiar donde hemos ido liando los tediosos hilos de nuestra vida provinciana? El diario pasear por los mismos lugares conocidos, el ver siempre los mismos rostros ambiguos, el entregarse a la misma labor cotidiana, el oír, llena el alma de monotonía, las mismas palabras en las veladas invernales, bajo la amarilla y temblorosa luz de la lámpara, el sentarse en el mismo café solitario durante los crepúsculos lluviosos. De todas estas monótonas sensaciones va naciendo una menuda ternura para las cosas hogareñas: las sillas de enea, los muebles viejos y deslustrados, el reloj de pared acompasado y monótono, los visillos blancos, levemente levantados, o la jaula amarilla del canario. ¡Cuántas veces exclamaría Alonso Quesada con el irónico y dolorido Laforgue: “¡Ah, qué cotidiana es la vida!”

Había nacido Rafael Romero, que gustó firmarse Alonso Quesada, en Las Palmas de la Gran Canaria en 1886. Para conocer el transcurso de su existencia, ningún testimonio más verdadero que su propia poesía, ¡tan íntima y vivida!

Sus años más felices debieron ser los de la niñez; quizá por eso nos hable tantas veces del “niño corazón”, y también por eso, Unamuno, que tan certeramente supo penetrar en el fondo de su alma, nos dice: “Alonso Quesada ha tenido niñez. Acaso no ha tenido mucho más.” Pueblan su poesía rememoraciones infantiles, así aquella, cuando con su infantil amigo, el luego pintor famoso, Néstor, escapan de la escuela y se refugian en el cementerio, lleno de musgo y soledad; y en medio de un silencio que solamente rompe el rumor sordo del mar, sienten cómo sus almas se van hinchando de misteriosos presentimientos.

Era un jovencito, “endéble y movedizo”, que recitaba con una

quejumbrosa voz unos artificiosos romances en -ía, cuando conoce por primera vez a D. Miguel de Unamuno, que actuaba como mantenedor de aquellos Juegos Florales: un locuaz y sabio mantenedor, que tan profundamente hablaba, y con tanto calor y desgarrado y casi trágico acento, que sus palabras iban directas al corazón de su adolescente auditorio.

Un día nos hallamos con los pies juntos en el umbral de la adolescencia. Sentimos que nuestros cerebros están llenos de ilusiones rosadas, de ansias felices, y que imposibles deseos toman vida y color entre otros vagos pensamientos. Presentimos que una vaga ternura hacia todas las cosas va emergiendo de lo más hondo de nuestras almas. Alonso Quesada hemos visto que era un adolescente tímido y soñador. Y gustará de escaparse, naturalmente, en busca de la mar. Hélo aquí, desnudo y solo, sentado sobre una pelada roca, oyendo el rugir del mar. Y, en la lejanía, ahora que ha vuelto el rostro, vislumbra unos montes volcánicos y encendidos. Todas estas tierras las sueña luminosas como su niñez, y va surgiendo el hermoso poema que más tarde escribirá:

*Tierras de Gran Canaria, sin colores,
¡secas!, en mi niñez tan luminosas.
Montes de fuego donde ayer sentía,
mi adolescencia el ansia de otros lares.*

Vuelve a oírse la mar como un susurro. El poeta sueña: sus ojos huyen a la par del velero blanco que corta el horizonte. Lo mira tan fijamente ilusionado que se siente uno de esos pájaros marinos que se posan en los mástiles,

Pero este adolescente es hijo de una familia modesta, y él, que soñaba como todos los adolescentes provincianos, ¡cándidas almas!, con la conquista literaria de Madrid, se ve un mal día, por la muerte imprevista de su padre, ganando el pan de una infeliz manera, como escribiente de una oficina colonial inglesa, para sustentar a seis mujeres. Trabajo duro y monótono, de números, propio de un hombre práctico, ¿cómo no ha de herir este cerebro que odia al mayor y al diario? ¡Cuán amargos los días de laborar eterno! Y ¡cómo anegan el alma las grises aguas del tedio provinciano!

¿Veis?: la oficina está llena del oro salino del verano. Alonso Quesada revisa, pausada y desdeñosamente, un cálculo, y de vez en cuan-

do mira el despejado azul. Zumba la burla británica, ingrávida y grave: “¡Ah, el amigo Byron! Pero ¡cómo se vengará el poeta hiriendo el puritano fervor de estos ingleses rubios y castos! ¡Oscar Wilde fué el más grande corazón de Inglaterra!” Y todos callan, silenciosos y ruborizados. ¡Oh el humor británico!

Noche otoñal; oscura, pero muy serena. Alonso Quesada pasea por un silencioso y solitario camino. Lejos, ve cómo brilla el cementerio provinciano, batido por el rumor de las olas. Siente cómo de su corazón se levanta como un vaho de ternura por esos solemnes y vulgares instantes del vivir provinciano:

*¿No has meditado nunca en esa losa
que ha de tener una memoria escrita,
y en esa tenebrosa luz de lámpara,
que enciende la piedad de la familia?
¿O en aquel padrenuestro extraordinario
que siempre cantan en la despedida?
¿O en ése —¿de qué ha muerto?— que florece
en estas tardas bocas de provincia?*

Siente Alonso Quesada una predilección especial por su cementerio provinciano, que no hemos de confundir con propensión romántica por lo funerario, y no es sino uno de los rasgos de esa honda ternura que siente su corazón por los lugares vividos de su provincia. Por otra parte, este cementerio lo recuerda la dicha luminosa de su niñez o le da pábulo para soñar con este exótico nombre de “Ericka”, escrito en una lápida, y que debió ser el de una joven bella y desconocida, que murió, lejos de su Patria, a los veinte años. Y este mismo cementerio le hará meditar profundamente sobre la inanidad de la vida al contemplar la tumba donde echarán sus huesos, vecina de esa otra remota fosa donde enterraron, no hace muchos días, a un amigo querido.

¡Ay!, es tan monótono el vivir provinciano, que nos hace amar todo cuanto nos rodea. Este débil y amarillo canario, que tan agudamente trinaba, y que ha aparecido hoy muerto en su jaula, puede ser motivo de una elegía para un poeta provinciano:

*¡El pájaro de oro se ha evadido
por un rayo de sol de la mañana!*

Día de fiesta en la colonia inglesa. Erguidos, flemáticos, ostentando con un cierto puritano pudor sus relucientes *smoking* negros, los ingleses conversan y pasean por esta ancha sala engalanada, donde el poeta ha entrado, tímidamente. El director le ha mirado muy fijo y sonriente, como pidiéndole aprobación con la mirada. En un ángulo de la sala, rubias inglesitas impúberes, charlan animadamente. Alonso Quesada ha bebido café muy caliente, cuando, inopinadamente, se colocan delante, majestuosas, con un azul fulgor en los ojos, dos inglesas con sendos bolsos de postulación. Pero la moneda no cae; el pobre poeta no suele llevar consigo sino ensueños, y, como ante su destino, se entrega fatalmente.

Este claro día se enterrará una jovencita inglesa. Es una figulina adormecida en su blanco ataúd. Se desprende de su cuerpo el perfume de las flores, que casi la cubren. La colonia inglesa ha desfilado grave y cortés. Pero Alonso Quesada en un oscuro rincón del cementerio medita: Esta inglesita ha muerto lejos de hermanos o parientes que le cerraran los azules ojos. Esta jovencita ha muerto rodeada de miradas extrañas, y su alma provinciana y esencialmente hogareña se revela ante la dureza del destino, y le va inundando una amarga piedad, aun cuando todo acabe luego en una mueca de sombrío humor.

Alonso Quesada vive cercado por la monotonía; naufrago en este lago de quietud provinciana; pero, de pronto, esta calma es rota trágicamente. ¡Negra fecha inolvidable!: 30 de junio de 1913. Su madre ha muerto. Y es el dolor tan inexpresable, que casi se trueca en mudo estupor: lo ahoga en su sangre. "Dolor último", le llamará el poeta. ¿Qué infinita amargura es la que asciende en forma de olas del corazón a la garganta? ¿Por qué este tedio provinciano, casi dulce por la costumbre, antes, va apretando como un duende cruel con sus dedos huesudos el corazón?

Debió ser acontecimiento maravilloso la publicación en Madrid de su libro *El lino de los sueños*. Año de 1915; tiene sólo Alonso Quesada veintinueve años. Se publica con portada y retrato del autor, por Néstor, su amigo de la infancia, y con una epístola, en verso, de su amigo mayor Tomás Morales. El prólogo, hondo, emocionado, penetrante, es de su maestro y amigo D. Miguel de Unamuno.

¿Qué caracteres tiene la poesía de Alonso Quesada? Ya nos ha dicho Unamuno: "Poesía seca, árida, enjuta, pelada, pero ardiente." Diremos nosotros: Alonso Quesada es un poeta que canta con voz propia.

Su poesía es íntima, vivida, profunda, emocionada: brota directamente de su corazón. Tan desnuda quiere ser esta poesía que las más de las veces su forma expresiva es el endecasílabo libre usado en un cuarteto, o bien el endecasílabo asonantando. Cuando la composición está escrita en el metro endecasílabo libre, como los diez poemas que constituyen la serie "Los poemas áridos", un endecasílabo agudo final suele redondear el ritmo poemático, tan peculiar del poeta. Aunque no tengan la hondura y calidad lírica de esta serie ya citada, la parte titulada "Los ingleses de la colonia" tiene un valor narrativo combinado con exótico perfume lírico. "No sé por qué misteriosa magia —decía Unamuno—, esos poemas de los ingleses de la colonia tienen algo de inglés, a la manera de la sutil y casi impalpable poesía inglesa." No recuerda tampoco a ninguna voz inglesa, se ha señalado a Meredith, como se ha hablado también de una influencia de Antonio Machado —¡oh, las influencias, Dios mío, a cuantos desvelan!—, cuando no es sino una coincidencia temática. Y, a veces —¿por qué no?—, pudiera ser influencia, pero robustecida, disuelta, en la voz, tan auténtica, de este poeta. Voz propia, de tan honda intimidad, que aún no se ha oído bien en el estruendo discordante de voces sonoras, pirotécnicas, policromas, desusadas, originales o atrabiliarias de tantos poetas antologados o antologizables. Alonso Quesada es uno de esos contados poetas que nos llenan profundamente el corazón de emoción y poesía.

Decía Angel Valbuena Prat: "Quesada es uno de los poetas canarios más típicos: acaso el más isleño de todos. En pocas obras se nota tanto como en su libro la tristeza de la soledad." Y señalaba también las esenciales características del alma canaria: el aislamiento, el cosmopolitismo, la intimidad y el sentimiento del mar, que son, precisamente, los rasgos característicos de la poesía de Alonso Quesada.

El sentimiento del mar es nota, ya lo decíamos, que caracteriza la poesía de Quesada. Conversa con el mar como un amigo, y le cuenta sus cuitas, o lo ve, tempestuoso, rompiendo contra los peñascos. En toda su poesía se oye latir el mar; de él viene esa fresca brisa que orea esta poesía tan ardiente. Hasta Juan Ramón Jiménez y poetas posteriores, la poesía española no ha olido a mar. Y hasta Tomás Morales no hemos tenido un poeta del mar. Por eso, oigamos por un momento la opinión de Antonio Machado: "Necesitamos de poetas marinos, hemos tenido muchos, tal vez demasiados, de tierra adentro que olvidaron cómo esta Iberia triste no es sino un *Finis Terrae*, un ancho

promontorio, erizada de sierras de la Europa Occidental." Desde entonces a acá hemos adelantado algo en este sentir y cantar la mar. Pero, ¿qué poeta sería capaz de expresar todo lo profundo que hay dentro del silencio marino?

Se ha creído, generalmente, que Tomás Morales es un poeta de más importancia que Alonso Quesada, y los insulares suelen considerarlo como más representativo. Creemos en cierto modo no es así. Alonso Quesada es un poeta más lírico y hondo que Morales. Carece de toda esa deslumbrante retórica de Morales; su poesía es menos sonora y coloreada, también de menor riqueza verbal. Sin embargo, Alonso Quesada ha conseguido asombrosos momentos de poesía, que en vano quisiéramos buscar en Morales, a pesar de su ritmo orquestal y pomposidad retórica. ¡Cuánta emoción en esta estrofa de Quesada!:

*La tarde entera tiene
la suavidad divina de un secreto:
¡Parece que me dicen al oído,
con todo corazón, que estoy viviendo.*

¡Qué acento más puro y penetrante!

Alonso Quesada vino, por fin, a Madrid. Nos consta su estancia porque aparece en el libro *Pombo* como contertulio del viejo y literario café, sagrada cripta del polifacético Ramón. Allí, en el libro citado, podéis leer un muy ingenioso poema dedicado a Ramón Gómez de la Serna, y en el que nos describe el indescriptible escritor. Pocos días debió vagar por este ruidoso Madrid, y tal vez éstos añorando el silencio de su rincón provinciano.

¿Cuándo conoció a Gabriel Miró, el levantino de la prosa luminosa, sensual y perfecta?

Durante el año 1923 colaboraba en la revista madrileña *La Pluma*. En el número II de dicha revista hay una extraña poesía titulada "Teatro clarucho". Otros poemas allí publicados los hallamos impregnados de una amarga tristeza de enfermo. Hay en ellos esa desolación nihilista característica de sus últimas creaciones. Ya no es solamente la vida un hastío, sino que nos dice:

*...y vi que la muerte podía ser un hastío,
acaso un hastío mayor*

Sin embargo, en una poesía publicada en el número 26, titulada "Mar mío, mar de todos", hay un hondo pensamiento acerca de la inanidad de la vida:

*¿Dónde está el tiempo,
el tiempo que anda y se lo lleva todo,
amor, dolor y pensamiento?*

No es Alonso Quesada poeta muy conocido, y menos lo sería de no haberlo incluido Gerardo Diego en su magnífica antología, que ha contribuido a darlo a conocer. Poeta provinciano, aunque lleno de ansias cosmopolitas, alejado de Madrid, y con un solo libro poético, difícil de hallar, ¿quién sabe si hoy yacería olvidado, esperando esa mano de nieve de que hablaba el poeta.

Murió Alonso Quesada en 1925, casi en la juventud, a orillas ya de la madurez. Había ido a Santa Brígida, pueblecito cumbreño, para buscar remedio a sus dolencias, con su mujer e hija.

Place hablar de un poeta tan verdadero en estos tiempos, de un poeta que no expresaba sino aquello que estaba oculto en lo más hondo de su corazón. Y ¿no será acaso la poesía esa vibración que, de pronto, nos sobrecoge y nos eleva emocionados?—JUAN RUIZ PEÑA.

EL DESTINO DEL PENSAMIENTO GRIEGO. PERICLES ANTE EUROPA (1).

UN poco paradójicamente, a lo Papini o Chesterton de entonces, Tertuliano, pequeño Bernard Shaw de Cartago —esa Irlanda del mundo antiguo, llena de santos y herejes— formuló una vez esta impertinencia: "amo el ignorar". Bien nutrido él mismo de retórica, de dialéctica, filósofo y charlatán, aun creía que sabía poco. Se moría así de ignorancia el clásico —pues eso es amor, morirse—, de hambre de sabiduría. En cambio, nuestra época muere, justamente —o precisamente, por ello—, porque sabe demasiado. Desde el Renacimiento acá, el hombre padece la faústica congoja de la ciencia. Sus inventores,

(1) José Gregor: «Pericles. Grandeza y tragedia de Grecia».

Newton, Leibnitz, Bacon y el propio Fausto, los que sustituyeron por movimientos naturales los procesos históricos y por física el espíritu, son también sus víctimas.

Por este afán de saberlo todo dispersivamente —la especialización, el periódico, el cinematógrafo—, desalmadamente, no sabemos nada y aun ignoramos lo que somos. Hoy el gran tema de nuestro tiempo es el de saber lo que cada uno es: La filiación. Esto se advierte sobre todo en el panorámico recorrido que hace Julián Marías en su libro *El tema del hombre en la Filosofía*. Cuando pasa del Renacimiento, el hombre comienza a vacilar, sin inserción posible en sí mismo. Sin anclaje. Vivimos una época de conversiones. Pero toda conversión, decía Pascal, iluminado de luz, es un pequeño juicio. Deberíamos por comenzar el juicio de nosotros mismos. Como en las prisas de una época, que es dinámica frente a la Edad Media que era extática, no tenemos tiempo de nada y nos vamos a estrellar; todo es confusión. Y lo que ocurre en el ámbito individual ocurre también en lo colectivo. Socráticamente, desde el siglo de las nacionalidades —una consecuencia del Renacimiento—, a pesar de tanto libro —o por lo mismo— ningún pueblo ha adquirido su propia conciencia. Por ejemplo, el inglés se cree heredero de Grecia y de Roma, cuando Cecil Rhojes no fué sino un púnico. El francés, al que le han gobernado tres Repúblicas de laicos, sigue creyendo, como en época de Santa Juana, la doncella de Orleans, que es el pueblo elegido por Dios. Rusia, en tiempo de Nicolás, creía que era una autocracia, cuando era un país gobernado por diez mil burócratas; y todavía hoy se cree —y creen los demás— que es un país revolucionario, cuando vive en la época del feudalismo de Pedro. Hace unos días, Croce ha opinado sobre el liberalismo romano, sin pensar que Roma, cuando ha sido, fué Imperio, y si no, no fué nada. Hasta Clemenceau volvió del otro mundo, con una frase ingenna: “América es un país que no tiene ideas generales y tiene mal café”. Los americanos, tal vez, pero no América.

En realidad, lo que nos pasa con las definiciones es que a fuerza de especialización hemos llegado a una autarquía espiritual, tan insuficiente como la técnica, o como la autarquía religiosa, que con Enrique VIII o con Lutero se llamó protestantismo. Andamos preguntándonos —desde que el mundo, dejado de la mano de Dios, se astilló en mil herejías—, lo que somos. Tal vez nos tenemos que preguntar por nuestros pecados si es que vamos a seguir siendo. Y, sin embargo, el europeo, al

que un siglo de liberalismo no le ha quitado la conciencia de tal, sabe que Europa es. Que Europa existe. Y aun que es muy vieja.

Desde los griegos. Desde Maratón, desde Platea y desde Salamina. Creo que fué Demóstenes, en una de sus "filípicas", el que dijo que desde entonces la palabra Termópilas exaltaba tanto a los griegos, que no podían soportar que un rey extranjero pasara por allí. Perdón. Lo que quiso decir en ese lenguaje, en esa habilidad ática de nombrar las cosas sin pronunciarlas, no es, literalmente, esto: sustituir griegos por europeos y extranjeros por persas, por asiáticos, por bolcheviques. Este es el origen —sin indicarlo— del libro reciente de José Gregor, que comentamos. Los supuestos dramáticos de esa época son los mismos que los de la nuestra. Pero, en todo caso, las soluciones no lo son. Demóstenes creía en la democracia. Hoy sabemos que interpretando así las cosas nos puede ocurrir lo que acaeció ayer. Que Filipo alcanzó la categoría de griego y la ayuda de los partidos helenos. Lo que pretende el bolchevismo, buscándose en todas partes "partisanos", Frentes Populares. Y no es que me sea simpático Demóstenes, en cuanto el más griego de los griegos, el más liberal, el más abogado; pero sí lo es por ser, de un modo opuesto, el más europeo de los griegos. Frente a Esquines —Mettternich de pequeños congresos de Delfos, alegre de vestales, zurcidor de enemigas alianzas—, yo lo prefiero, ya que él es el último en creer, como Napoleón, en el cosmos europeo de Atenas. Sólo que, demócratas en el fondo, ambos confiaban en los *sans-culottes* del demos, de París o del ágora; y cuando Demóstenes decía: "adonde van los ciudadanos de Atenas van también los dioses de la ciudad", me parece oír en el fidiaco cortejo de las panateneas una revolucionaria *Marsellesa* de su época.

En realidad, adonde habían ido los hijos de la Patria fué a Platea y a Salamina. Y no a morir por la *polis*, estrecha, municipal y thermidoriana, sino a tender la espada y el escudo por Europa, construcción más grandiosa y profunda en esa época de lo que se supone. Fué Herodoto el que tuvo una sólida convicción continental de europeo. Y tras Salamina, Esquilo —al que Voltaire llamaba bárbaro, pero que combatió por la civilización, mientras que el enciclopedista se entusiasmaba por lo persa y lo colonial, es decir, por lo enemigo de Europa y su cultura—, Esquilo representó sobre el pedestal de todo un mundo antiguo, como en un *plató* cinematográfico, su *Trilogía*. Y no es que ahí el hombre se las eche de hijo de Zeus, de mismísimo Dios,

porque, con perdón de Voltaire, eso sólo lo creen los que creen en la razón, yendo por las plazuelas y los salones elegantes y frívolos de la ilustración, y contando, sabe usted, que ellos son los dioses. Frente a la razón, el griego creía sólo en los mitos. Y en ese ethos quiliástico de *Prometeo* hay algo más grandioso. Ahí, en esa roca, está clavado el destino, la *moira* de Europa. D'Annunzio y Nietzsche vieron en él al superhombre: El hombre elevado a su dimensión europea. Esquilo es el más europeo de los poetas hasta Goethe, y el fuego que Prometeo robó es la chispa con que Demóstenes intenta incendiar la conciencia griega. Después, un sol pálido sobre la muerta cultura griega.

Grecia murió cuando no entendió a Europa, o quizá al entenderla, precisamente. En época de Demóstenes había mucho demos, mucho Congreso de Delfos, y esto es lo que mató y le mató a él, como antes la propia enfermedad de Atenas mató a Pericles. Su época es la más próxima a nosotros, europeos de hoy, y el libro reciente de José Gregor viene a recordárnoslo. Al lector no se le escapan muchas oposiciones, pero tampoco muchas sugerencias y claridades.

Cuanto creemos hoy que es novedad, resulta que ya es viejo. No sólo lo del ser de Europa, sino también su peligro de no ser. El mundo antiguo poseía esta intuición de que Europa —una existencia histórica— estaba en riesgo y sabía bien por dónde soplabla el viento. Empédocles, anticipándose a Berdiaeff —que ha recorrido el camino que va de Bizancio a Grecia— sentía por una Edad Media, posible entre los clásicos, igual éxtasis, igual misticismo. Edad Media y Clasicismo se comprenden mejor de lo que se cree. A pesar de todas las óperas de Policiano y de la afectación de la corte del Rey Sol y sus fascas joviales, es el otoño medieval, con Saint Gregoire y Von Hartmann, el que más esencialmente vive la nostalgia griega. Más valen el romance del siglo XII de Tebas y los 30.000 versos de la *Iliada*, de Benito de Saint Moore, que cuantos pasos de danza dan las madamitas de la corte de Versalles, fingiéndose pastoras republicanas de una Arcadia que traduce al endecasílabo el ditirambo. El Toisón, cuya orden suponía un juramento por la Virgen, la espada y el cisne, tiene también un linaje de vellocino de Jason, de Cólquida y de doradas islas homéricas. Herberto de Fritzler y Conrado de Würzburg recogen para Alemania un rayo de este resplandor clásico, y será en su Patria donde la polémica en torno a Homero resuené. Negarle, es negar el mito. Negar el

mito es negar Grecia. ¿Adónde iríamos por aquí? Pues a negar Europa. Y, según Gregor, hace cien años venimos negándola.

Con buen talante, el caballero Raimundo del Bosque, natural del mediodía de Francia, tierra de la Tarasca, del Ródano, de la vida y de castillos en el aire o en las nubes, sale a los caminos, allá en el medievo, anticipándose a Don Quijote, y no falta quien le crea un Ulises retrasado. Ulises, Don Quijote o el caballero de Tours, que yo he visto anclado junto al Loire. ¡Qué más da! Muchas Universidades lo creen. Y hablando de Universidades: Plutarco, rencoroso, que enseñaba en una Atenas que si se parece a algo es a Harvard, donde las propias musas tenían algo de platinadas *girls* del Ronik, negaba que Europa fuese Grecia. Para él Grecia se había divorciado de Europa, y volviéndose de espaldas, se había orientalizado o yanquilizado. Así fué con el bizantinismo.

Si el medievo es la primera añoranza de lo clásico, la Francia de Luis XII es la segunda, y entonces se crea la "Antígona" francesa. Con más exactitud que el *ballet, Royal de la Nuit* —que era del poeta Benserade— en honor del Rey Sol, con sus encajes y su armadura plateada, y donde Zeus es como un Clark Gable.

En su tercera etapa, el destino helénico salta los Alpes. Heidelberg y la corte de Federico III son como un arrabal de la propia Acrópolis. Jamás se creyó en Platón con tanta fuerza como creyeron Sebastián Brant y Gesler de Raisamber. El clasicismo vivió ahí un opulento caso, quebrándose en dodecaedros de cristal. Es lástima que Lutero nacionalice el Olimpo. Pero el hijo de un zapatero, Winkelmann, puede escribir gruesos tomos de erudición sobre Grecia, sobre Homero y hablar familiarmente con Zeus. En Lessing, más erudito, lo principal es lo alejandrino. Schiller, mordiéndose la cola, pensando lo clásico al estilo democrático, cree que la Revolución Francesa fué una época fidiaca dada en una raza mezquina: Sus *Bandidos*, es una estupenda declamación en el Agora.

Llevado a estas extremas consecuencias, será Holderlin el que lamenta haber echado a perder el helenismo mezclándolo con lo moderno. Su *Diotima* anuncia el fin de la cultura europea. Y cuando Nietzsche le sucede en este camino del pensamiento clásico, la flauta mágica del verso se eleva a ópera wagneriana. El buen profesor, sintiéndose Zaratustra, ve cómo en su cátedra de Suiza un joven alumno capta con avidez un rayo en sus luces: Es Burckardt. Confía

Nietzsche la salvación de Europa al retorno de los mitos. Pero es curioso, que mientras él asistía, impotente, a la destrucción de la ideología clásica, bajo sus pies Schliemann, Dörpfeld, y luego Curtius, descubrieran ya las ruinas literales de ese mundo en Troya, Delos, Delfos y Olimpia. Pero es que Nietzsche y Burckardt no hablaban del pasado, sino del futuro. Y es lo que subraya este libro: Que lo que el pensamiento griego, de Empédocles a Nietzsche, ha temido puede llegar en cualquier minuto.

De haberse retrasado un poco, Nietzsche no hubiera sentido wagnerianamente, ante las aguas muertas de Venecia, la crisis de los supuestos patéticos del pensamiento que ha asegurado la pervivencia de Europa. Sino lo hubiera padecido en su carne y en su alma. Porque hoy Europa está de cara a ese peligro.

Al autor de *Pericles* le acomete un desfallecimiento. Con los datos históricos de una época remota cree que a nuestra liberación de una amenaza de invasión por el este, ha de suceder, por la misma desaparición de esta angustia, una forma de gobierno también clásica. ¿Sentimos por cuarta vez el vacío que dejó la muerte de la Grecia antigua? Gregor enfrenta a Europa con sus mitos como única solución, en las páginas finales, donde late una oscura angustia. Olvida que estos mitos son lo más clásico, pero no lo más cristiano. Y el cristianismo es eso: una esperanza cuando no hay ninguna. Lo demás, sí es mito o clavo ardiente adonde agarrarse.—J. L. GÓMEZ TELLO.

PELIGROSA AVENTURA

«**E**SPAÑA mi natura, Italia mi ventura y Flandes mi sepultura”, decían.” Luys Santa Marina acaba de titular con el segundo epifonema un delicioso libro que osténtase sobriamente por los escaparates. De concepción más ambiciosa que su anterior *Retablo de Reina Isabel*, más tierna de lenguaje que *Cisneros*, esta colecta de avatares, editada en gentil paramento, es lectura de extraordinaria sugestión. La prosa de Santa Marina, sin perder abolorios, se ha agilizado ostensiblemente. Menos minucia y más mimo, con lo que cumple por doble su fin; que nunca, a ver de quienes tan bien le conocemos a él, se propuso el escritor pegujonearla de infructuosos detalles, sino cumplirla

con los propios. No imaginan muchos la especie de sensibilidad que pone a renuevo Luys en su retórica. ¡Cuánto estremecimiento apulpa tal tosquedad! ¿Pues llevaría, si no, la elegancia y el garbo que le numeran como uno de los primeros de nuestros prosistas?

Peligrosa ventura, ésta de Italia, sin embargo. Españoles y franceses rivalizan en hidalguía y en espada. ¡Qué buen caballero, Mesir Guillén de Villeneuve, que empieza el relato! Defensor heroico de la fortaleza de Trana, con sólo nueve hombres, le condena Don Fadrique de Aragón, una vez sangrientamente vencido, a galeras, a “escribir en el mar”. Un compatriota —L’Esparre, de la casa de Albert—, que rema en otra, pide al alcaide por verle (aunque hablar no les dejan). “Allí estaba, a popa, sin manto, *bien pouvre et très-piteux de sa personne*; le tuvo lástima y le dió la mitad de lo que tenía: diez escudos. (Y eran prestados.)” A este Villeneuve llama, por fin, Don Fadrique —Dios sabe los meses que eran pasados, va el galeote—, y le reprocha hubiese pensado entregar Trana a los venecianos. “Al buen caballero se le subió esta vez el San Telmo a las gaviás” —escribe Santa Marina—. Protesta, indignado, de la imputación, y, “coñ su venia y licencia, estaba dispuesto a mantenerlo con la espada, en la popa de aquella galera, y arrojó en el corro su *gage de bataille*, es decir, su guante de desafío, que él sabría de dónde sacó”.

Y era buena la vida de forzado... “El mal dormir en una saetera, hecho ovillo como galgo, y por cabezal una rodela; el mal comer: el bizcocho agusanado, el capón de galera, las menestras finas —arroz y garbanzo— y las ordinarias —frijoles y lentejas—, y, de pascuas a ramos, sin metáfora, un bocado de carne cecial o de atún, y eso cuando lo había, y si no mascar celajes; vino, ni pensarlo, eso era para los hombres de cabo: agua turbia y pesada, y a veces el agua-lluvia que caía... La gaveta, el chipichape... Y las maniobras del navegar con palamenta; boga larga, arrancada, picada, por cuarteles, de llano, embestir de romanía... y palo si bogas, y palo si no bogas; y los trabajos: hilar los guardianes, hacer estoperoles de las filastras viejas, entollar cabos quebrados, torcer juncos, dar piedra y arena... ¡La vida de la galera déla Dios a quien la quiera!”

Verdadero modelo de buen decir —aparte el episodio— es el capítulo “De Barleta a Cherinola”. Allí, Pedro de Paz, ensartado en pica de enemigos que le arrojaban de lo alto de una torre..., “porque, cuando combatían, les habían dicho palabras muy deshonestas”. Allí, el

gran Gonzalo de Córdoba, viejo casi, que floreció ya “la almendrera en sus cabellos”. Allí, los García de Paredes, los Zamudio, los Vera, los Fieramosca, los Colonna... Después de Cherinola mandó cavar Gonzalo grandes fosas para los muertos enemigos. “Pagó (a los enterradores) medio real por cuerpo, y montó la suma tres mil reales corridos.”

Soto Mayor y Bayardo, el buen contador Pedro Gómez de Medina, Pedro de Médicis, Hugo de Moncada, aquel Navarro que, con Cisneros, ha de tomar más tarde Orán... Tales son los héroes de este considerable libro, de perfecta prosa y avezados hechos, ventura italiana de nuestros mayores, y ventura muy a tiempo para las letras de hoy.—FÉLIX Ros.

LIBROS

TALLEYRAND Y SU TIEMPO

AL *Fernán González* de Justo Pérez de Urbel, al *San Juan Crisóstomo* de Félix Arrarás, al *Cervantes* de Espina y al *Nelson* y al *Zumalacárregui* de José del Río Sáinz, sigue en las *Vidas*, de Ediciones Atlas, el *Talleyrand* de Héctor del Valle, autor del *Mozart* con que se inicia la serie. ¿Quién es Héctor del Valle? Desde el libro, una madurez colmada de dones que mitiga la brega con un aire de juego responde ¡yo! Y ese idioma que es un filtro de luz que depura experiencia ya decantada y ese *ars narrandi* y ese toque acerbo de moralista a veces, nos lo corroboran. Es él... Es un escritor de raza y un maestro del periodismo que alía siempre la exactitud con la levedad y la gracia. Se lee el *Tayllerand* a largos sorbos, y se cuentan los hallazgos por páginas. Carlos Mauricio de Talleyrand Perigord es el príncipe de la diplomacia secreta. Hemos nosotros, antes de ahora, elucidado más o menos transparentemente la distinción entre diplomacia secreta y diplomacia oculta. Convenía entonces recordar al embajador que en el óleo de Bronzino lleva una máscara en la mano. Esa pintura está refutando las objeciones que nuestra distinción entre las dos diplomacias suscite. El embajador no recata su secreto como un castillo militar su foso, sino lo muestra para que no lo exploren. Hijo de la Venecia, que después de la Liga de Cambrai se alía con el turco y vende su alma a la usura, se bate con lo tiene: doblez y no fuerza. Hemos leído en un teólogo que cuando el diablo se esconde más, es cuando nos muestra su mitad originaria de ángel. Se puede ser teólogo de muchas campanillas como ése al que leímos e ir al infierno. El juez más versado en decretales y pandectas puede ser, asimismo, un juez venal. Sin paladar era Careme cocinero de príncipes, como Talleyrand, y príncipe de los cocineros de la Europa del Congreso de Viena, y ganó batallas aun después de muerto. No han sido nunca los embajadores más redoma-

dos los que mejor han servido a su patria. No hay negociación empero sin una cierta astucia que desconcierte a tiempo. No la había hace siglos, no la habrá en el futuro, del que nos es invaticinable todo, ya que se teje, como los tapices de alto lizo, por el revés. La mudez como el sigilo son armas y duplican casi siempre la fuerza. Dos acciones inequívocamente diplomáticas son callar y esperar entre atenciones al adversario. ¿Atenciones? Sí; y el buen diplomático se las guarda a aquél contra quien trabaja. El “con” y el “contra” son conjunciones idénticas para quien negocie diestramente. Las requisitorias contra la diplomacia secreta no son de ayer: con armas que los libelistas del siglo XVIII han relegado a sus panoplias, la combaten las Constituciones de Francia. La Convención, más realista que las Constituyentes, segura de que la Francia de Richelieu “asesora de la Providencia”, no es como era el centro de gravedad en las constelaciones de Estados de Europa, autoriza al Comité de Salud Pública a que negocie secretamente. Pero el Espíritu, aunque según la Escritura sople donde quiere, en ningún cuadrante escapa a la letra que sabe apresarle. La letra, como la ley y como la liturgia —no nos cansaremos de repetirlo—, vivifican al mismo Espíritu que baja del cielo. Ningún mensaje hasta que es redactado existe, claro está, de hecho. Hay diplomacia secreta hasta que se formule el convenio, y una vez que se formule, el secreto está vivificado por la letra, que es el chorro de luz, o sea, ya no es un secreto. Cuando se dice diplomacia secreta se quiere aludir a la diplomacia oculta. Estos dos conceptos, al parecer iguales, son, en realidad, distintos, y en alguna ocasión contrarios. “Por poco —escribía Cambon— que se haya tenido la responsabilidad de los asuntos de un país en el extranjero se da uno cuenta de que el día de que no haya secreto en las negociaciones, éstas no existirán. En política, como en mecánica aplicada, el cálculo de las fuerzas no actúa sin el cálculo de las resistencias. Mil razones frecuentemente inconfesadas: el amor propio, los intereses, los prejuicios de la tradición, las pasiones de los partidos, pesan sobre los negociadores, y estos obstáculos no pueden superarse más que en el silencio y lejos de las miradas de las muchedumbres.” Añadamos que la diplomacia si no es secreta no es diplomacia; pero si es oculta, si es maquinación de Corte o de Cuarto militar, si es cábala, si es intriga o sobrerazón de Estado, no es diplomacia tampoco. No se la prohíbe Talleyrand, cuyos principios fluctúan, pero además zozobran. Desde el fondo de su palacio rige Carlos Mauricio Europa

y se sucede a sí mismo en la privanza cerca de Luis XVI, de Napoleón Bonaparte, de Luis XVIII, de Carlos X y de Luis Felipe. Han estado los cinco contra él, pero no sin él, que admite en sí el demonio, el mundo y la carne, pero sin vanagloria ni prisa. De un linaje viejísimo, Talleyrand venía al mundo a ser militar como sus mayores, pero una caída con fractura del pie le torció el destino para llevarlo al Seminario. Eso valía tanto como disminuirle ante su padre, Carlos Mauricio de Talleyrand Perigord, coronel de Granaderos Reales, con cincuenta antepasados en la carrera de las armas. Luis XVIII se lo dirá a Carlos Mauricio en la primera entrevista después de la restauración borbónica: "Nuestras casas datan de la misma fecha. Vuestros abuelos son tan antiguos como los míos, sólo que los míos fueron más hábiles, y por eso yo soy el que os digo: Sentáos, señor de Talleyrand, y hablemos." La sangre en Carlos Mauricio no se aviene a la jugada de dados del destino. Los cincuenta antepasados, redivivos en él, le escudan contra el desaliento. "Sé —le dicen— como tu linaje; impera, y sobre tu campo de oro trasvuele el águila. Nuestro primer mandamiento es el dominio." Acata este mandamiento Talleyrand y domina a los grandes de la tierra. La diplomacia, como el arte militar, que no es el de los torneos, agota la estrategia de ardides donde conviene. La agota Talleyrand, cuyo rostro imperturbable no necesita de la máscara que siglos antes el embajador de Venecia lleva en la mano. Le vemos en el libro de Héctor del Valle vencer y convencer a Papas y Soberanos, a embajadores, a grandes capitanes y a Asambleas que cambian como el mar de voces y de ecos. Cambian también las sociedades, y el príncipe, que es un clásico, inhibe el corazón cuando el romanticismo, en su actividad casi impúdica, llena las copas del siglo de las luces no con el *lacrimae Christi*, sino con el *lacrimae rerum*. Cuando Talleyrand es agente general del clero oye al Duque de Choiseul un consejo que le servirá para toda su vida: "En el ministerio he hecho siempre trabajar a los otros mucho más de lo que he trabajado yo mismo; es preciso no dejarse enterrar por los papeles." Talleyrand, en el viejo régimen, que es el de la dicha, como bajo el Directorio, bajo el Imperio, bajo los Borbones o bajo Luis Felipe, hace trabajar a sus secretarios. Aprende entonces también, con el arte de jugar en Bolsa, el arte de intrigar con el amor. No se pintaría a los franceses, según Rivarol, más que de perfil, si en el cuadro no figurasen ellas. También Talleyrand constituye en la juventud su círculo de amigas (la Condesa de Brionne, hija del Prínci-

pe de Rohan; la señorita de Montmorency, la Marquesa de Montesson, Susana de Jarente, Adelaida Filleul, etc.), y otros círculos siguen a éste con otras mujeres hasta Adela, y Talleyrand hasta que se caiga de viejo jugará a la Bolsa y al amor, que es para él más fiesta que suplicio, y que si no la fábrica de los mundos mueve al menos la alta relojería del Estado, que es entonces de veinticinco mil piezas.

Veintiocho capítulos en la obra son veintiocho estampas en que grandes figuras tienen al fondo grandes sucesos. Vemos y oímos al príncipe de la diplomacia secreta en los días de Bonaparte, de quien es gran Chambelán, bajo el Imperio, y después en los días de la restauración de los Borbones y en los del Congreso de Viena y en los de la Embajada en Londres y en los ya helados del arrepentimiento. En los últimos, Dantan el joven hacía un busto-caricatura de Talleyrand: "Rostro de momia, en efecto, como había dicho Chateaubriand; pero en la boca, si el labio inferior, grueso y saliente, parece expresar una avidez que todavía quiere sorber los goces del mundo, el superior se retrae en un inmenso gesto de desdén para todo lo que el otro apetece."

Memorias, epistolarios y biografías nos han familiarizado con los soberanos y los embajadores del Congreso de Viena: el Emperador Francisco I, o el Zar Alejandro, el Rey Federico Guillermo III o Metternich, el Conde de Nasselrode o Hardenberg, el Conde de Humboldt o Lord Castelreagh. Aun después de leído lo que hay de mejor sobre estas figuras, el libro de Héctor del Valle acerca del príncipe Carlos Mauricio, sin más que sus ciento cincuenta y ocho páginas, nos deleita, nos adoctrina a su modo, y nos hace pensar. No irá a nuestra biblioteca antes de que vaya a manos amigas. Hay que leer y releer esa vida bien narrada entre reflexiones que son experiencia, que Héctor del Valle ha acendrado en los crisoles más finos del idioma.—PEDRO MOURLANE MICHELENA.

LA POESIA DE CLEMENCIA LABORDA

A mí lo que me interesa es que Clemencia Laborda tiene un gran corazón de mujer, perpetuamente absorto y enamorado ante el mundo, y que lo sabe poner en sus versos con tanta tersura, con tan rigurosa y emocionada sinceridad que el lector siente en seguida el dulce

contagio, la cálida resonancia. Pero, ¿no es éste el único fin de un poema, de un libro, de la poesía: ser el vínculo entre dos emociones, la activa del creador y la receptiva y suscitada del que lee?

Hay que decir, en segundo lugar, que tal comunicación ha sido posible porque Clemencia Laborda posee una técnica perfecta. No es ésta una poesía de prolija filigrana, donde lo técnico o formal sea lo de más bulto. La autora —que ha aprendido muy bien en los alardes técnicos de los veinte últimos años de nuestra poesía— tiene lo que entiendo por verdadero dominio de la forma: el poderla utilizar para molde de su pensamiento y de su sentimiento, sin tolerarle alharacas o celo excesivo. Y por ninguna parte se ve el esfuerzo: todo parece gracia natural, clara y femenina. ¡Qué nítido el endecasílabo! ¡Qué exacta y expresiva la rima! ¡Qué fertilidad de imágenes!

Dicho esto, ya no me importa añadir lo que es inevitable: que este libro viene detrás de toda esa poesía de los veinte años últimos; que no es difícil nombrar los modelos; que esta obra no es valiente exploración en lo desconocido, sino bello final de una senda.

El debussyano título no es exacto del todo. En realidad, son “jardines bajo la lluvia” sólo los primeros poemas, unos cuantos sonetos y décimas de filtrada, temblorosa luz. Pronto navega el lector hacia mares más luminosos, que son precisamente aquellos hacia los que, a pesar del título, tiende naturalmente el alma de la autora. Se llega así a una parte central (*Versos bobos*) en la que al endecasílabo aconsonantado y a la décima sustituyen metros populares. Evidentes son aquí también los recientes recuerdos literarios. Pero no amenguan la virginidad de la visión del mundo que se nos ofrece. Casi todos los recodos del libro me gustan, pero tal vez sea aquí donde se hallen mis poemas preferidos. Deliciosos poemas de oficios manuales y profesiones: de carteros

*(Allí vienen los carteros
con sus nidos de palomas...*

—Para ti la blanca.

—Para mí la rosa...),

de barrenderos

*(Barrendero,
con la escoba te desposas,
y la arrastras por el suelo:
piensa que lleva el volante
sin dobladillo y con flecos...
Mientras van barriendo
—ras-ras, ras-ras—
las escobas cantan:
“Lo más lindo que llevamos
son cáscaras de naranjas”),*

del afilador

*(La rueda, rueda que rueda,
las chispas salta que salta...
¿Dónde van esas estrellas
que tan rápidas se apagan?)*

Pero aún en esta parte hay tres poemas que especialmente me me-
ven: “Marcador”, “Colegiala rubia con un paraguas abierto” y “Poema
de la Chapucera”. Es que en ellos —felices y gozosos de imagen, diáfa-
nos y tiernos de expresión— se transparenta como nunca el corazón de
la mujer; son ellos los que tienen un más invasor jugo de aventura
vivida, ese temblor que señala el paso de la vida al arte. En “Marcador
(canciones de cañamazo)” se describen en rápidos poemillas las dis-
tintas muestras de un marcador de bordar. He aquí dos:

NIÑA.

*¿Quién te bordó en el balcón
niña de corpiño verde?
No podrás bajar a abrir
cuando tu dulce amor llegue...*

CORAZÓN DE SEDA.

*Para hacerte, corazón,
¿cuántos pinchazos te ha dado
la niña que te bordó?*

Mas la joya del libro es quizá, para mi gusto, el "Poema de la Chapucera". La pobre chapucera:

*Un revés de raya en medio,
en una nuca sumisa;
por el derecho, temores
en paisaje de pupilas
y una carita escoltada
por trenzas color de espiga...*

la pobre niña torpe, elemento discordante en el orden blanco del colegio:

*En los umbrales del "no"
olvidaba las mentiras,
cuando lloraba dedales,
entre borrones y riñas,
arrastrando su vergüenza
por debajo de la silla...*

¡Pobre chapucera! Se da pinchazos, echa borrones, se le va el alma por la ventana tras las nubes... He aquí cómo Clemencia Laborda nos describe un borrón de la chapucera:

*La noche se iba volcando
sobre la tarde cerrada;
con cola de raso negro
la muerte se paseaba.
Orillas negras sin río,
supersticiones colmadas
en sombra, la mala sombra
iba midiendo la plaza
de papel, con cuatro esquinas,
sin farol y sin acacias...*

Sólo el sueño salva la tristeza de la chapucerita, el sueño consolador en el que Dios viene a levantarla de sus torpezas y sus infortunios:

*Floreció la niña toda,
como la rama de un árbol;
se le pobló el corazón
de alas y plumas de pájaros.
¡Allí estaba Dios, estaba
junto a la humilde, velando,
y con cuidado, con tino,
le iba guiando la mano!*

Al principio y al final, endecasílabos; y al principio, también décimas. En sonetos y tercetos prueba Clemencia Laborda su segura maestría. Si alguna vez se pierde en alegorías de lo pequeño (así en “Crepúsculo en el rastro”), se agiganta, se ahonda, cuando acierta en el tema. Por ejemplo, en “Danza”, admirable soneto dedicado a Falla:

*Con ritmo de elementos poseídos
la Danza pide danza y vuela y briza,
y la gitana gira y se estiliza,
presos de luz y sombra sus sentidos.*

*Crótalos de cristal, vientos tañidos...
La llama —de la danza fronteriza—
tiene el agua tan cerca, que desliza
madrigales de fuego en sus oídos.*

*El agua, el viento, el fuego, la gitana
y el acorde ritual que se desgrana,
jugándose la suerte a cara o cruz...*

*¡Cómo tiemblan el pájaro y el río!
¡Cómo tiembla la estrella en el vacío!
¡Cómo tiemblan las sombras y la luz!*

¡Cuánto habría que citar! Recuerdo, apresuradamente, un “Viaje” en tren, por tierra de Castilla, con esa nitidez de imagen, con esa feli-

ciudad de intuición que en tan alto grado posee Clemencia Laborda... Unos bellos tercetos en que el estar puestos bajo la advocación de Góngora y la abundancia de subidas imágenes, no desvirtúan la emoción primaveral, la evocación de ciudad (y ya de época) de un día vivido... Y sonetos... Y décimas... como ésta, suave, tersa, con lenta propagación de la mansa lluvia fecundante:

LLUEVE ABRIL.

*La lluvia regando edades
de hierba que al aire brota
va rimando, gota a gota,
divinas sonoridades...
Antiguo en sus mocedades
de agua, que a la tierra debe,
abril agita y conmueve
la juventud de la acacia,
y mientras moja su gracia
abril llueve, llueve, llueve...*

Me gusta mucho, en general, este libro de Clemencia Laborda. Hay en él un poeta. Le bambolean los gustos, las modas; le influyen dechados; pero no se destierra, no se desarraiga en él la jugosa raíz cordial. Nada se ha maleado, nada se ha falseado: la obra tiene un temblor, un susurro vital, auténtico, emocionante. ¡Ah, si la autora se pusiera con los ojos profundamente abiertos ante los temas elementales, ante los temas esenciales de la vida!

¡Y qué deseo me queda de saber lo que Clemencia Laborda escribirá en lo futuro! Yo espero que con su ágil técnica, con su fresca fantasía, con su corazón sangrante y apasionado, se ponga cara a la poesía, como hay que ponerse cara a Dios. Cara a Dios, que no tiene ni modas ni modos. Yo espero que así sepa sacar del eterno pozo las aguas exactas para su sed.—DÁMASO ALONSO.

VIDA Y LITERATURA DE VALLE-INCLAN (1).

POR tres veces, durante mi existencia, la mágica figura de D. Ramón del Valle-Inclán se ha plantado con aquél su esperpéntico aire ante mis ojos sostenidamente. La primera de ellas, yendo con mi padre por la Puerta del Sol —apenas recuerdo otra fecha que la muy imprecisa de mis pantalones cortos—. “Ese señor es Valle-Inclán” —me dijo—. “¿Quieres que le hablemos?” “No, no”, repuse yo, un tanto desazonado. Sus gafas, su sombrero, que a mí se me antojó entonces de alas más anchas que los corrientes, su capa, su larga barba y cabellera, me impusieron. “Es manco, ¿sabes?” —me dijo mi padre—. “¿Por qué?” Interrogué yo—. “Un duelo”, dijo él vagamente. Don Ramón, entre tanto, se había perdido entre la gente. La segunda vez, ya siendo mayor y solitario, leí la obra de Valle-Inclán avariciosamente, casi seguida. Todavía andan entre mis libros algunos ejemplares de aquel tiempo, llenos de notas y tachaduras, y uno de la *Lámpara maravillosa* tan singularmente plagado de observaciones personales, entre ingenuas y disparatadas, que jamás me he decidido a prestarlo a nadie. Por esta época lamenté de veras no haber accedido a la sugestión paterna. Entonces, cuando las *Sonatas* le cantaban a uno muy cerca del corazón, eché de menos aquella entrevista frustrada por mi timidez de niño literario. ¡Hubiera agradecido tanto poder recordar vivamente el estrechón de la única mano del gran escritor! Y, por último, por tercera vez, el bellissimo libro de M. Fernández Almagro ha hecho revivir entre mis manos, con la obra y el tiempo de Valle-Inclán, toda la afanosa juventud de quien, quizá para desgracia suya, conocía mejor la producción valleinclanesca, en una edad particularmente cinematográfica y de aventuras novelísticas servidas en gruesos tomos ilustrados, que las andanzas de Eddie Polo, Búffalo Bill, Sherlock Holmes y los numerosos capitanes de quince años o kiplingescos niños de la selva.

En este libro de Fernández Almagro, que es más que una biografía, puesto que *vida y literatura* es ya epigráficamente anuncio de existencia y *reflejo* de esa existencia —recordemos la habitual despropor-

(1) M. Fernández Almagro: «Vida y literatura de Valle-Inclán», Editora Nacional, Madrid, 1943.

ción entre ambos temas de la mayor parte de las obras del género—, la figura de Valle-Inclán cobra aquel su más profundo aliento de hombre y fantoche, de genio e intrascendencia, de poesía y verdad que adivinado queda al través de su obra. Toda la documentación material del libro está disuelta exquisitamente en un ascenso vital extraordinario. El tiempo, gravísimo enemigo del artista, y más aun del artista escritor, se distiende e intensifica en la obra de Fernández Almagro como en una vida *de verdad*: Valle-Inclán es en cada página aquel peculiar Valle-Inclán de un minuto y aquel que nunca dejó de ser el que devino al final de su existencia. Hay un equilibrio poderosamente pleno de humanidad entre la vida —ambición, sexualidad, esperimentismo, despecho, miseria, mentira— y la obra —genialidad, chabacanería, remilgamiento, influencia, invención—, que mantiene al lector a lo largo de cerca de trescientas páginas pidiéndose la explicación de una manera tan fácil —quizá tan trabajada— de sostener con la mera evocación el peso, el volumen y la ingravidez de esta difícil figura. Valle-Inclán a todos se nos ha antojado alguna vez un ser casi *exento* como una gárgola, tan capaz de escribir las *Comedias Bárbaras* como de volar sobre una escoba sin que todo ello, naturalmente, provenga sólo de la espectacularidad que él sabía dar a sus actos, a sus gestos y a sus palabras; había de haber mucho en él, en efecto, de ser misterioso apoyado muchas veces en la mentira; pero llegando muchas otras, quizá cabalgando sobre ella misma, a la verdad más verdadera y dramática. La dificultad de reconstruir la existencia de este escritor “contemporáneo y fabuloso” no es mucho más difícil, apunta ya Fernández Almagro, que la de recomponer la de un héroe antiguo. Tal vez su proximidad cronológica y el contenido y empécinado escándalo que rodeó su figura nada simpática a los más contribuya a ello. Pero he aquí el propósito del autor: aquilatar la verdad del arte de Valle-Inclán “sin deshacer por completo la extraña armonía en que se trenzaron la fantasía y la realidad”. ¿Está conseguido? Yo, al menos, modestamente, pienso que sí, y creo, además, que de la manera más difícil previsor y honrada que pudo proponerse el autor. Veámoslo.

Las dificultades previas que circundan la figura de Valle-Inclán son precisamente las de su singularidad en el campo de la literatura y la vida nacionales. Apenas nadie había escrito *como él* en nuestra lengua; apenas nadie tuvo una vida tan transparente y, a la vez, tan misteriosa; apenas nadie, en fin, estuvo tan cerca y tan lejos, al propio tiempo,

de su época y sus contemporáneos. Políticamente, fué carlista, republiicano y amigo —con una amistad que apenas duró hasta los tiempos finales de su cargo en Roma— de la U. R. S. S. Vitalmente, fué valiente y fanfarrón. Viajó menos que otros muchos hombres conocidos de su tiempo, por ejemplo, y apenas pueden situarse sus actividades durante los viajes. Toda su vida, como toda su obra, está llena sucesivamente de fragmentos opacos y fragmentos translúcidos. ¿Es verdad que llegó a sufrir miseria y, si lo es, hasta el grado en que él mismo lo cuenta en la carta del reloj y los niños a un antiguo amigo? Hay momentos en que se duda de un hombre que por fanfarronería arrojó sin moverse una pulgada el paso de un encierro de reses bravas y en otro contó que el brazo perdido de un bastonazo lo había cortado él mismo para entretener a un león en la selva, hasta qué punto situado exactamente es verdad o mentira cada cosa y si no tienen todas las suyas por igual un poco más de mentira y verdad que las de cada uno. “¡Salve, risueña mentira, pájaro de luz que cantas como la esperanza!”, exclama él mismo en una de sus *Sonatas*. Todo ello ¡tan extremadamente literario...! He aquí, pues, la dificultad suprema de conocer siquiera algo a un hombre a quien todo el mundo conocía tanto. ¿Puede sostenerse *científicamente*, a la hora de la biografía formal, por qué Valle fué carlista, sino apenas por lo que él mismo dejó dicho? Y, lo que él dijo, ¿puede tomarse como una verdad transmisible a pies juntillas? ¿Qué hace Valle-Inclán, dónde se esconde, dónde se exhibe, dónde publica de una fecha a otra? Cuando va por la calle rodeado de amigos, cuando en su tertulia del Café Madrid pontifica sobre la esgrima, ¿qué minúscula o importante verdad podrá recogerse luego que él no haya desmentido después, o que, por el contrario, haya seguido flotando brillante y fortuitamente a lo largo de toda su vida sin otra comprobación?

Fernández Almagro conoció a Valle-Inclán y aun sostuvo correspondencia con él. Quizá varias veces hablaron y el presunto biógrafo oyera a su biografiado presunto muchas afirmaciones y negaciones sobre tal o cual materia. ¿Y qué? Imagino que la dificultad ha de haber sido mayor así. Difícilmente se encontraría, entre las figuras literarias de la época, una más escurridiza, más confusa cuanto más plenamente iluminada, más vana cuanto más concreta y más verdadera cuanto más falsa.

Vida y literatura de Valle-Inclán, pues, se ha estribado, como obra,

de un lado, en el conocimiento personal y la documentación *necesaria* —creo inútil ponderar esto último, a pesar de la rara virtud que representa— y, de otro, en el riguroso aparato crítico de su autor, bien ejercitado a lo largo de una vida dedicada a la crítica desde el periódico y el libro. Este último de Fernández Almagro tiene además la virtud de no sorprender con la sorpresa de su línea y su profundidad: en ellas alienta la vida, histriónica a ratos, genial a otros, interesante siempre, de Valle-Inclán. Pero aquí, precisamente, en la valoración crítica de la obra, pudiera haber coincidido una cierta desproporción con la estimación vital. No en vano Valle es un innegable tipo escapado de alguna de sus propias creaciones literarias. Sin embargo, Valle-Inclán como *personaje* no desmerece en absoluto de Valle-Inclán como autor. Fernández Almagro ha logrado un libro terso como un espejo en el cual el paisaje histórico, político, literario, queda suficientemente próximo de la figura humana, mas sin invadirla en ningún caso. Es el libro de un escritor —y no descontamos aquí la estupenda faceta periodística de Fernández Almagro, hecha al milagro de la noticia y el hallazgo fresco— sobre otro escritor, y en él, singularmente bien narrados, referidos a la obra o a la vida, indistintamente, están apresados los detalles psicológicos más difíciles: “Cree —cuando niño— en lo que no se ve mucho más que en lo que le rodea.” “A Valle-Inclán le atrae —literaria, artísticamente— lo que no data o lo que, por datar vagamente, se pierde en nieblas propicias a la transfiguración poética.”

Las detracciones imputables a Valle-Inclán son las imputables a una época que, cenagosa y bohemia como romántica y soez, con excepciones, no obstante, muy notables y singularmente en la literatura, tiene su evidencia histórica y respetable, como tal, para el crítico. No puede negarse a D. Antonio Maura, como no puede horrarse la figura de este —ni adjudicar a cualquiera de ellos la vitanda multitud de culpas— D. Ramón de la Mancha como alguna vez gusta de llamarle su biógrafo. Así, en los veintinueve capítulos de este libro, su autor recoge cuanto, con generosas y nobles exculpaciones, sirve al mejor entendimiento de la figura. Es preciso no olvidar que los setenta años de la vida y la obra de Valle corren precisamente de 1866 a 1936, guarismos éstos que recogen con harta expresividad el cruce de dos etapas nacionales de cuya definitiva fricción habría de salir la España de hoy. Por esto quizá la vida gentil y deplorable de Valle-Inclán oscile, si en términos

generales y un tanto temperamentalmente, de la mentira a la verdad, en términos más concretos, del acierto al error. Todavía en su tiempo las gentes podían derrochar su individualismo exacerbado al servicio directo de sí mismas, y así se ve a Valle-Inclán, dramáticamente, perder del hilo que su propia mano única dirige muchas veces a tontas y a locas. "De favorecerle el tiempo y los hombres, hubiera sido virrey, capitán de tercios, inquisidor. Apenas si lo pudo soñar; pero quiso ser marqués y tampoco..." Sin embargo, de aquella gran fuerza que hubo de escapársele siempre por la boca y por la pluma, como dice su biógrafo, habría de salir "un principado de plena soberanía en la Lengua y la Literatura españolas". Y aquí es donde hay que buscar a Valle-Inclán, donde le busca y le halla como nadie Fernández Almagro. Es en sus libros y en su teatro donde el gran caballero de las barbas de chivo ha dejado espectáculo de arte suficiente para muchas generaciones y donde, definitivamente, gana la voluntad de sus propios enemigos. Ha aportado a nuestras Letras un estilo personal bellísimo, ha sujetado a la letra escrita la presencia vagarosa de fantasmas, curanderos, mendigos, caballeros, y ha despertado como nadie toda una Galicia antiquísima y reciente. Pero hay que agradecer en este libro de Fernández Almagro no sólo la bondad que emana de su pluma y de su maestría en el complicado oficio de dar vida a los muertos como a los nonatos, sino también la nobleza de la composición y la actualidad del tema en un momento en que despierta España de nuevo a las Letras de sus grandes glorias —y esto ya se verá más adelante—, suelen encaramarse unos sobre otros los discutidores de lo indiscutible. "La vida, para cerrarse, se anuda consigo misma —dice su autor refiriéndose a la vida física de Valle en ocasión de muerte—, actualizándose en un soplo todos los recuerdos y testimonios de la conciencia. La lógica del trance parece que se extrema cuando la fosa se abre junto a la cuna." Así, la existencia literaria de muchos de nuestra generación y de las venideras, abierta en la prosa brillante del maestro gallego, estemos seguros, volverá a cerrarse algún día sobre el prodigioso artificio de su estilo.

Señalemos, últimamente, entre los capítulos que más logrados se nos antojan por su fuerza expresiva y su delicada virtud sincrética, el titulado "Madrid fin de siglo", prodigiosa pintura de una época y unos hombres; el de "Josefina Blanco", donde se remachan los clavos sentimentales del "eximio escritor y extravagante ciudadano" con un exqui-

sito buen gusto, y el de "Las Comedias Bárbaras", donde se agudiza y obtiene verdaderos descubrimientos de técnica literaria el espíritu crítico del autor. Esto, en todo caso, tómesese como preferencia personal, pues no nos empece repetir que la línea general del libro goza de una continuidad armónica pocas veces lograda. Finalmente, el libro, editado por la Editora Nacional espléndidamente, tiene una sencilla y llamativa portada, cuya plasticidad sustantiva y varonil bien merece un postrer elogio.—SÁNCHEZ-SILVA.

"LAURA", DE MIGUEL LLOR

COMPARANDO la enorme cantidad de novelistas extranjeros que diariamente nos brindan los editores españoles con la escasez nuestra en estos momentos, podría darse la razón, un poco ligeramente, a los críticos de aquí y de más allá de las fronteras cuando opinan que nuestra literatura es un poco reacia o negada a este género. Cuando se nos pide el título de alguna novela española contemporánea tenemos, irremediablemente, que recurrir a los escritores de finales del pasado siglo y comienzos de éste. Fernán Caballero, Juan Valera, Pedro Antonio de Alarcón, José María de Pereda, Benito Pérez Galdós, Emilia Pardo Bazán, Armando Palacio Valdés, Leopoldo Alas, Vicente Blasco Ibáñez, Pío Baroja, Miguel de Unamuno, Valle-Inclán, Ramón Pérez de Ayala, Gabriel Miró... son los nombres en los que descansa una innegable escuela novelística española, aunque cada uno de ellos con un sentido peculiar en la realización y fin de su arte.

Pero ya ha llovido mucho desde que estos novelistas publicaron sus mejores libros. Los dos que viven —don Pío Baroja y Pérez de Ayala— ya pasan de los sesenta años y hace bastantes que dieron a conocer las obras sobre las que descansa su merecida fama. La técnica novelística, desde entonces, no ha permanecido inmóvil, sino todo lo contrario. Posiblemente no ha habido nunca una inquietud y una mayor desazón creadora que la de estos últimos años. La desorbitación extremadamente fantástica y divertida del movimiento futurista dejó como herencia una falta de ponderación que ya está casi vencida. La actual producción tiene frente a sí el doble problema de salvar lo valioso de esta

actitud artística y el de volver a reanudar la tradición que por espacio de unos años se había quebrado. De aquí que cada novelista haya dejado en sus libros una serie de tanteos, más o menos logrados, pero interesantes, una serie de prodigiosos aciertos o equivocaciones que les da una matización muy diferenciada.

No sabemos qué tendencia podrá sobrepasar a las demás entre las que hoy se disputan la predilección del lector: si la finura francesa o la lentitud y profundidad germana, o el intelectualismo, llevado a límites inconcebibles por los ingleses, o la joven y dinámica novela norteamericana, la más audaz y sencilla.

En España ha habido un paréntesis silencioso de suficientes años que tan sólo se ha roto, parcialmente, hace algún tiempo, con alguna aislada excepción. Y frente a nosotros, en estos momentos podemos citar a Juan Antonio de Zunzunegui, a Camilo José Cela, con su *Familia de Pascual Duarte*, llena de inexperiencia, acierto e intuiciones más que de trabajo meticuloso y ponderado. Y con este panorama desolador se han incorporado a la literatura castellana dos magníficos novelistas catalanes: el vigoroso Sebastián Juan Arbó, con sus novelas *Caminos de noche*, *Tierras del Ebro*, *Senda de Luz*, y ahora Miguel Llor, con *Laura*. Aunque estos novelistas hayan escrito su obra originalmente en catalán se les ha de considerar incluídos en la literatura castellana, pues su inspiración y desarrollo temático está dentro del área de nuestras letras. Desde este punto de vista enjuiciaremos a Miguel Llor.

De todas las novelas publicadas por este escritor barcelonés (nacido en 1894) parece ser que es *Laura a la ciutat dels Sants* la que ha resultado preferida. La dificultad de encontrar sus otros libros (*Historia gris*, *Tantal*, *L'endema del dolor*, *L'oreig al desert*, *L'idili a la plaça de Sant Just...*) nos obliga a aceptar esta opinión como válida, desde luego sin grandes prevenciones, ya que estamos ante una espléndida obra de creación.

La lectura de *Laura en la ciudad de los santos* nos trae el recuerdo de *Doña Perfecta*, de Pérez Galdós. Apresurémonos a decir que consideramos superior la del novelista catalán. Las dos coinciden en poner, como escenario y ambiente donde ha de transcurrir la acción, a una pequeña ciudad más que clerical de superlativa beatería, de chismorreos, de envidias y de estrechez moral. Tan sólo en esto se asemejan, pues el desarrollo y el fin de cada una no puede ser más distinto. No

por todos los caminos se va a Roma, como observa André Gide, en su *Diario íntimo*. Galdós, para probar y poner en evidencia la mentalidad de ciertos grupos sólo aparentemente religiosos y las funestas consecuencias que se desprenden de su condición humana, no duda en postergar el arte a su ideología, repleta de prejuicios propios de librepensador. En *Doña Perfecta* ocurre lo mismo que don Juan Valera notaba, con cierta animosidad de rival, en *La familia de León Roch* (1). No conocía Galdós la sociedad que describe, no le era familiar, por esto se desenvuelve en un sentido costumbrista falso, caricaturesco, dando la impresión de que había trabajado sobre referencias anticlericales, tan antinaturales y tan poco hábilmente obtenidas, que resulta *Doña Perfecta* falsa y tendenciosa en sumo grado. De ninguna manera podemos considerar a *Laura* incluida en la novela de tesis, a la que tan acostumbrados nos tenían los novelistas españoles anteriores, ya que, según Valera, en fomentar esta tendencia radicaba mucha parte de sus éxitos y popularidad (2). Miguel Llor no se propone demostrar nada, no le guía otro propósito que no sea el de producir una obra bella. Y no hay —porque no se encuentran— que buscar otros móviles secretos ni espíritu de partido. Si Miguel Llor sitúa a sus protagonistas en ese clima espiritual es por ver cómo reaccionan, cómo aceptan o rechazan lo que no es su vida. Y tan es así, a pesar de dominar Llor siempre la acción de su libro, que parece que le acontece lo mismo que a Claude Houghton en su novela *Yo soy Jonathan Scribner*, en donde, “de pronto, los personajes se convierten en seres vivos, con voluntad independiente y rompen a andar sin preocuparse de las limitaciones de un plan preconcebido”. Se diría que la vida que tienen surge de ellos mismos. Parece, y tal vez lo sean, arrancados de la realidad más que de una feliz y afortunada creación novelística. Son un reflejo verídico de una pequeña historia ocurrida en un trozo del mundo. Miguel Llor ha puesto en práctica, ha conseguido realizar el consejo que daba Gustavo Flaubert, y que Guy de Maupassant cita en *Pierre et Jean*: “Hay que mirar las cosas largo rato y con atención suficiente hasta descubrir

(1) «*La familia de León Roch* me ha parecido inmensamente mejor de lo que yo me figuraba. El autor, a vueltas de grandes defectos, tiene prendas de verdadero valor. No es muy *cursi*, aunque apenas conoce la sociedad elegante que describe...» *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo*, Madrid, 1930, pág. 56.

(2) «... este mismo empeño de probar tesis, que engendra, a mi ver, no pocos defectos, es el fundamento en gran parte de la extraordinaria popularidad de Pérez Galdós.» Id., pág. 57.

en ellas un aspecto que nadie haya visto, que nadie haya descrito antes." Entre las muchas novelas españolas que transcurren en pueblecillos pocas hay que contengan tal caudal de observación minuciosa, honda, exacta como *Laura*. De aquí esta cualidad que apuntábamos y su originalidad.

La heroína de Miguel Llor, como la de Sinclair Lewis en *Main Street*, no puede asimilarse una concepción de la vida, una sensibilidad tan opuesta a las suyas. En esto estriba el tormento, la angustia de ambas. Por estos momentos exaltados, de fuerza, de superación es por lo que llegan a interesarnos estas criaturas, que sin el dolor y humanidad que las eleva no dejarían de ser anodinas y sin personalidad. La evolución psicológica de Laura, su penoso destino, que sólo le depara desilusiones y deseos de rebeldía, su desenlace, lógicamente previsto, pero no por ello carente de importancia novelística, son trazados por verdadera mano maestra. Los caracteres de los personajes que maneja Miguel Llor están dibujados con perfecta naturalidad, con rasgos de humanidad verdadera, propios de un autor que sabe inspirarse en una cruda realidad, para de esta manera crear seres que alientan. No de otra manera podría manifestarse una mujer como Teresa, cuñada de Laura, repleta de complicaciones, de luchas internas entre la tradición familiar que pesa sobre ella en demasía, sosteniéndola y aniquilándola, y ese instinto vital, humanísimo, que se alza desde las más hondas raíces de su feminidad y que sólo con luchas agotadoras, dolosas, puede acallar. Su atribulada soledad íntima, la dureza de su sino, el grito impetuoso de su carne joven, la falta que siente del hombre amado cambian su vida, sin que haya jamás un rayo de luz que ilumine las sombras del resentimiento que la traspasan toda. Teresa, que como tipo representativo está conseguida definitivamente, y que tanto nos cautiva desde el plano literario, no es un capricho fantástico de Miguel Llor: es la plasmación justa, felicísima de la hermana, supeditada a la obediencia tácita del "hereu", del primogénito, del amo, mitad por imposición atávica, mitad por propio deseo.

Y junto a ella, Laura, la fina muchacha ciudadana de espíritu abierto, casada con el "hereu", al que se esfuerza por comprender, por entrar en ese extraño y hermético mundo familiar que se le resiste. Son dos concepciones de la vida que se encuentran, que batallan y que no hallan armonía, porque las dos tienen vigor y para el triunfo de una es necesario la desaparición casi completa de la otra. En la primera par-

te de este libro brotan los choques espirituales, y finalizan con el desenlace total: la separación del matrimonio. Son dos seres que sólo se han unido corporalmente, quedando las almas separadas —no por maldad, sino por diferencias esenciales— desde los primeros días de su enlace.

Miguel Llor al poner frente a frente a la muchacha barcelonesa con la rígida tradición familiar representada por el marido, por la cuñada, por la comarca entera, se muestra imparcial, prodigiosa y difícilmente imparcial, hasta lo más que puede llegar un escritor. Da la estricta realidad de los acontecimientos, pero haciéndonos ver dentro de las almas; nos los describe como lo haría un sutil pintor con un paisaje complicado, señalando lo que más caracteriza, lo que ofrece mayor intensidad: Es como si confesasen sus pasiones, su mundo interior en lo bueno y en lo perverso. Lo hace con especial cuidado y sabiduría; como quería Flaubert: "La psicología debe estar oculta en el libro como lo está, ciertamente, bajo los acontecimientos de la vida."

Creo inútil citar trozos o escenas, ya que *Laura en la ciudad de los santos* merece leerse íntegra: sólo así se nos entrega tal como es. La historia de los Muntanyola y la del pueblo que habitan, se muestra, a través de esta prosa concisa y ágil de Miguel Llor que ahora ha traducido Ignacio Agustí.

En *La sonrisa de los santos* vemos cómo Laura vuelve a su hogar haciendo renuncia completa de su antigua personalidad e intentando ser tal como su marido deseaba. Con tesón ejemplar consigue llegar a lo que imaginó, aunque, algunas veces, tenga que hacerse sorda a los llamamientos que la mujer que fué le hace. En este estado de comprensión recíproca y con niños nos los deja Miguel Llor al terminar su novela.

Desde un punto de vista exclusivamente literario *La sonrisa de los santos* no está a la altura de la primera parte; más bien la juzgo como una continuación que no le era necesaria. El desenlace, burgués y vulgar que tiene, lo logra Llor, en ocasiones, a contrapelo: denuncia la buena voluntad que ha puesto el autor por encontrar una paz, por lo menos aparente, entre ellos. No es que sea inverosímil esta situación, pero no parece consecuencia de aquellas disposiciones de ánimo que vivificaban a Laura y a Teresa. Nuestra preferencia por *Laura en la ciudad de los santos* es grande y encontramos en ella mayor maestría, mayor segu-

ridad y madurez; apenas cabe ponerle algún “pero”, mientas que a *La sonrisa de los santos* creo no sería muy difícil.

¡Lástima que tan excelente novela, una de las más bellas de estos últimos tiempos, haya tardado más de doce años en ser publicada en español!—RAFAEL FERRERES.